

TERRORISMO

NACIONALISMO

EEUU EN GUERRA

ANTONIO GARCIA TREVIJANO

LA RAZÓN

2001-2002

VIOLENCIA Y TERROR	5
RESENTIMIENTO DE LO ESPAÑOL.....	6
LOS «LIBERALÍSIMOS».....	7
ANÁLISIS DEL TERRORISMO	8
FINALIDADES DE ETA	9
ARZALLUS SE EQUIVOCA	10
EL BINOMIO TERRORISTA	11
DECIR MISA NACIONALISTA REPICANDO.....	12
EMPRESARIOS DE LA IMPIEDAD.....	13
TERROR EN NEPAL.....	14
LOS GRADOS DEL MAL	15
TREVIÑO Y BUSH.....	16
ENCUESTAS Y ETA.....	17
EL FOREIGN OFFICE Y ETA.....	18
ETA, BANDALAJE TRIBAL.....	19
AVISO DE BOMBA	20
CONSIGNAS QUE FAVORECEN A ETA.....	21
PAZ Y TERRORISMO.....	22
TIPOS DE SEPARATISMO	23
NO PERDÁIS TODA ESPERANZA	24
CAMPANILLAZOS DE AZNAR	25
ENCARCELAR AL ENTORNO	26
NACIONALISMO ESPAÑOL	27
OTEGUI Y DELITO DE OPINIÓN	28
DIÁLOGO GUBERNAMENTAL CON ETA.....	29
BALADRONADAS Y NECEDADES	30
CONSULTA AL PUEBLO VASCO	31
SUÁREZ, CULPABLE	32
INDEPENDENCIA DE MARBELLA	33
GLOBALIZACIÓN Y NACIONALISMO	34
LA PRENSA ANTE EL TERROR.....	35
MAGNIFICENCIA DEL TERROR.....	36
IMPOTENCIA Y TERRORISMO	37
TERROR Y TERRORISMO.....	38
HUMAREDA EN MANHATTAN.....	39
GUERRA AL TERRORISMO.....	40
JUSTICIA INFINITA.....	41
O CON EE UU O CON LOS TERRORISTAS	42
LIBERTAD PERDURABLE	43
RESPUESTA MILITAR.....	44

BERLUSCONI, ¿DE QUÉ PRESUMES?.....	45
LA NOVEDAD DE ESTA GUERRA.....	46
SENTIDO DE ESTA GUERRA.....	47
NOVEDAD DES-ATERRADORA	48
EFFECTOS COLATERALES	49
ACTITUDES ANTE EL TERROR	50
TERROR ESPORÁDICO	51
NO HAY DERECHO DE SECESIÓN.....	52
LO QUE SIMBOLIZA BEN LADEN.....	53
LEYENDA DE AFGANISTÁN.....	54
JERUSALÉN Y GUERRA SANTA	55
ARIOS CONTRA ARIOS.....	56
DE NUEVO EL MITO DE OCCIDENTE	57
EL EPIFENÓMENO TERRORISTA	58
DEJACIÓN ANTE EL HORROR	59
TERRORISMO PERPETUO	60
LAS NACIONALIDADES	61
PARENTESCO NACIONALISTA	62
GOBERNANTES MINÚSCULOS	63
EL TERRORISTA.....	64
MARCHA FÚNEBRA ETARRA	65
UTILIDAD DE ETA	66
ESPAÑA PENDIENTE DE UN HILO.....	67
ENVIDIA DEL ESTADO	68
COHERENCIA DE ETA	69
OSTRACISMO DE ESPAÑA	70
ANARCOTERRORISMO	71
RAZONAMIENTO DEL CORNUDO	72
PELIGROSA INDIFERENCIA	73
AUGURES DE CATALUÑA Y EUSKADI	74
LOS JUDÍOS DE ARGENTINA	75
EL DEBATE NO ES EL PROBLEMA.....	76
¿GUERRA CIVIL ENTRE VASCOS?.....	77
GESTO DIGNO DE ADMIRACIÓN	78
FANTASÍA Y RAZÓN MODERNA.....	79
JOAQUÍN NAVARRO.....	80
ESCRITORES Y ARTISTAS	81
ODIAR LA HISTORIA.....	82
IGUALDAD EN LA IGNORANCIA	83
MIEDO A ETA	84
A PROPÓSITO DEL VELO.....	85

GOBIERNO SECRETO DEL MUNDO	86
EUROPA ANTE PALESTINA	87
NADA IMPORTA, POCO IMPORTA.....	88
LO VERGONZOSO DE FRANCIA.....	89
NADA SE COMPRENDE	90
LEYES DE PARTIDO.....	91
LAS BANDERAS ANTIMONOPOLIO	92
CRISIS DE LA NO DEMOCRACIA	93
PARO GENERAL.....	94
DERECHO Y DEBER DE HABLAR.....	95
TRIUNFO DE LA DEMAGOGIA	96
PREMIO A LA TERCERA VÍA	97
REDESCUBRIMIENTO DE ARGENTINA	98
COREA-ESPAÑA	99
NI DEMOCRACIA FORMAL NI HUELGA GENERAL	100
DÍA DE PARADA NACIONAL	101
LEY ILEGÍTIMA DE PARTIDOS	102
ASTUCIAS DE GOBERNADO	103
PENSAMIENTO ÚNICO	104
EL DEBATE	105
PEREJIL, SOLUCIÓN JUSTA Y NO VERDADERA.....	106

VIOLENCIA Y TERROR

LA RAZÓN. JUEVES 10 DE MAYO DE 2001

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

La proximidad de elecciones en el País Vasco y el atentado mortal de Eta en Zaragoza suspenden mis reflexiones sobre la Transición y me incitan a pensar en la índole despiadada de los sentimientos involucrados en el nacionalismo irredento. No me refiero a los obreros de lo atroz. Ellos están en el tajo de la obra ideológica diseñada para otros paisajes históricos. Hablo de los que idean para los pueblos autodeterminaciones que las personas no tienen. Derechos abstractos que, para gobernar la vida propia, fundan el de eliminar la convivencia concreta con la ajena. Sólo Dios, y es bien dudoso, se autodetermina. También Robinson Crusoe antes de que a su isla llegara Viernes. Lo que aterra no está en las armas de muerte, pero sí en las ideas de locura, que, en nombre de la libertad de imaginar, las cargan y ponen dedos de ciego en sus gatillos. El autogobierno de los pueblos sólo es un sueño de la imaginación. Una ilusión ilusa. Alejada de la forma democrática de gobernarse una comunidad. Lo opuesto de raíz a la libertad colectiva.

Los sueños de la imaginación estéril celebran ejecuciones ejemplares de las vidas ajenas como victorias anticipadas de la propia. Permiten vivir en estado de guerra de un solo frente. La paz sería en ellos signo de derrota de las armas en la mano, de vergonzosa claudicación de las almas nacionalistas en el corazón de terruño. Sueños de sentimientos anhelantes de un Estado que no sea producto de la historia. Sueños de voluntades envidiosas del Estado. Sueños que, a fuerza de discriminar lo otro para poder sentirse superiores, inducen a matarlo.

El asesinato individual y selecto de cualquier persona con uniforme o cargo público, con pluma de prensa, voz de radio o puñetas de estrados en el Estado tradicional, se convierte en una fatalidad que la liberación de un territorio, sin tropas de ocupación, convoca. La consecuente carnicería es cosa de alevines. Las matanzas colectivas toman, en los sueños separatistas, el aspecto azaroso de las catástrofes naturales.

Aunque tienen un aire familiar con todos los nacionalismos, los movimientos separatistas, siendo siempre violentos, no son necesariamente fuentes de terror sistemático.

Puede parecer muy chocante decirlo ahora pero, dígame lo que se diga, terrorismo y violencia no son lo mismo. ¿Qué eufemia llamar violentos a los productores de terror en ámbitos alejados de su mundo exclusivo! Precisamente, el terrorismo consiste y por eso es tan fácil de provocar, en separar y alejar la violencia del terror que produce emplearla en ambientes pacíficos.

En el País Vasco hay violencia. Pero el terror se expande a toda España. Un ejemplo ilustrará con más brevedad lo que trato de decir mediante conceptos.

Mujeres y niños pueden vivir aterrorizados mucho tiempo, y sin rebelarse, bajo la violencia doméstica de machos desalmados. Incluso ser torturados y asesinados. Pero eso no es terrorismo. El horror no sale ahí de las estrechas paredes donde se esconde. Busca la protección del secreto y la inmunidad de la fuerza bruta con los débiles.

El terrorismo político, en cambio, procura el exotismo de sus hazañas. Más que el terror, extiende el horror en quienes no viven la violencia íntima del drama nacionalista, ni la comprenden. El atentado sería inútil para el terrorista sin el eco de la publicidad.

La libertad de información, junto a la demagogia del espanto, dan al terror la cobertura y la dimensión que necesita el terrorista. Que no está impulsado por el sadismo, pues no busca la crueldad por el placer que le procura. Incluso, sin desdeñarse, puede lamentarla.

Pero padece el exhibicionismo de la impudicia moral, de la heroicidad de matones enmascarados con capuchas de autodeterminación que el nacionalismo respetable le cose a su medida. Y nadie destruye con argumento democrático esa idea ilusa que produce nacionalismos autodeterminadores.

RESENTIMIENTO DE LO ESPAÑOL

LA RAZÓN. LUNES 21 DE MAYO DE 2001

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

Lo podemos ver hoy en todos los medios de comunicación no nacionalistas o no comprometidos en sus intereses empresariales con la situación creada. Menos mal que la portada histórica de LA RAZÓN, sobrevolando lo inmediato, obliga a la reflexión. Por mi parte, como político que inició el proceso frustrado de la ruptura democrática de la dictadura, sólo puedo decir que nunca antes me había sentido públicamente comprendido en mi resistencia de veinticinco años contra los falsos valores, no democráticos, de la Transición. Tanto en lo referente a la libertad política, y a la verdad de los hechos históricos, como a la configuración del Estado de Autonomías. Ahora empieza a verse una parte del desastre a que nos conducen. ¿Por qué ahora y sólo en parte?

El afán de poner fin al terrorismo ocultaba, a los ojos inocentes, el móvil profundo de la «cruzada antinacionalista», justamente denunciada por Pujol. El sólo hecho de que al frente de la misma figurara el ministro del Interior demostraba que el objetivo no era aumentar la eficacia policial contra Eta, sino desplazar al nacionalismo de la gobernación del País Vasco, bajo el pretexto de su pacificación. Una simpleza de tipo militar que obligaba a identificar nacionalismo y terror. Una estrategia tan torpe, de quienes no siéndolo han parecido retrasados mentales, tenía que responder a otros sentimientos viscerales difíciles de reprimir en el Gobierno de los intereses, clases y categorías que antes sostuvieron la dictadura nacional.

La frustración no habría sido tan profunda si la cruzada no hubiera sido tan extensa, ni contado con el concurso impúdico de la intelectualidad. Ha pasado lo mismo que cuando para desalojar a Felipe González, bajo el pretexto de su indudable corrupción, muchos medios y personas de conciencia progresista, en lugar de abstenerse, pidieron el voto para el PP. Es fácil suponer que el primer partidario de la cruzada era Eta. Nadie le negará que hizo lo que pudo, con el atentado de Zaragoza y el coche bomba de cierre de campaña en Madrid. Si no había logrado su máxima aspiración –que se declarara el estado de excepción–, esperaba que la invasión de los cruzados produjera en el PNV una reacción similar a la de una intervención del ejército.

La frustración de deseos anidados en la penumbra de los sentimientos se manifiesta incluso en los habituados a pensar con tino. El sentimiento natural de lo español era, en ellos, más profundo de lo que creían. De otra forma no se comprendería su actual resentimiento ante el fracaso de la cruzada española. No hablo de los que nunca apartaron de su conciencia la aberración de hacer incompatible la democracia con la unidad de España, sino de la enorme cantidad de buena gente que rechazó la afirmación de lo español para alejarse de la dictadura que lo tomó como identidad del vencedor. Ahora brota del inconsciente en forma de resentimiento colectivo. O sea, de un segundo sentimiento que busca justificarse en otra fuente de desilusión distinta de la real. Son las ilusiones infundadas las que crean desilusiones irracionales.

Era infundada la esperanza de que el ministro del Interior triunfara en el tema donde tanto había errado. Y hoy es fácil de comprobar, en los columnistas y opinantes de la derrota, que la desilusión no viene de una anterior ilusión de acabar con el terrorismo, sino de no haber cercenado la posibilidad de que el soberanismo del PNV utilice el pretexto de la negociación con Eta para dar un paso irreversible a la independencia de Euskadi. Esas personas creen estar tristes y desesperanzadas, y no resentidas, porque son generosas y no conocen que el más insidioso de los resentimientos surge del fracaso de las ideas o creencias en las que se vive. Pues el riesgo de secesión no lo crea, en España, el separatismo nacido de la libertad de asociación. Y lo diré.

LOS «LIBERALÍSIMOS»

LA RAZÓN. LUNES 28 DE MAYO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Personas de mucha influencia en la opinión política, tales como directores de medios informativos afines al PP y portavoces del PSOE, andan diciendo estos días que ellos no están contra la Independencia del País Vasco, sino contra el modo violento de procurarla, y que nada objetarían a una Secesión salida de las urnas por mayoría libre y pacífica. Son tan liberales que están dispuestos a conceder a otros, si no media la violencia, hasta el derecho de que ellos mismos carecen. El adagio de que nadie puede dar lo que él no tiene no parece perturbar la conciencia abochornada de los «liberalísimos» patriotas de la libertad que, después de fracasar en su agreste cruzada españolista, ahora se disponen a expiar su culpa profunda (la de no ser nacionales por bautizo electoral y confirmación constitucional), redimiendo a vascos, catalanes y gallegos de la infamante historia que los ha hecho españoles sin su libre consentimiento. Los «liberalísimos» son tan generosos que no se consideran con derecho a impedir que su españolidad no sea compartida con quienes la desprecian. Un complejo de culpabilidad franquista condujo a las Autonomías. Un complejo de culpabilidad oligárquica está creando el derecho a la Independencia de las Autonomías que produzcan terrorismo y lo cesen. ¿Qué lección de estrategia a los infantes separatistas!

La opinión liberalista somete a la elección del miedo libre lo que solamente pertenece al ámbito de la historia secular y al sentimiento anterior al derecho. Mete en los campos arados de las libertades otorgadas lo que no ha sido, ni puede ser, surcado por la libertad política constituyente, pues no cae en los dominios del mundo moral. El terrorismo ha terminado por ganar a la causa del secesionismo pacífico, el patrio corazón sin fronteras de estos «liberalísimos» que, sin darse cuenta, está pensando ya como el nacionalismo separatista al que creen combatir. El amor y el odio por las banderas de cruzada llegan aquí a parecidas conclusiones de preferencia sentimental. Y estos «liberalísimos» prefieren la no independencia vasca al terror, como Arzallus la prefiere a la guerra. Pero lo que en ellos es sólo pretexto del oportunismo, en éste es una razón de sabiduría.

Eta no puede vencer en su terruño. Pero, con tal de que nos agracie renunciando al terror, ya ha instalado su estandarte en la mentalidad ahistórica de los «liberalísimos» de la libertad de fronteras por urnas», en las cabezas de esos pájaros locos en cuerpos atirantados de soberbia y almas aflojadas de dignidad; en las ambiciones de esos lechuguinos culturales y alcahuetes del poder que, sin conocer la democracia ni anhelarla, entran por su país y su mundo para adueñarse de todo menos de la inteligencia, la honradez mental y la verdad. Son los hijos renegados de la dictadura y los padres putativos del derrotismo. No saben, los pobres, que padecen las vanas ilusiones del pacifismo en tiempos de paz, cómo sentirán los inexorables entusiasmos del belicismo a la vera de conflictos secesionistas. La vil capitulación de los periodistas empresarios y los socialistas empresariados hace que, ante la desesperanza oligárquica, parezcan aciertos los errores contumaces de Aznar.

La intuición terrorista de Eta ha sido menos ignorantes en cuestión de principios y más obtusa en previsión de resultados. Quiere transformar su terror singular en violencia colectiva de un nacionalismo instalado en el Estado que lo alimenta y al que cercena de modo pacífico desde dentro.

Arzallus no quiere ir al preámbulo de una guerra de liberación que teñiría de rojo el secano albar de los «liberalísimos» de la Independencia como derecho, y a quienes el hecho haría cornetas de alistamiento al ejército de ocupación. El riesgo de Secesión no lo crean los separatistas, sino los «liberalísimos» otorgantes del derecho a la Independencia.

ANÁLISIS DEL TERRORISMO

LA RAZÓN. JUEVES 31 DE MAYO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Dada la irracionalidad de las reacciones que provocan los atentados terroríficos, y dado que las puertas de la mente sólo se abren desde dentro, me he abstenido de analizar el fenómeno terrorista. Intentar someterlo al examen de la razón no sólo era inútil, sino peligroso. Corría el riesgo de que hacer entender al terror, a fin de combartirlo en el único terreno donde puede ser derrotado, sería para los energúmenos de los sentimientos adueñados de los medios, y la mentalidad incultísima de los gobiernos, una «comprensión» justificativa o disculpatoria del crimen. Si no explicaba el fenómeno por sus causas, tampoco me sumaría al coro de la impotencia condenándolo por sus efectos. No cabía hacerme ilusiones con una opinión enloquecida que pedía a la jerarquía eclesiástica una condena moral del asesinato, a los políticos un rosario de insultos a los asesinos, y a la sociedad civil, la víctima, unas imponentes manifestaciones de clemencia al verdugo. ¿Qué atinado se vería con tal espectáculo de masas hinojosas ante el poder que ellas le daban! Emprendo ahora el análisis del fenómeno porque las puertas de la mente de la razón, con el viento de la desilusión electoral, se han abierto desde dentro.

Los análisis de la policía, por la propia naturaleza de su función, nunca sobrepasan el terreno de la táctica. Y se sabe que no hay táctica eficaz sin estrategia inteligente. Para afrontar adversidades complejas, y la del terrorismo lo es en sumo grado, la visión a largo plazo resulta el más corto camino.

El error de los Gobiernos consiste en no someter la táctica inmediata, que llegó a ser aberrante en el caso criminal de Felipe González, a una estrategia de fines políticos de gran calado cultural donde la disolución del fenómeno terrorista comande la eficacia a corto plazo de la acción policial y judicial contra los agentes de lo terrorífico.

Carezco de información responsable sobre los métodos actuales de la policía para poder enjuiciarlos con solvencia. Pero me basta la que tengo sobre los modos judiciales de atajar las instrucciones penales, sobre eso tan borroso que se llama «entorno» de Eta, para saber que, contra, su finalidad, la propia Audiencia Nacional se está convirtiendo, con el desequilibrado Garzón, en escuela de fomento del «animus» terrorífico.

Nada parece haber cambiado en los factores que determinaron los resultados electorales en el País Vasco. Sin embargo, aunque se condicionen mutuamente, no son inconvencibles por separado. El factor nacionalista, confirmado en su posición, no tiene por qué cambiar ante la permanencia en sus posiciones del factor Aznar y del factor terrorífico.

Eta es la invariable que se integra en una ecuación que todos definen erróneamente como problema vasco. Esta confusión bloquea la salida y lleva al disparate de anclar el terrorismo en el nacionalismo. Aznar se ha dejado llevar por Arzallus cuando, sin saber que es imposible, dice perseguir los mismos fines de Eta, pero de modo pacífico.

Si lo que dice Arzallus fuera posible sería imposible que la iniciativa política dejara de estar en manos del terrorismo. Que no son sólo las de Eta. Pues el terrorismo, y es mi punto de partida en su análisis, realiza una conjunción social de carácter estable en la relación que establece entre acción terrorífica, concebida en un mundo político cerrado, y reacción de rechazo en una sociedad abierta a intereses distintos de los políticos.

Eta selecciona y concreta las primeras. Los medios de comunicación animan y dimensionan las segundas. Los gobiernos de la opinión, o sea, los gobiernos sin opinión, se guían por los sentimientos instintivos de las masas.

Y no toman medidas inspiradas en la estrategia requerida para la disolución del terror en una nueva situación original que no desprecie al sentimiento nacionalista.

FINALIDADES DE ETA

LA RAZÓN. LUNES 4 DE JUNIO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

En teoría, toda organización se define y desarrolla en función de los medios puestos al servicio de sus finalidades. Pero en la práctica, este principio se altera cuando los medios tienen una dinámica propia opuesta a la de los fines perseguidos. Las Cajas de Ahorro, por ejemplo, son altruistas en los fines y lucrativas en los medios. Sería superficial calificarlas como empresas benéficas o sólo como bancarias. Aunque su duración y su éxito no dependa de la fidelidad al fin gratuito, sino de la puesta en acción diaria de la lógica lucrativa propia de sus medios.

Algo similar ocurre con las organizaciones terroristas de tipo político. La finalidad teórica de Eta, la Independencia de Euskadi con Estado propio, es de orden espiritual. Tal ideal de vida extraordinaria comunica al grupo la vivencia heroica de sus acciones mortíferas. El hecho de que mate y extorsione no se opone al ideal puesto que antes de emprenderlo lo consideró como «banalidad» del mal necesario para alcanzar su bien supremo. La contradicción entre fines humanos y medios inhumanos es superada por la banalidad del mal ajeno. La larga duración de Eta se debe a la gloria que sus miembros alcanzan a diario, en el cerrado mundo del radicalismo abertzale, con sus atentados mortales. Sin repetición constante de momentos de gloria, Eta no sobreviviría.

Este elemento nos brinda un camino hacia la disolución de Eta, hacia la muerte espiritual de las fuentes que alimentan sus sueños de gloria. Eso no está al alcance de las instituciones represivas, ni de la condena moral cualificada por el sentido que la prensa atribuya a cada atentado singular, según la profesión de la víctima. Todos los medios de información se equivocan en este aspecto. Y, sólo por miopía, aumentan de modo inconsciente la gloria de Eta dando a sus atentados un significado político que no tienen. Hay que decir la verdad real. Mucho menos gloriosa para ella que la propagada. Eta sólo atenta contra la paz y la vida. Eso basta a su objetivo: socavar la resistencia de los que se oponen a sus fines independentistas.

Eta sólo procura la mayor repercusión de sus atentados en los medios de comunicación. Si mata a un dirigente del PSOE o del PP no es porque esté contra la libertad de asociación. Si asesina a un periodista no es para atentar a la libertad de expresión. Eta es consciente de que con esas libertades va ganando terreno su ideal de autodeterminación pacífica del País Vasco. Ya no cree en una Independencia que las armas puedan ganar. La selección de sus víctimas dentro de gremios especiales obedece a la conocida ley de propagación del eco.

La propaganda exasperante de la mítica y la mística del terror añade propósitos cualitativos que el atentado desconoce. La mente de Eta es simple, pero no tonta. Y su gloria nunca ha sido tan grande como ahora. J. L. Cebrián y P. J. Ramírez, responsables de los primeros periódicos de España, nada objetarían a una Independencia pacífica salida de las urnas. Eta está pues en el buen camino. En el momento que esta idea sea dominante, dejará las armas y habrá vencido.

La libertad de expresión es para mí sagrada. Hasta el punto de no admitir delito de opinión. El Estado que rechaza la defensa de ideas antiliberales no corresponde a una sociedad democrática que confíe en sus valores. Teme que la menor falsedad, hecha pública, la destruya. Lo que clama al cielo no es la libertad de expresión de los cebrianes y los ramírez para difundir sus falsas creencias sobre el inexistente derecho de autodeterminación, sino la imposibilidad de replicarles en sus propios medios para poner de evidencia su desprecio de lo que es democracia y libertad. Si la gloria la define el infierno, las invenciones infernales de la prensa forjan la de Eta. Si es beatitud, la autodeterminación divina de los dos «liberalísimos» se la da.

ARZALLUS SE EQUIVOCA

LA RAZÓN. JUEVES 7 DE JUNIO 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Desde fuera del mundo que lo produce, y sin conocer las causas que los sostienen, el fenómeno de Eta es muy difícil de comprender. La explicación psicológica no puede dar cuenta de un grupo que lleva cuarenta años asesinando, sin ninguno de los motivos que empujan al delito y definen a los delincuentes. Sus crímenes no son pasionales. Por crueles que sean, sus actos de sangre no obedecen a pulsiones sádicas. Tampoco se trata de un grupo mafioso de tipo siciliano que se pueda explicar por razones sociológicas, ni de una asociación gansteril que haga del lucro ilícito, aunque lo practique, la finalidad de su existencia. Esas obviedades no perturban a los directores de medios informativos que permiten calificar a Eta con sonoros epítetos que no le corresponden. Eso conduce a la confusión del terrorismo con lo que no es, y al desahogo de la impotencia a través del insulto. Es pertinente, aunque incompleto, llamar a los etarras asesinos, secuestradores y extorsionistas. Pese a que ellos no se vean como tales y nada les importe que los demás los nombren así.

Para entender al adversario Eta no se debe perder de vista, con prismas morales, que se trata de un grupo político organizado en la clandestinidad; que cuenta con el apoyo y simpatía de una parte pequeña pero numerosa de la población vasca; que persigue metas estatales con medios terroríficos; que está orientado por una estrategia de acción a largo, medio y corto plazo; y que los resultados obtenidos practicando el terror durante cuarenta años sólo han favorecido, hasta ahora, al nacionalismo del PNV. Junto a esos datos, hay que poner el hecho de que las instituciones represivas de Eta (policía central y autonómica, guardia civil, judicatura, gobierno vasco, gobierno español, partidos políticos y medios informativos) han fracasado.

Abordaré el estudio de esta compleja situación, y presentaré en cada artículo una faceta de la misma, desde la perspectiva de la unidad de España en una verdadera democracia. Pues considero que, sin una reforma democrática del Estado de Partidos que dé a los nacionalismos una salida constitucional sin tensiones, el terrorismo de Eta y el soberanismo del PNV, que son asuntos muy distintos por naturaleza, aunque relacionados en su conjunción final, no tienen solución. Mi análisis será acertado o erróneo, pero no equívoco o confuso.

La sociedad no tiene por qué seguir resignándose a padecer el terrorismo como si fuera una catástrofe natural. Es una utopía creer que la policía hará bajo el Gobierno Aznar lo que no ha podido hacer en cuarenta años. Y también es una quimera confiar en que el conservador nacionalismo del PNV, contradictorio en su posición ante el Estado español, resuelva el conflicto planteado por Eta a la sociedad vasca al unir la Independencia, como fin irrenunciable, al Terror como medio adecuado. El PNV quiere la Autodeterminación como ejercicio de un derecho que antes debe ser reconocido por el Estado. Eta quiere la Independencia como hecho arrancado al Estado a cambio de poner fin al terror. No quieren pues lo mismo. Difieren en los medios inmediatos porque difieren en los fines últimos.

Arzallus se equivoca porque quiere creer en lo que dice. Su error, sobre una supuesta identidad de fines entre el PNV y Eta, favorece la perspectiva de diálogo entre ambas organizaciones, pero impide plantear en el terreno de los fines la negociación que seguramente entablarán sobre los medios. La negociación con Eta llevará fatalmente a otro fracaso mientras no se distingan las fases de su estrategia y el valor sustantivo o adjetivo del terrorismo en cada una de ellas. A corto plazo, Eta parece estar procurando, con atentados selectos, un clima propicio a nuevos compromisos de autodeterminación en el PNV, antes de una tregua. Que sería fraudulenta si es preámbulo de un pacto oculto de tipo estatal.

EL BINOMIO TERRORISTA

LA RAZÓN. LUNES 11 DE JUNIO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

El fenómeno del terrorismo ha sido mal estudiado. El horror instintivo que producen los atentados sangrientos perpetrados en serie, vuelve las miradas atónitas del corazón hacia uno solo de los dos polos de la relación social llamada terrorismo. La acción aterradora se frustraría, y no se repetiría, si no contara de antemano con el concurso indefectible de la reacción aterrada en la sociedad que la sufre. La acción-reacción constitutiva del terrorismo está basada en las conocidas leyes de propagación del miedo colectivo. Concretamente, en la calculada desproporción que el terror necesita establecer, para devenir efectivo, entre los pocos damnificados por la acción terrífica y los muchos afectados por la reacción terrificada. El factor activo del terror aumenta su potencia en la exacta dimensión que alcance su eco de miedo y de impotencia en el factor pasivo del binomio terrorista. Un binomio perversamente enlazado por la ignorante simpleza de la política antiterrorista. Un círculo vicioso, del terror al horror y del horror a la repetición del terror, que necesita ser atajado actuando con prontitud y pulcritud legal para desconectar ambos factores por sistema.

Y si es difícil de anular el factor activo de un grupo de fanáticos clandestinos, organizado como si fuera la guerrilla nacionalista de un mito liberador, en cambio sería fácil a todo gobierno honestado con la verdad y medianamente culto, pero inteligente, desmoralizar a los terroristas haciéndoles ver la escasa repercusión política y el poco efecto aterrador de sus acciones. O sea, reduciendo el factor pasivo del binomio funesto a lo mínimo inevitable, con libertad de información, en la parte inmensa de la población que no vive afectada, en sus intereses personales, por los sentimientos políticos encontrados ante el mito generador de la violencia terrorista. Pero la indecencia con la verdad, que caracteriza a todos los gobiernos no democráticos, su afán de diluir sus responsabilidades sobre seguridad ciudadana y su incontenible deseo de verse acompañado en el sentimiento de su impotencia, les hace agravar la magnitud del problema echando en los hombros de la sociedad la carga del terrorismo.

Los gobiernos que no logran cegar a corto o medio plazo las fuentes del terror terminan por convertirse, para encubrir su fracaso, en los primeros agentes de propagación del miedo. Lanzan a la población civil mensajes de impotencia; pierden los estribos cabalgando sobre jamelgos de éxito casuales; convocan imponentes manifestaciones de victimismo ante el verdugo; airean foros de paz sin estado de guerra; montan equívocos sentimientos de BASTA YA, como si estuviera justificado el sufrimiento anterior y ya no fuera útil proseguirlo, para que el mito liberador se realice por vía pacífica; hacen de las masas inmensos cónclaves ecoicos del mensaje terrorista; proclaman la inutilidad del terror ante la palabarrera resistencia del NO NOS MOVERÁN y dejan que la imagen gubernamental se asocie lastimeramente con la teatralidad de una piedad funeraria; hacen héroes de la libertad a las víctimas de asesinato por la espalda, es decir, concede a los asesinos hasta el poder de otorgar honores de muerto en combate digno a quienes mueren sin dignidad, matados sin enterarse de nada como animales.

Ninguna voz se deja oír contra tan mortal imbecilidad. Los intelectuales engrasan la grosera barbarie de los gobiernos. El actual no siguió al menos la senda del anterior, que elevaba la reacción a terrorismo de Estado. Pero, como los anteriores, sigue sin percibir el distinto sentido que tiene el binomio terrorista dentro y fuera del País Vasco. Aún no sabe, por ejemplo, que allí puede ser prudente la movilización de la sociedad, a causa de sus efectos electorales, mientras que aquí es imprudencia temeraria. Alienta el ánimo aterrador de Eta y deprime a las masas ilusas en la impotencia.

DECIR MISA NACIONALISTA REPICANDO

LA RAZÓN. JUEVES 14 DE JUNIO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

A diferencia de la violencia anarcosindicalista, que sedujo al bueno y caótico Sorel –en sus Reflexiones de 1908– con el mito de la huelga general revolucionaria, el terrorismo de Eta es el factor de una guerra psicológica de liberación, que seduce a un ingenuo abertzalismo con el mito de la Independencia de Euskadi. La violencia revolucionaria quería suprimir el Estado con la idea antropológica de que la bondad natural era consustancial a una humanidad libre de coacciones. El terrorismo nacionalista tiende a erigir un Estado propio con la idea antropoide de que la maldad contra el bando adversario, por repugnante que parezca, no deja de ser banalidad para la suprema causa de la Independencia. Y esa banalidad del mal suprime la aparente contradicción entre fines humanos y medios inhumanos. Etimológicamente, la banalidad es lo común a una parte circunscrita de la población. El mal causado al bando español mediante crimen no es inmoral, porque es banal. Este sentimiento inconsciente late en el corazón nacionalista de algunos vascos que jamás harán ni aprobarán lo que, sin embargo, no rechazan en otros. Y aquí yace la resistencia a maldecir los crímenes de Eta si a la vez no se condenan los del Estado que la reprime. Una cuestión incorrectamente planteada porque supone la homologación política de dos males heterogéneos: terror estatal y terrorismo civil.

El Terror soberano del Estado (Hitler, Stalin, Pinochet, Junta argentina) no constituye terrorismo. Este procura la mayor publicidad de sus crímenes, para amedrentar a la clase dirigente con el desorden público. Aquél oculta sus fechorías en el secreto de Estado para protegerla con más orden público. El Terror señala a su adversario en todo lo subversivo. El terrorismo, en todo lo establecido. Los crímenes de los GAL caen en la esfera del Terror soberano. La mentalidad estatal que los urdió no es cualitativamente distinta de la que inspiró el nazismo y el soviétismo. Siendo dos males, es peor calamidad el Terror estatal que el terrorismo. En sentido riguroso, decir terrorismo de Estado es un contrasentido, una verdadera contradicción en los términos. La autoridad que lo practicara destruiría el propio orden estatal que la legitima. Los crímenes de Eta, en cambio, caen de lleno en el terrorismo político. No son, por supuesto, delitos comunes. La distinción entre violencia común y terror especial es definitoria. A la supuesta violencia de un Estado politizado, que reprime la base social de la Independencia de Euskadi, Eta responde con el terror del asesinato cotidiano en un sociedad despolitizada. Llamar violentos a los criminales más que una eufemia literaria es una blasfemia política.

El mundo clásico, como ha recordado Martín-Miguel Rubio en un memorable artículo que hizo brillar a estas «Otras Razones», penetró más y mejor en la distinción entre violencia y terror que los análisis existencialistas de Merleau Ponty y Hannah Arendt. Aquél acertó, frente a Sartre, al separar el humanismo marxista del terror soberano estalinista, pero no llegó a concebir el terrorismo como método inherente a la conquista del Estado. Y mi admirada Arendt no cayó en la cuenta de que el terrorismo nazi solamente existió antes de la toma hitleriana del poder, aunque prefigurara el Terror que, ya bajo secreto de Estado, condujo al exterminio de lo no ario.

El terrorismo de Eta también prefigura, porque condiciona, lo que sería el terror soberano vasco, si llegara a constituirse en el Estado propio que persigue. Esto, precisamente esto, es lo que no comprende Arzallus cuando cree pretender lo mismo que Eta pero por medios pacíficos. Agrada la sinceridad de Arzallus. Pero desagrade, por ser incoherente, que diga misa nacionalista en el altar del gobierno vasco instalado en el Estado español y, a la vez, repique campanas de soberanía o toque a rebato separatista.

EMPRESARIOS DE LA IMPIEDAD

LA RAZÓN. LUNES 18 DE JUNIO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Siento simpatía por los libertinos de sí mismos. Adoro la libertad de los demás. Y detesto al libertino de la libertad. No por lo que tiene de excesivo, o le sobra de libertante, sino por lo que le falta de natural. Lo que se desarraiga de los instintos permanece lejos de la humanidad. En el terrorismo, la inhumanidad no es exclusiva de los aterradores. La brutalidad está en ellos. Pero la impiedad se anida en los «aterradistas» por sistema, en los granjeadores del drama, en los vividores del terror, en los que condenan los medios terroríficos y aprueban sus fines, en los «liberalísimos» libertinos que se declaran por la Independencia del País Vasco si una mayoría electoral lo decidiera.

Contra lo que cabría esperar, a esta categoría no se llega siendo muy liberal con la opinión de todos, sino reprimiendo la de muchos y despreciando las fuentes históricas del sentimiento nacional. La libertad de poder transluce en la prepotencia de la libertad de expresión. Concretamente, en los patronos de los dos diarios de mayor difusión, encadenados al auge de cada partido gubernamental.

Con el desparpajeante manejo de la opinión, llegan a tener más poder que el viático de los gobiernos y el permanente de los banqueros. El poder de disponer, mientras se enriquecen con el negocio de la libertad, de lo que, no siendo privativo de nadie, la historia mancomunó.

Un liberal no procura la libertad de dominio sobre cuerpos y almas de otros. A lo sumo, le basta con que le dejen hacer de su capa un sayo. Cuando traspasó esas fronteras y pudo actuar en lo público, el liberal se hizo librepensador o libertino, antes de que pudiera ser demócrata. Un gobernante liberal es hoy una ficción o un contrasentido. Los «liberalísimos» de la prensa son los libertinos de la libertad, los «libertadísimos» de todo lazo con el pasado, de toda dependencia con la verdad.

Los primeros desórdenes de la libertad republicana de 1931 introdujeron en la cultura popular la idea reaccionaria de que la libertad se confunde con el libertinaje. Al vulgo ignorante le encantan las frases tontas que parecen cultas. Y aún hoy no son pocos los que atribuyen a las libertades públicas otorgadas la introducción del desenfreno en las costumbres.

La degradación que sugiere la extensión del libertinaje en las ideas y creencias no vino de un exceso de libertades públicas, sino bien sea de su defecto, como fue el caso de los primeros libertinos (llamados «d esprit»), o bien de la falta de conexión de la libertad con la posibilidad de realizar ideales de vida superior, como es el caso de los actuales libertinos de la libertad. Para llegar a ser libertino «d esprit» se necesitan cualidades mentales y morales que los «liberalísimos» no tienen: pensamientos originales sobre la vida y voluntad de erosionar la hipocresía del consenso con el escándalo de su publicación.

España no tuvo libertinos librepensadores, como Inglaterra y Francia. No por azar se llamó por vez primera librepensador a un discípulo (Toland) del padre de la tolerancia, Locke. Salvo Miguel Servet, quemado por los calvinistas entre los «libertinos ginebrinos», aquí no conocimos el libertinaje espiritual. Tuvimos profesores en lugar de filósofos. Y ahora, cuando la tolerancia inherente a todas las oligarquías liberales suplanta al respeto exigido en la democracia, florecen estos nuevos libertinos de la libertad, predicando tolerancias al libertinaje con las patrias. Al son de sus empresas, chalanean con la vasca, como jugarán con la catalana o gallega, porque no respetan la española y fueron cómplices del patricidio de la Transición.

«La débauche» de su depravación cultural no tiene límites en el abuso de la libertad, en la «bouffe» atragantada de negocios, en la impúdica orgía de famas y premios, en el menaje a cuatro naciones. Libertinos de la libertad, empresarios de la impiedad.

TERROR EN NEPAL

LA RAZÓN. JUEVES 21 DE JUNIO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Es probable que nunca sepamos los móviles sinuosos y la inspiración sublime del majestuoso sacrificio de la familia reinante en Nepal. Mejor así. Lo circundan los halos de misterio que aurean los mitos fundadores. Ausente de la inmolación, la nueva testa coronada dará explicaciones de amor, depresión, embriaguez y droga. Pero la imaginación popular, más cercana a las intuiciones de lo histórico, forjará el sacrificio del salón de brillar en la fragua subterránea de las leyendas vulcánicas. Aunque la hazaña ha sucedido en tierra exótica, no está tan lejos de la nuestra como la mítica Itaca. Si miramos la última reunión de los poderosos de Nepal en su intimidad salvaje, la terrible escena nos conmueve y no nos espanta porque en las primicias de nuestra cultura vibró la poesía épica de Homero. Antes de que naciera la ironía con la tragedia griega, la civilización vino a occidente con la transformación popular de grandes matanzas en epopeyas hazañosas.

Un banquete al egoísmo de lo inmediato prelude la matanza apoteósica de los pretendientes de Penélope. Los que consumían la hacienda del reino. El «pánico verde» los atenazó cuando la primera flecha del despreciado vagabundo de disfraz traspasó la garganta de Antinoo y despuntó por su nuca. Ni uno sólo de los príncipes del poder sobrevivió a la venganza de Ulises y de su hijo Telémaco. La carnicería de hombres en Palacio compensó la de bueyes y carneros por viandas.

En Nepal, país de las expediciones al Himalaya, dos familias se disputan el reino. La dinástica se reunía todos los viernes para cenar en Palacio. La última no se consumió. El aperitivo está ya en los anales de la historia macabra. Como el de Cesar Borgia en Sinigaglia, ha sido un repentino acto de terror sin prelude terrorista. Una mesa de billar occidental propiciaba el ajuste de cuentas asiáticas. Salón de juegos recargados de odios negros en etiquetas masculinas y encajes violáceos en celos femeninos. Copas rezumantes de vanidad y humillación. Luces parpadeantes de poder y de impotencia.

Al anochecer irrumpió el príncipe heredero en uniforme de campaña militar. Sin vacilar en el propósito, a manos llenas de fuego automático, disparó balas parricidas con ráfagas extenuantes de la razón de Estado. La postrera contra sí mismo. La leyenda tiene su comienzo en lo real.

Violencia de rayo en cielo sereno. Misterio de alma oriental en cuerpos sin enigma occidental. Párpados pegados para siempre que antes había rasgado la oblicuidad del sol. Al pie de las montañas donde moran los dioses de la humillación asiática, una matanza del orfelinato de padre y madre a quien matar. Servidumbres galonadas de partidismo, complicidad y traición.

Atardecer de sentimientos más irreverentes que crueles, de obscuridades más tenebrosas que espantosas, de apetitos mejor disimulados que dominados, de deseos peor anidados que satisfechos. Amanecer esperanzado en la virtud creadora de la matanza del clan. Terror sin terrorismo. Por razones pasionales, despreció la protección del secreto, abandonó la seguridad del lecho en el orden público y destruyó su propio Régimen.

Lo que ha sucedido en Nepal no ha sido un simple asesinato familiar con suicidio personal del asesino. Eso no despertaría interés político. Ha sido un acto ejemplar de terror de Estado contra sí mismo, movido por la impotencia del poder individual del Príncipe heredero para imponer su destino personal al Rey, sobre la prepotencia colectiva del clan dinástico. Desprovisto de medios y de fines reformistas, sin apoyo popular, la única salida lógica del heredero amoroso era entregarse a sus pasiones de venganza y destruir el Régimen monárquico que le negaba su personalidad.

El Delfín ha desenlazado, por amor y frustración, el síndrome nihilista de todos los príncipes herederos.

LOS GRADOS DEL MAL

LA RAZÓN. LUNES 25 DE JUNIO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Las especies de maldad son más variadas que las de bondad. Los Códigos penales, como paletas de pintor ante los colores de la naturaleza, no pueden registrar todos los matices del mal. Clasifican los delitos por tipos y los penalizan por convención. La ética es una teoría de costumbres. No conciencia personal del mal. Los jueces, más sensibles a lo incorrecto que a los grados de maldad, representan la conciencia media de la sociedad. No son líderes morales. Las encuestas que ponen a los jueces en el más bajo escalón de los prestigios sociales no saben que así están humillando a la propia conciencia encuestada. Todo el mundo admite, los jueces también, que matar es peor que robar y que violar a una niña es muchísimo peor que a una persona adulta. Pero la sociedad no quiere saber, y los jueces tampoco, que matar en nombre del Estado sea una maldad infinitamente peor, y mucho más peligrosa para el cuerpo social, que hacerlo en nombre de Eta. Ni que extorsionar para un partido gubernamental sea mucho más vil que hacerlo para sí o para financiar el terrorismo. Por motivos ideológicos, la prensa y los jueces son víctimas de la baja sensibilidad de la conciencia española ante los grados del mal.

Los crímenes que más repugnan a las conciencias civilizadas son los de los gobiernos. No hacía falta condenar a Barrionuevo para saber que las atrocidades de los Gal eran ordenadas por su jefe Felipe González. Este hombre descabellado de soberbia y de incultura, ha degenerado más la conciencia moral de la sociedad, en 14 años de hipocresía, que el miedo rastrero de los medios culturales en 40 años de dictadura. Incluso Fraga ha sido menos funesto para España que Felipe González. Pero hay algo todavía peor que el crimen político. Algo que lo supera en maldad y en cobardía: el indulto de los criminales políticos. La comprensión hacia ellos. El perdón. La misericordia con los empresarios del horror. ¿A qué puede obedecer sino a una sintonía con los móviles políticos del crimen de Estado?

La barbarie de las monjas católicas, condenadas en Bélgica por genocidio africano, produce mayor repugnancia moral a causa de su motivación religiosa. Un sincero creyente no toleraría que el Papa solicitara el indulto de las que han asesinado en nombre de Dios. Es injusto que Felipe González se siga paseando por el mundo, como ficticio hombre de Estado, mientras que Barrionuevo, Vera o Galindo pasean, como reales criminales de Estado, en rueda de presos. Pero más injusto sería ponerlos en la calle para que la impunidad sea completa.

¿Qué orden de sentimientos implica el indulto del crimen de Estado? Resulta obvio que no predomina la generosidad cuando se procura la humillación de los criminales adversarios y el perdón de su comprensible crimen. Se indulta al delito por la nobleza abstracta de la idea que lo inspira. Se desprecia al delincuente por la concreta impericia con que lo ejecuta. En el fondo, sólo se condena el fracaso y se indulta la buena intención del delito. El que indulta piensa que él lo habría cometido mejor. Odia al delincuente descubierto porque ama el delito secreto.

Se invierten los grados del mal, en los delitos políticos, porque se pone en la última escala de la depravación los actos ilícitos que se cometen por egoísmo. ¿Como si hubiera delitos altruistas! ¿Como si no existiera egoísmo en los Gal y Filesa! El enriquecimiento de un político, siendo odioso, es menos dañino para la sociedad que la financiación ilícita de un partido. Los subterfugios morales de las conciencias desviadas obedecen a otra ley mucho más general y poderosa.

La conservación del sistema aunque sea malvado. Shakespeare lo dijo en Macbeth: «Lo que el mal comienza sólo el mal lo afianza». El sistema que posibilita el crimen de Estado necesita indultar los criminales. Mejor su impunidad que cambiarlo.

TREVIÑO Y BUSH

LA RAZÓN. JUEVES 28 DE JUNIO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Un columnista de opinión sólo debe opinar sobre las noticias del día cuando difiera del comentario editorial que su periódico hace de las mismas o cuando pueda enriquecerlo con una visión más universal, más culta o más ilustrativa. Lamentablemente, esa no es la costumbre. Los editoriales suelen ser superiores. No es extraña la extendida creencia de que los escritores de prensa opinan al dictado de sus directores o la de que éstos eligen a los de su misma cuerda.

No pienso en los profesionales que opinan al son ideológico de la empresa que los contrata para eso. Hablo de los escritores que colaboran con asiduidad, para dar buen tono literario o cultural a los diarios, y que no suelen ser mejores que los periodistas.

Hago esta reflexión, que ilustraré con un magnífico ejemplo de escritor periodista, para anunciar mi nuevo propósito de comentar las noticias que se refieran a terror de Estado, terrorismo de Eta y nacionalismo separatista. Pues casi todo lo que dice la prensa en estos temas es falso respecto al hecho noticiado o falaz en el argumento que lo denigra o ensalza.

Comencé con mis recientes comentarios sobre la noche de «terror en Nepal» y las monjas católicas condenadas por genocidas. Hoy trataré de la presencia del lendakari Ibarreche en el condado de Treviño y de la petición a Bush de ayuda contra Eta.

La libertad de reunión ampara la asistencia de Ibarreche a la fiesta de las ikastolas alavesas a que ha sido invitado por el alcalde de La Puebla de Arganzón, en el condado de Treviño. La libertad de movimiento de un español por cualquier punto del territorio español no puede ser provocativa para ningún español. Si se trata de una autoridad en visita oficial, basta con que sea invitada por la autoridad local. Se equivoca de sentimientos el presidente de Castilla y León, al sentirse «provocado» por la visita del lendakari, y se equivoca de doctrina democrática «El Mundo», al dignificar esa protesta y defenderla.

Si creen que eso significa apoyar la anexión del enclave burgalés a Álava, que lo compense el presidente de la Junta con su visita al condado. Si temen que la libertad de expresión del lendakari cambie el estatuto histórico de Treviño, poca confianza deben tener en que esté justificada su vigencia. Si rechazan el proselitismo nacionalista fuera del territorio autonómico, aparte de que es derecho y práctica común a todos los partidos, están poniendo límites espaciales a la libertad de asociación. Además de antidemocrática, esta protesta no respeta al Gobierno vasco ni al PNV. Y el diario El Mundo demuestra que aún no sabe lo que es libertad política ni unidad de España. Si la Junta exaltara a Isabel la Católica en Mondragón, estaría en su derecho y nada con sentido democrático o dignidad institucional podría objetar el Gobierno vasco. Los que piensan como El Mundo son separatistas españoles. O sea, los concesionistas de independencia a través de las urnas, llamados «liberalísimos».

La innecesaria petición de José María Aznar a Bush engrandece a Eta y empequeñece a España. No tiene ninguna ventaja, pues con o sin promesa pública del presidente de EE UU, la policía española ha contado, cuenta y contará con la ayuda antiterrorista de las agencias norteamericanas.

Con su prosa y su humor inigualables, Martín Prieto ridiculiza, en «El Mundo», el aspecto grotesco de la promesa de Bush. Que para España es humillante y perjudicial. Reconoce la impotencia de nuestro Gobierno.

Identifica a nuestro país con el terrorismo, al modo de Palestina. Da a Eta resonancia imperial. Internacionaliza una cuestión interna de España. Une el nacionalismo vasco al terrorismo.

Perjudica los intereses de nuestra economía en materia turística y de inversión de capital extranjero. Pero todo lastre desproporcionado en el buque alivia el fracaso del piloto y aligera el peso de su responsabilidad.

ENCUESTAS Y ETA

LA RAZÓN. LUNES 2 DE JULIO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

En vísperas de los discursos oficiales sobre el estado de la Nación, los periódicos encumbrados trasladaron a las encuestas sociológicas realizadas por ellos mismos las ideas propias que trataban de imponer, como «vox populi», a su respectivo partido estatal. El fraude de las opiniones populares llega a ser tan desvergonzado, en asuntos abstractos de difícil comprensión para los especializados en la materia, que otorga a la ignorancia de las masas la científica virtud de transformar en «dato objetivo» la opinión subjetiva del diario manipulador. El método infalible para asegurar la concordancia entre las columnas editoriales y las porciones del queso encuestado no está en la generalidad de las respuestas, siempre susceptible de interpretaciones «ad hoc», sino en la singularidad coaccionante de las preguntas. Veamos, por ejemplo, las maravillas ideológicas salidas de la simbiosis empresarial «Sigma Dos / El Mundo» (sondeo publicado el 25/6/01).

Un 80,4 por ciento contesta afirmativamente a la cuestión de si deben incluirse en los delitos de colaboración y pertenencia a banda armada a quienes colaboran con Eta sin participar en actividades terroristas. Este círculo vicioso, que pone la respuesta de modo implícito pero necesario en la pregunta, es interpretado como una novedad por el editorial de El Mundo: «Los jueces discrepantes de Garzón deberían tener en cuenta que la inmensa mayoría (un 80,4 por ciento) opina que el entorno de Eta tiene que ser perseguido penalmente». Ante tan sagrada opinión deben sucumbir el respeto al Estado de derecho, la necesidad de tipificar el delito, la finura distintiva de la jurisprudencia y hasta la presunción de inocencia. Basta estar sin más en el entorno familiar o social de Eta, y no en su entorno político, para que padres, hermanos, abuelos, tíos, primos, amigos de la infancia, novias, vecinos de etarras, todos sin excepción sean delincuentes. Al terrorismo hay que combatirlo con terror legal. Aumento de las penas y aumento de la represión judicial. Ideología reaccionaria de la progresía liberal de El Mundo.

Un 68,8 por ciento cree que la actuación del Estado español en la lucha contra Eta es regular, mala o muy mala. Pese a lo cual, el 79,3 por ciento opina que los responsables de esa actuación, los partidos estatales PP y PSOE, deben mantener su estrategia de colaboración política en materia antiterrorista. ¿Para qué? ¿Para que continúe la pésima o mediocre actuación del Estado? Pero es fácil de ver que el absurdo no está en la incoherencia de las respuestas, sino en la provocación insidiosa de las preguntas tendenciosas. Cuando se refieren al PP y al PSOE los beatifican con la imagen positiva de estrategia de colaboración antiterrorista, mientras que cuando conciernen al PNV y al gobierno vasco los satanizan con la idea negativa de falta de colaboración activa. ¿Cabe una mayor falacia intelectual y más mala fe en la formulación de las preguntas?

Un 52,3 por ciento está más de acuerdo con un modelo federal –en igualdad de todas las Autonomías o en desigualdad asimétrica respecto de las históricas– que con el actual Estado de las Autonomías. Solamente un 13,6 por ciento no sabe o no contesta a una cuestión tan difícil y compleja que no creo que haya en España media docena de personas, catedráticos de derecho constitucional y de historia universal incluidos, capaces de tratar este asunto, eminentemente jurídico, con la competencia técnica y la erudición que su conocimiento requiere. Para ridiculizar a estos libertinos del Estado, frivolidadores de todo cuanto ignoran, me basta con recordar los presupuestos «sine qua non» de cualquier propósito de federalizar el ámbito político:

- a) sólo se puede federar lo que está desunido previamente;
- b) sólo se puede desunir, sin violencia, lo que tiene derecho a ello;
- c) donde no hay derecho a la Independencia, no puede haber derecho a la federación.

EL FOREIGN OFFICE Y ETA

LA RAZÓN. JUEVES 5 DE JULIO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

«Hay más posibilidades de resultar muerto-herido en un accidente de carretera que por una bomba de Eta». Ha tenido que ser el Foreign Office británico quien defina el terrorismo en su verdadera dimensión cuantitativa. Pues lo que afecta a un turista inglés no es distinto de lo que amenaza a cualquier español. Otra cosa es el asesinato de personas por su pertenencia a un partido o una empresa periodística. Aunque la propaganda antiterrorista los confunda en una sola calamidad social, el terrorismo difunde dos tipos psicológicos de horror que se propagan con arreglo a dos mecanismos sociológicos distintos, según sea la naturaleza indiscriminada o discriminada de las víctimas. Ambos tipos de miedo tienen, por sus móviles, causa política, pero sólo uno de ellos alcanza, por sus efectos, a la clase dirigente del Estado y la sociedad. La efectividad de este miedo concreto alimenta la inspiración y la constancia del terrorismo político. Mientras que el otro tipo de miedo abstracto y generalizado, provocado por los atentados indiscriminados, constituye el fundamento incierto y vacilante del terrorismo civil. La onda expansiva de su rechazo es tan universal que llega a resquebrajar la cohesión de Eta.

El Foreign Office dice la verdad al recordarnos la ínfima importancia cuantitativa del terrorismo civil. Al que solamente la hipérbole de la propaganda antiterrorista puede calificar de lacra social. En general, la huella mortal dejada por Eta con sus dos tipos de acción criminal es muchísimo menor que la de los accidentes de tráfico y los accidentes laborales.

¿Cómo explicar la irresponsable torpeza de los que –desde el Gobierno, los partidos políticos o los medios de comunicación– hacen el juego a los fines del terrorismo, convirtiendo a éste, como él quiere, en la lacra social de España?

Las respuestas basadas en la intencionalidad homicida de los atentados terroristas, en contraste con la mera accidentalidad de las muertes ocasionadas por el tráfico de vehículos o por la siniestralidad laboral, dejan de tener en cuenta el hecho social de que los asesinatos comunes son también mucho más numerosos.

Ninguna justificación de tipo sociológico puede explicar que el terrorismo haya sido elevado a la categoría de lacra social y primera preocupación nacional. Lacras sociales son las secuelas de una insanidad o enfermedad colectiva. La delincuencia común es una lacra de la miseria y la incultura. ¿De qué enfermedad es lacra el terrorismo?

Los que usan la palabra lacra no saben lo que dicen, pero los que la meten en el lenguaje de las masas, desde posiciones de poder político o de dominio de la opinión, son conscientes de que con ella están introduciendo la idea inconsciente, y por ello imposible de evitar, de que el terrorismo de Eta es la secuela inevitable de la enfermedad nacionalista vasca. Una de las causas de que Eta dure es, precisamente, su consideración de lacra del nacionalismo vasco. La propaganda electoral del PP y del PSOE en los últimos comicios descansó en esa perversidad.

Salvo el respeto a las ideas respetables, nada hay en mi pensamiento que pueda servir de apoyo a la causa nacionalista. Pero padezco un sentimiento permanente que, junto a mi pasión por la libertad política, domina mi condición de hombre público: el desprecio a la falsedad y a la imbecilidad de las ideas de la oligarquía del Estado de partidos. Y es tan falso que Eta sea la lacra del PNV, como imbécil decirlo sin creerlo.

Se deben excusar los errores de la inteligencia. Incluso las falsedades nacidas de la incultura. Jamás las mentiras de la estolidez. No juzgo la acción policial, pues desconozco su intimidad, pero la política antiterrorista de la Transición, a la vez que sirve de aliento a los fines de Eta, legitima el fracaso de los gobiernos con el formidable estrépito de su estupidez.

ETA, BANDALAJE TRIBAL

LA RAZÓN. LUNES 9 DE JULIO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Resulta muy difícil de comprender que los terroristas tengan no sólo buena conciencia de sus acciones, sino alta opinión de sí mismos como personas. No pasa en la delincuencia común ni en el crimen organizado. Sólo es comparable a la autoestima, abonada de tanta consideración ajena, de esos conocidos personajes que ordenaron asesinar y torturar en nombre del Estado. Llamamos pues asesinos a los que otros consideran héroes. Y nos preguntamos cómo es posible que personas de fuertes sentimientos familiares sean capaces de mutilar a otras familias que no interfieren la vida de las suyas.

Los crímenes terroristas repugnan más que la producción de víctimas civiles en la retaguardia de la guerra, porque no hay reciprocidad en la fuente creadora de dolor. Pero el crimen antiterrorista los supera en perversidad, porque introduce la reciprocidad que le falta al terrorismo para convertirse en lo que desea ser: un fenómeno tan humano como la guerra. Eta padece estas leyes de la psicología social y, para no ser pura asesina, declara a lo español una guerra que, no siendo bilateral, carece del mecanismo de sedación del horror.

La guerra no elimina todos los sentimientos compasivos. Los limita al sufrimiento padecido en el propio bando. Con la paz, la anestesia de la compasión por el dolor del otro bando se desvanece de modo tan repentino como drogó al propio para llevar a cabo la matanza bélica con buena conciencia. Millones de conflictos a vida o muerte, hicieron sobrevivir a los cerebros tribales capaces de sentir, hacia el vecino, deseos alternativos de exterminio o de colaboración, en función de un interruptor colectivo. Se sabe que los ritos de guerra, las invocaciones de los sacerdotes y las danzas o paradas militares, cumplen esa función interruptora de la conciencia del mal que se inflige al bando rival. El valor de los héroes homéricos suponía un supremo desprecio a los sentimientos comunes de humanidad. El héroe tenía que ser tan inhumano como los dioses porque enfrente había otra parcialidad inhumana a la que vencer. Pero sin terror de Estado, sin guerra bilateral, el terrorismo no deja de ser una bandería carnicera, un bandillaje político, una banda armada sin bandera, una partida sin partido, un bandalaje de fantasía, un contrabando de muertes sin bando prohibitivo de vida a los contrabandistas.

En otros artículos he utilizado la expresión «banalidad del mal» en un sentido distinto, y más genuino, del que le dió Hannah Arendt en su informe sobre «Eichman in Jerusalem» (1958). Aunque banal sea lo insignificante, y lo rutinario haga banal lo que repite, no creo que la inconciencia de lo cruel provenga, en el terror de Estado y el terrorismo civil, de la insignificancia de la vida sacrificada o de la rutina burocrática del mal. Pues, lo insignificante, pese a su nadería en lo singular, nos impone su existencia abrumadora por doquier, y toda rutina comienza con una innovación. Sólo la locura osa eliminar la insignificancia.

En su origen etimológico, lo banal era lo propio de un bando, lo poco significativo en la persona singular porque era lo común al grupo. Lo significativo del judío para un nazi, como lo de un español para Eta, es la intrascendencia de su existencia material en tanto que obstáculo espiritual a la trascendencia de lo ario o lo vasco. Ese abismo sentimental ya no es cuantitativo, sino de orden existencial. Por ser españolas, las víctimas de Eta no existen antes de ser matadas. De ese desprecio olímpico a lo español deriva la banalidad del mal, en los atentados que Eta ejecuta con total inconciencia de la crueldad de sus acciones y plena consciencia de la grandeza de las reacciones. Cuanto mayor sea la reacción española a la nimiedad de lo que hace, mayor será el orgullo de Eta de atribuirlo a la grandeza de quien lo hace. Sentimiento infantil y primitivo. Fantasía de bandalaje tribal.

AVISO DE BOMBA

LA RAZÓN. JUVES 12 DE JULIO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Si Eta fuera exactamente lo que dice de ella la propaganda antiterrorista, no avisaría de las bombas que coloca en objetivos civiles. Y sus matanzas indiscriminadas habrían formado ríos de sangre imposibles de vadear por el grueso de la sociedad. Nadie ha explicado todavía la razón justificativa de este rebuscado humanitarismo, aparentemente innecesario, que hace de Eta una organización terrorista menos mala de lo que podría ser.

¿Por qué reduce Eta los daños personales de sus atentados civiles, o los elimina, poniendo límites amarillos al terror del horror? ¿Para qué sabotea sus propios atentados?

Si la finalidad del aviso de bomba es alejar a las personas del lugar de la explosión, el daño sobre las cosas no constituye motivo bastante del terrorismo económico, cuyo daño recae en las compañías aseguradoras. ¿Acaso pueden sentir escrúpulos de matar a mil personas los que han matado a cien? ¿A quien desea dar Eta una imagen de moderación criminal? ¿Supone el aviso de bomba una vacilación moral en los medios o una real contradicción política en los fines inmediatos del terrorismo? ¿En qué es preferible para Eta el aviso de bomba a su estallido sorprendente? ¿Quizás está sujeto el terrorismo civil a límites cuantitativos que lo harían sucumbir si los traspasara? ¿A qué criterios obedecen esas fronteras?

No es posible responder, en un solo artículo, a todos estos interrogantes. Al formular tales preguntas, cuyas respuestas son tan decisivas para entender la mentalidad terrorista que se desea derrotar, solamente he querido llamar la atención sobre el hecho escandaloso de que Gobiernos, partidos y medios de comunicación, en lugar de analizar el fenómeno del aviso de bomba como lo que es, lo traten de modo irracional y demagógico como la catástrofe que podría haber sido.

Los medios informativos siempre ponen de relieve la cercanía de la bomba inexplorada a centros escolares, supermercados o lugares de gran concurrencia de gentes. De este modo absurdo, conceden a Eta el eco de la potencia del mal que ella misma no ha querido actualizar, o sea, la propaganda de un crimen masivo sin necesidad de que lo cometa.

Y aún es mucho peor si, faltando a la verdad notoria de por sí, califican la amenaza de bomba como atentado frustrado, enmascarando el hecho de que el terrorismo ha consistido precisamente en el aviso de bomba, y no en el daño consumado de su eventual explosión. Aunque a veces ésta llegue por accidente o por falta de coordinación.

Es evidente que Eta asume estos riesgos y que la creación de este peligro tiene por sí misma carácter criminal. Pero también es evidente que Eta pone los medios a su alcance para abortarlo, con indudable riesgo para la seguridad de sus propios informantes.

Sin adelantar las respuestas a los interrogantes planteados en este artículo, se puede sostener que el aviso de bomba es un modo específico de tener en vilo a las fuerzas de seguridad; una manera directa de hacer patente a los ciudadanos la impotencia de la Policía para impedir que, en cualquier momento y cualquier lugar de España, Eta pueda asestar gravísimos golpes mortales a la población civil; una forma incruenta de hacer digerir a los Gobiernos la necesidad de negociar condiciones políticas para poner fin a la amenaza de atentados masivos.

Y, sobre todo, una demostración permanente de que la dirección de Eta controla la acción táctica de sus comandos y puede imprimir un sello político de pacificación en sus acciones terroristas, tan pronto como los Gobiernos, partidos y medios de comunicación se hagan a la idea ilusa, no fundada en la libertad ni en la democracia, de que la Independencia de Euzkadi, sin terrorismo, es preferible a la Autonomía con terrorismo. ¿Como si pudiera ser, salvo para los liberalísimos, objeto de elección!

CONSIGNAS QUE FAVORECEN A ETA

LA RAZÓN. LUNES 16 DE JULIO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Mis opiniones sobre el terrorismo de Eta no pretenden ser profundas ni originales. Están basadas en lo que todo el mundo piensa y nadie se atreve a decir. Todo lo que se ha dicho en más de treinta años sobre Eta ha sido conscientemente alejado de la verdad. Todos han decidido mentir por sistema porque todos han preferido creer que difundir la verdad, y discrepar de los Gobiernos, sería peor que propalar consignas como en casos de guerra. Sólo la compasión por los familiares de las víctimas limitará mi libertad de expresión contra la falsedad de esta creencia, creada por la dictadura y continuada por los Gobiernos de la Transición, para consumo de la imbecilidad de las masas gobernadas, y que sólo favorece a Eta.

Consigna para propagar la creencia de que cada Gobierno está a punto de lograr el fin de Eta, que lleva así un cuarto de siglo dando sus últimos coletazos sangrientos.

Consigna para hacernos creer que no hay método mejor para combatir el terrorismo que el seguido a trompicones de apresamientos y negociaciones de tregua por cada Gobierno.

Consigna para que la discrepancia de la acción gubernamental antiterrorista sea considerada por la opinión como crimen de colaboración o simpatía con Eta. Consigna para excluir del bloque constitucional a los partidos que se aparten de la línea antiterrorista definida por el Gobierno de turno. Consigna para hacer del terrorismo asunto de Estado, como pretende Eta. Consigna para elevar el terrorismo a problema capital de España, reflejado en las encuestas, como quiere Eta. Consigna para magnificar los atentados terroristas hasta el paroxismo histérico de las masas, como desea Eta. Consigna para que la oposición y la prensa den carta blanca a los Gobiernos y lo apoyen incondicionalmente, como harían en caso de guerra, que es exactamente lo que pretende Eta. No se acepta la declaración del estado de guerra que hace unilateralmente Eta, para no mandar al ejército a combatir comandos ocultos, pero se piensa, actúa y siente como si estuviéramos en estado moral de guerra.

Consigna para disimular el fracaso de los gobiernos en materia de seguridad ciudadana. Consigna para echar sobre la sociedad el peso de la política antiterrorista. Consigna para culpabilizar a otros países de la propia impotencia. Consigna para confundir el nacionalismo vasco con el terrorismo. Consigna para hacer de Eta –pequeña organización terrorista que asesina, secuestra y extorsiona, con la única finalidad y la única mira de obtener la independencia del País Vasco, como fruto madurado por la desmoralización de una opinión manejada por los medios informativos, y caída por las violentas y repetidas sacudidas al árbol español– nada menos que una gran potencia ideológica y militar capaz de atentar, como si esto fuera posible, contra las libertades políticas de la sociedad española, y de doblegar la resistencia del Estado, confundiéndola con la de los Gobiernos. Consigna, en fin, de que los partidos y los medios consideren la política antiterrorista del Gobierno como algo sagrado.

Ante este desolador panorama, la pregunta pertinente no es por qué dura tantísimo tiempo Eta, sino por qué tarda tanto en triunfar frente a adversarios de gran pacotilla empresarial, pero obtusos de inteligencia, débiles de carácter, oportunistas de opinión, desespañolizados de ideales y soberbios de ambición. No me refiero, como es obvio, a los partidos y gobiernos. Ellos seguirán los cambios en la opinión dominante. Y Eta sabe que el fruto maduro sólo puede caer, no por sus golpes directos contra el árbol estatal, sino por el vendaval de los «liberalísimos», que no se oponen a una independencia salida de las urnas vascas, cuando su número domine los medios fabricantes de opinión. Pero Eta no es eficiente. Con tanta sangre, hasta ahora sólo ha creado dos «liberalísimos» de peso en la opinión.

PAZ Y TERRORISMO

LA RAZÓN. JUEVES 19 DE JULIO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Aunque los terroristas lo crean, el terrorismo no puede ser equiparado a la guerra. Ni en sus móviles, ni en sus medios, ni en sus fines, ni en sus efectos. Son fenómenos distintos por su naturaleza íntima y su función. La naturaleza de algunos asuntos vitales, difíciles de perfilar por lo que realmente son, se ve con más claridad poniendo la mirada en lo que justamente no son, es decir, en la naturaleza de sus contrarios. A esta necesidad obedecen las definiciones negativas, y entre ellas la de que la guerra exija la declaración previa y solemne del estado de guerra como equivalente a la ruptura del estado de paz.

Si la paz es lo contrario de la guerra, y ésta es fenómeno tan diferente del terrorismo, se equivocan gravemente todos los que ponen en la paz la finalidad de la política antiterrorista. Pues, sin pensarlo ni darse cuenta, también ellos confunden, como Eta, el terrorismo con la guerra. Conseguir la paz civil en el País Vasco sólo puede ser un objetivo pertinente para quienes consideran que esa parte de España está en estado de guerra.

A menos que se prescindiera por completo del significado propio de las palabras \neg para que reine la confusión como modo de evitar la crítica eficaz de los actos de gobierno \neg , hacer de la paz la prioridad absoluta del Gobierno Vasco, ofende el sentimiento de los gobernados en Euzkadi, que no están en guerra entre sí ni con el resto de España. El terrorismo no es un estado, como el de la guerra y la paz, que afecte a todos los ámbitos de la sociedad, pero sí una situación de particular inseguridad que no admite ser definida por la negación de la seguridad general. La inseguridad vital de los colaboradores del Estado se produce dentro de la normalidad en la seguridad ciudadana. Por ello, lo sorprendente pertenece a la esencia del terrorismo. Sólo por accidente, o por impericia de sus agentes, causa víctimas ajenas al Estado y a la sociedad política.

Son los amenazados por Eta, movidos por vagos anhelos de sentirse más protegidos en la universalidad de la amenaza, y los propios Gobiernos, tendentes a exagerar el peligro de lo que no saben controlar o les sobrepasa, quienes convierten la situación de miedo personal, muy justificado, en estado de alarma social injustificada. Con esta extensión del miedo particular de unos pocos a toda la sociedad se alcanza el objetivo del terrorismo.

Esto bastaría para descalificar a los insensatos promotores de la paz sin estado de guerra. Una torpe acción de propaganda que, además de ser inútil, es contraproducente. El Gobierno Vasco es consciente de la falta de sentido de la palabra paz. Por eso, luego de usarla como gran estandarte de su programa, la sustituye en seguida por otra más conforme con el propósito que lo anima: «pacificación».

Una expresión que parece mejor porque implica la acción concreta de hacer concordar los elementos discordantes en la sociedad vasca.

Pero la idea de pacificar, tanto si es usada en su significado estricto como en el analógico de apaciguar, no es tampoco adecuada a un programa de Gobierno que desee resolver la situación creada por Eta.

Se pacifican los rescoldos de una guerra civil terminada con victoria, reprimiendo al adversario al modo eficaz de Franco o conciliándolo al modo inteligente de Lincoln.

Se apaciguan los ánimos bélicos para que no estalle el conflicto, paliando los motivos de la voluntad que los envenena o superando el «casus belli» en una nueva situación de libertad integradora. Si el Gobierno Vasco pretende ser el pusilánime pacificador de unas cenizas aventadas por una historia de 60 años, la voz derivada de pacificar que lo define con precisión sería «pacato».

Y si quiere ser el apaciguador del conflicto separatista, manteniendo el inexistente derecho a la autodeterminación que lo produce, la palabra derivada de apaciguar que lo califica con gran exactitud sería «pazguato».

TIPOS DE SEPARATISMO

LA RAZÓN. LUNES 23 DE JULIO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Cuando se mata en nombre de la Secesión del País Vasco, lo menos que se puede pedir es saber por qué se muere sin combate, pero con buena conciencia. El Estado carece de ideología contra el terrorismo, salvo en su condena moral. Desconoce lo que es. Lo trata como delincuencia y hace de él una tragedia nacional. Desea desecarle las fuentes y disimula su fracaso atosigando a la Sociedad. Nunca ha llegado al alma que anima la desalmada acción de Eta. No todos los separatismos son nacionalistas ni todos los nacionalismos, separatistas.

La secesión de una parte de la comunidad nativa, cuando ésta adquiría dimensiones inadecuadas a sus recursos, comenzó siendo en los albores de la humanidad una necesidad natural. El derecho a la independencia tribal, entendido como respeto de la mayoría a la decisión de una minoría de vivir separada, nació en los grupos de recolectores y cazadores de más de dos centenares de individuos. Todos los pueblos provienen de esta mitosis social. Que perduró en unidades mayores, con el nomadismo ganadero, desde no se sabe cuando hasta la invención simultánea, hace diez mil años, de la agricultura de regadío, el asentamiento territorial y el Estado cívico. Con esta revolución cultural, la secesión dejó de ser un «derecho natural» a la vida independiente, y pasó a ser un «hecho antinatural» –la naturaleza humana los produce– contra el primer sentimiento de la patria, el que dio dimensión espiritual a los imperios fluviales.

Egipto y Grecia basaron ese sentimiento patriótico en el sagrado deber de respetar a los muertos. Las tumbas y necrópolis hicieron impías y profanas las secesiones de la acrópolis. La piedad de enneas por su padre fundó el patriotismo romano. La independencia de una parte de la patria no la podían votar los vivos porque sus muertos la vetaban. La libertad y la democracia de los antiguos, exaltadas en las oraciones fúnebres en honor de los caídos en combate por la patria, excluyeron de su ámbito el llamado, desde fines del XIX, derecho a la autodeterminación. Una enrevesada expresión alemana que ideó la filosofía para designar, moralmente, el derecho a la Independencia de pequeñas naciones integradas, o amenazadas de integración, en los nuevos imperios comerciales o industriales de Europa.

Las colonias americanas se hicieron Independientes en busca de la libertad de comercio y de la autonomía fiscal. Y ese nuevo «casus belli» secesionista, radicalmente distinto del «derecho natural» a la primitiva secesión mitótica, fue canonizado por la Revolución francesa como derecho universal de los hombres a la libre determinación de los pueblos. Lord Byron encarnó ese ideal romántico en la lucha de los griegos contra el Imperio Otomano. Goethe, antirrevolucionario, pasó de Napoleón a Byron, y Marx limitó el derecho de Independencia a los pueblos que no unieron su conciencia nacional a la estatal antes de la Gran Revolución. El austromarxismo convirtió la libre determinación en derecho de autodeterminación y suprimió la barrera entre conciencia de clase y conciencia nacional, para fundar el nacionalismo de izquierdas, no separatista, frente al nacionalismo burgués, independentista. La participación de soldados coloniales en la guerra mundial motivó el renacimiento del derecho de autodeterminación, como bandera de las guerras de liberación nacional o instrumento jurídico de la descolonización internacional.

¿A qué tipo pertenece el separatismo de Eta y la izquierda abertzale? ¿Y el soberanismo burgués del PNV? ¿Tiene sentido la autodeterminación en España? ¿Un derecho natural? ¿De quién? ¿Un hecho antinatural, «casus belli»? ¿Contra quién? Si la libertad determina el derecho, ¿cabe la autodeterminación si no la hay? Responderé.

NO PERDÁIS TODA ESPERANZA

LA RAZÓN. JUEVES 26 DE JULIO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Los Gobiernos de Aznar y de Ibarreche no están tan alejados, en la autodeterminación, como ellos creen y a los demás parece. Si analizamos las declaraciones de Rajoy a este periódico (16/7/01), veremos que las posiciones no son irreconciliables porque no son incompatibles. El Gobierno vasco ha introducido el tema en la declaración programática. Y el Gobierno de Aznar lo pospone: «La prioridad es acabar con Eta, si lo logramos estaríamos en un escenario muy diferente». El Gobierno vasco lo pone sobre la mesa de negociación. Y el Gobierno de Aznar lo aplaza: «Hablar de una mesa de diálogo sin saber con quien, para qué y con qué objetivos requiere unas concreciones». ¿Haría de autodeterminación e independencia en un escenario de paz?, pregunta el director de LA RAZÓN, José Antonio Vera: «Requeriría una modificación constitucional y estatutaria. Hay procedimientos para eso, pero ni estamos en ese estadio ni nos mostraríamos partidarios de esa posibilidad». El PP no niega la posibilidad del derecho de autodeterminación, pero pospone el asunto porque: la prioridad es acabar con Eta; no hay escenario de paz; no se ha llegado a ese estadio; habría que modificar antes la Constitución y no sería partidario de la Independencia.

La distancia se reduce, pues, a una cuestión de prioridades, es decir, a un orden de prelación distinto dentro de una misma agenda de pensamiento; a una valoración diferente de los temas en un mismo campo de acción y un mismo sustrato de ideas y a la posición ideológica del PP, que no se mostraría partidario de la Independencia si llegara a plantearse la autodeterminación.

Las declaraciones del vicepresidente Rajoy, aunque más cautelosas, coinciden sustancialmente con las de Mayor Oreja, antes de las elecciones vascas, y las de P. J. Ramírez en uno de sus artículos dominicales de El Mundo: normalizada la situación, en un clima de paz, sin miedo ni coacciones, nada tendrían que oponer a una Independencia salida pacíficamente de las urnas.

Este es el gran «defaitisme» que comienza a prosperar, para satisfacción de Eta, en el sector liberalísimo de los dirigentes del Gobierno y de la opinión. Su mensaje al PNV no puede ser más claro. Asóciate al PP y al PSOE en un bloque sin fisuras para que policías y jueces de instrucción acaben con Eta. Deja de criticar la actuación policial y las resoluciones judiciales fruto de esas operaciones. Luchemos contra el entorno de Eta, Haika, gestoras proamnistía, Ekin, que no son sino las caras desencapuchadas de Eta. Dale prioridad absoluta a la acción antiterrorista y a la represión de las fuentes sociales del terror. Derrotemos a Eta. Entonces hablaremos de autodeterminación. Y si cuentas con una mayoría de votantes, pese a nuestro voto en contra, aceptaremos la Independencia salida de un Referéndum vinculante.

Eta encuentra en semejante discurso la justificación de su existencia. La autodeterminación y la independencia no se habrían aceptado por los altos representantes del Estado, ni en teoría ni de boquilla, sin sus actos sangrientos.

Debe pues intensificarlos. Hasta que ese maravilloso discurso de los hombres del Estado pase de la teoría a la práctica y de la boquilla a la cabeza.

Y el PNV sabe que dar prioridad exclusiva a la acción policial –fracasada durante un cuarto de siglo–, es un pretexto para retrasar a las calendas griegas el tema de la autodeterminación, que es la causa del terrorismo.

La realidad los hace antagonistas. Pero si nos atenemos a lo que dicen y no a lo que hacen, la diferencia que los distingue se puede precisar, al estilo del letrero en la puerta del infierno dantesco, por la distinta clase de ilusión que despierta, en el etarrismo condenado al erebo eterno, el frontispicio esculpido en verde por el PNV, «Tened esperanza», y el pintado en azul por el PP, «No perdáis toda esperanza».

CAMPANILLAZOS DE AZNAR

LA RAZÓN. LUNES 30 DE JULIO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

No hay orden ni concierto en las posiciones del Gobierno y del PP frente a la autodeterminación. El desconcierto proviene del conocimiento defectuoso que tiene Aznar de la nación como realidad objetiva. Los nacionalistas quieren crear, con Ortega y Primo de Rivera, que la nación es un proyecto común que se hace o se construye a voluntad (Pujol, Arzallus, Aznar). Si esta idea subjetivista tuviera fundamento, habría que dar la misma entidad al sugestivo proyecto común de deshacer o deconstruir naciones mal hechas. Hacer y deshacer naciones era el ideal romántico de los filósofos alemanes del XIX que dieron a los pueblos la idea de autodeterminación moral propia de personas.

Los no nacionalistas sabemos que las naciones no se hacen, sino que son involuntarias porque en ellas se nace. No es que neguemos a los vascos el derecho de separarse (cosa que no pueden hacer sin contradecirse los que tratan la nación como proyecto), es que se lo negamos a la propia España. Tan ilegítimo sería un Referéndum secesionista si sólo votaran los vascos, como si lo hicieran todos los españoles. Ser o no ser español no es una cuestión moral que la libertad colectiva pueda decidir. El crimen está en la pregunta. Someterla a discusión en las Cortes, como Aznar pide con ruda jactancia al lendakari, para que se abra un debate suicida de su representación española, negaría la esencia del Sistema. Debatir el sexo de los ángeles sería menos bizantino que dictaminar en las Cortes la condición española de los vascos. La historia impide negarla. La voluntad de renegación, al ser doble negación, la implica.

El señor Aznar ha oído campanas y no sabe dónde. Porque las ha oído, acierta cuando dice que la secesión vasca «no tiene fundamento histórico ninguno». Porque no sabe dónde, comete la torpeza de añadir una retahíla de razones inconvenientes:

1. Ser superflua, al gozar el País Vasco de niveles de autogobierno como nunca había conocido.
2. Ser la finalidad del terrorismo.
3. No respetar las reglas de juego, puesto que debe ser debatida en las Cortes.
4. No ser ético plantearla a corto plazo, cuando existe el terrorismo.
5. No estar reconocida como derecho en ninguna Constitución del mundo.
6. El derecho de los vascos a decidir su futuro ya lo ejercitan en cada cita con las urnas.

Estas razones oportunistas suponen mala fe intelectual.

El adagio popular «lo bueno que abunda no hace daño», olvida que se torna pernicioso por lo excesivo. Este rosario de razones innecesarias es contraproducente. Se vuelve contra el que lo esgrime tan pronto como dejen de ser actuales. Decir no ahora, por razones circunstanciales, equivale a decir luego sí (o es posible), si los impedimentos desaparecen. El presidente del Gobierno ha dejado entrever una autodeterminación posible.

Oír campanas y no saber dónde es un refrán significativo de conocimiento erróneo, que cristalizó en la civilización aldeana cuando el ritmo de la vida social lo marcaba el campanario y era peligroso ignorar la procedencia del tañido. Todavía se llama campanil al término vecinal. En Euskadi, el repique por la autodeterminación requiere doblar a difuntos. Cada parroquia oye su toque. Pero los campanólogos de la Transición no fundieron campanas que tocaran a libertad en el sentimiento de España. Y aznar lo sustituye con campanillazos de respeto a lo solemne. Al cura que tenía varias razones para no tocar las campanas en una iglesia sin campanario, lo paró en seco la lógica de que todas ellas sobran. Como sobran las de Aznar, por la razón suficiente de que la democracia basta para cerrar la puerta que la oligarquía deja entornada a fin de que el toque con sordina de autogobierno no suene, por ahora, a rebato de secesión. Los campaneros de este badajeo anuncian el peligro que ellos crean.

ENCARCELAR AL ENTORNO

LA RAZÓN. JUEVES 2 DE AGOSTO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Nadie objetará la creencia de que el terrorismo es impropio de un país civilizado. Pero pocos aceptarán que donde se muestra la falta de civilización no es tanto en la barbarie del pequeño grupo que produce terror, como en la incultura que lo identifica con el sitio donde tuvo lugar el embarazo terrorista, o con la índole sanguinaria de los partos que genera. O sea, la incultura que aquí explica el terrorismo por su origen vasquista o por su sadismo congénito. Una incultura española que pretende anular la causa del terror combatiendo sus efectos. No otro fin persigue, ni otro sentido tiene, la acción policial.

Recorta las cabezas de la hidra y deja intacta la fuerza ideal que las regenera. El despiste es de tal envergadura, y su lógica tan errática, que se necesitaría un ensayo sistemático para explicitar el entuerto y reorientar la acción disolvente del terror hacia la causa que lo engendra. Se puede ver el disparate en su analogía con un ejemplo sacado de la antropología.

Durante millones de años, antes de que se descubriera el origen biológico de la paternidad, todos los pueblos se dieron explicaciones mágicas de la maternidad, que eran culturalmente tan válidas para ellos como para nosotros las científicas. La mujer era fecundada por la piedra donde estaba sentada, el árbol que la sombreaba, el río donde se lavaba, el viento que le daba de frente, la lluvia que la mojaba o el fuego donde se calentaba, cuando sintió el primer hálito de vida en su vientre. Los síntomas del embarazo delataban, por la cercanía del ENTORNO fecundador, al progenitor material de la nueva vida. La mitología reprodujo esas legendarias creencias populares. La ninfa Io, recostada en una roca, es poseída por una nube. Se entiende que el sentimiento del amor, como de la poesía y la religión, brotara del corazón femenino. Y que la primera reflexión de los hombres versara sobre los elementos naturales de donde procedían orden y vida.

Esta primitiva cultura, fundada en la potente lógica de la maravilla, no debe hacernos sonreír con aires de condescendiente superioridad. Pues no son de mejor calidad intelectual las ideas y los juicios que nos formamos en los asuntos que las ciencias no dominan. El sentido común suele estar basado en la fantasía de explicar los asuntos humanos por sus efectos personales, sin sospechar siquiera que tengan causas sociales.

Parece de sentido común que, si los terroristas actúan como delincuentes, sea la policía la única instancia que pueda neutralizarlos. Pero así se olvida lo ya sabido: que la delincuencia común además de móviles subjetivos susceptibles de represión, tiene causas culturales que requieren instituciones no represivas para eliminarlas. Al PP le han bastado pocos años de Gobierno para descubrir que el delito terrorista, además de móvil personal, no sólo tiene como causa material una entidad llamada entorno, sino que tal causa debe ser reprimida junto con los agentes de la materializan.

El fruto terrorista lo produce la rama más sombría del árbol divino de Guernica. Nacionalismo y terrorismo se hermanan en su paternidad arbórea. Se alimentaron de su vieja savia a la orilla de la ermita. Y crecieron como ramas divergentes que equilibran el soberanismo vertical del tronco.

En la del PNV germina el polen de la autodeterminación como derecho natural. En la de Eta, el de la autodeterminación como hecho de armas. Se necesitan en lo común, se repelen en lo específico. Pero éste no es el hallazgo donde aparece la analogía con la lógica de la maternidad en las creencias primitivas.

Lo que embaraza de terrorismo a la sociedad vasca es el ENTORNO físico donde se concibe, genera y reproduce la pollada etarra. Para el PP, Eta no tiene entorno social porque ella es el entorno de sí misma. Autogeneración mágica. Solución: encarcelar al entorno.

NACIONALISMO ESPAÑOL

LA RAZÓN. LUNES 6 DE AGOSTO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Pese a su atractivo popular y a sus intensos goces del poder estatal, los sentimientos nacionalistas permanecen en estado de insatisfacción constante o de honda frustración nacional. Ejemplo del primero, el nacionalismo catalán. Del segundo, el vasco. De la insatisfacción nace el hábito de reivindicar incesantemente. De la frustración, el de vindicar con mente violenta. Existe divergencia emotiva entre los partidos enamorados de una vieja nacionalidad mediterránea y los apasionados por una nueva nación cantábrica. Los nacionalismos atlánticos de Galicia y Canarias traducen sentimientos de injusticia creados por el retraso en el desarrollo de regiones mal comunicadas con centros irradiantes de progreso económico y técnico. ¿A qué tipo de sentimiento obedece y cómo se expresa el nacionalismo español?

Las ideologías que tuvieron el poder estatal y lo perdieron al cambiar el Régimen, manifiestan su malestar por todas partes sin estar en ninguna, al modo de sentimientos heridos y voladas de profeso renegado. Así resiente el nacionalismo español. Nadie lo confiesa. Nadie lo profesa. Nadie lo defiende. Y, sin embargo, todo lo anega de resentimientos reaccionarios o de reflejos antifranquistas. La Transición consagró la paradoja de exaltar los nacionalismos periféricos, como progresistas, y condenar el español, como reaccionario. De tal paradoja vino el demagógico Estado de Autonomías y el caos actual frente al derecho de Autodeterminación. Los partidos españoles no lo niegan, para no parecer franquistas. Pero tampoco lo afirman, para no parecer franquistas. Pero tampoco lo afirman, para no parecer abandonistas. Sin embargo, se achaca al sentimiento españolista, camuflado con vergüenza en el PP, su rechazo provisional.

Uno de los mejores analistas de este tema, J. A. Sentís, nos sugiere en LA RAZÓN (26-7-01) que no es el nacionalismo español lo que impide la autodeterminación, sino la lógica de la lealtad imparcial al todo, frente a la parcialidad siempre implicada en lealtad a la parte. Pese a la elegancia geométrica de esta sugerencia, el separatismo vasco denunciará en ella el círculo vicioso donde se mueve el nacionalismo español, no queriendo reconocerse como tal cuando niega la condición de todo a la nación vasca, que es la petición de principio.

Para evitar alegaciones de mala fe intelectual o réplicas sin fundamento (al supuesto signo nacionalista-español de toda negación del derecho de autodeterminación), hay que coger el toro separatista por los cuernos, para que la democracia lo desmoche de pitones fascistas (concepto subjetivo de nación como proyecto y sueños imperiales como ambición), poniendo en el lado derecho de su testuz el concepto objetivo de nación y en el izquierdo la libertad política. Así no podrá inherir en una cuestión que no es de orden moral o voluntario (pertenencia a la nación española y sobre la que la libertad colectiva carece de toda competencia).

Esta operación democrática contra el derecho de Secesión no tiene retranca nacionalista ni cinturón jacobino. Aunque habría que completarla, para no eludir su concomitancia sentimental, con la distinción que nadie osa hacer entre dos sentimientos que la Transición hizo sinónimos, cuando en rigor histórico y nocional son casi antónimos: patriotismo y nacionalismo. Un patriota leal no puede ser nacionalista. Pues no considera legítimo que la idea de patria sea abusada como bandera de partido o de facción. Lo más engañoso del nacionalismo es su falso patriotismo. Mussolini, Hitler y Franco son arquetipos de esta fraudulenta política. El patriotismo, sentimiento natural de la especie, pide respeto y piedad por todo lo que la necesidad humana ha hecho común. El nacionalismo, sentimiento cultural de la ambición de poder, pide desprecio e impiedad por todo lo que la libertad o la naturaleza hacen distinto.

OTEGUI Y DELITO DE OPINIÓN

LA RAZÓN. JUEVES 9 DE AGOSTO DE 2001

ANTONIO GRACÍA TREVIJANO

Creer que las opiniones, por erráticas que sean, pueden ser constitutivas de delito, supone un grave atentado a la libertad de expresión. Esta libertad no debe tener más límites que los impuestos por el respeto a los portadores del derecho fundamental a la dignidad personal. Y hay que separar la opinión de todo lo que el vulgo confunde con ella. Informar sobre hechos probados no es opinar. Predecir los efectos de las leyes físicas o las políticas, antes de que ocurran, no es opinar. Decir, por caso, que donde no hay separación de poderes habrá corrupción, no es opinar. Las descripciones científicas de cosas materiales o de fenómenos sociales no son opiniones. Afirmar que en España no hay separación de poderes estatales no es una opinión. Y tampoco lo es decir lo contrario. Pues una mentira descarada, sobre lo que todos pueden constatar con tan sólo mirar, no es una opinión. Donde no hay conjetura no puede haber opinión. Sólo se opina cuando se afirma o niega algo que, no siendo evidenciable, no puede ser probado.

Una sociedad que tipifica el delito de opinión en sus leyes penales es una sociedad primitiva y bárbara. Es primitiva porque sigue creyendo en el poder mágico de la palabra para contagiar a la comunidad de los valores que expresa, con independencia de la autoridad social del locutor. Y es bárbara porque reprime el mundo de las intenciones para proteger el mundo de los «ídola» de la tribu, entendidos en el sentido institucional que les dio Bacon. El delito de opinión perdura en las sociedades modernas como una reliquia inconsciente del fetichismo de la palabra, como un conjuro de la ceremonia represiva contra el espíritu maligno del verbo. Una brujería vudú. Una hechicería estatal.

Una sociedad que pide a sus partidos, a su iglesia, a sus medios de comunicación y a sus intelectuales que condenen de modo expreso el asesinato terrorista, como prueba de que no comparten este modo de acción política, es una sociedad degenerada por un Estado criminal que nos trata a todos como potenciales asesinos y terroristas y que, sin embargo, se fía de las meras palabras. Hasta tal punto se aferra a ellas que esa misma sociedad las considera delictivas si enaltecen a terroristas.

Está tan poco segura de sus propios valores, tan asustada del atractivo mental del terrorismo en una comunidad que sufre la falta de respeto a la vida, tan convencida de que elogiar a los aterradores diluye el juicio moral de los aterrados, que no es capaz de permanecer impávida ante las voces que los exaltan y decide, como remedio mágico, poner entre hierros la vibración del aire que propagan. Para que no se oiga la voz de Batasuna, bachillerando de héroe al cadáver de una joven etarra, el Fiscal General solemniza la ceremonia fúnebre colocando en la frente de Otegui la corona del martirio. Su insensatez supera al delito, legalizado, de criminalizar las opiniones.

Si el sr. Otegui merece ser encarcelado por haber llamado soldado de la autodeterminación a una presunta terrorista, en su homenaje funerario, ¿qué castigo merecerían recibir las voces públicas que siguen llamando héroes a consumados criminales para que sean indultados? Al fin y al cabo, la opinión de Otegui sobre la heroicidad de Olaia Castresana no pasa de ser conjetura subjetiva. Pero llamar héroe al general Galindo, cuando el TS acaba de agravar su justa condena por su condición de autoridad asesina, eso ya no es una opinión, sino una mentira objetiva que ofende a la Justicia que lo juzgó y a la conciencia moral de toda noción de orden público. Y, sin embargo, ni Otegui, laureando la memoria de una presunta etarra ni, por tantas otras razones, mi admirado periódico –el más libre de todos–, alabando al convicto Galindo, cometen delito alguno. Diga lo que diga el art. 578 del Código Penal, ningún juez que además de independiente sea jurista podría aplicarlo.

DIÁLOGO GUBERNAMENTAL CON ETA

LA RAZÓN. LUNES 13 DE AGOSTO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

En el origen de la Transición está la causa de los asuntos que gravan el presente y oscurecen el provenir. Desde la falta de moralidad en la clase dirigente, y la degradación cultural de la sociedad, hasta la disolución del sentimiento de España. Sin saber cómo y por qué se hizo inicua la Transición, no se puede entender el Estado de Partidos, las Autonomías, la ausencia de libertad política en la Constitución oligárquica ni el diálogo actual de cospicuos gubernamentales con Eta.

No me obsesiona el terrorismo ni lo considero el problema capital. Pero después de callar durante un cuarto de siglo, sabiendo que mi opinión no sería publicada, la situación me permite hablar. Pues la duración de Eta se debe al notable fracaso de la reacción antiterrorista y al triunfo, en el espíritu público, de los fines políticos del terror.

El fracaso no necesita ser demostrado. Eta aparece con tanta eficacia operativa como a la muerte de Franco. Es inútil que la propaganda trate de disimularlo. Pero el triunfo político de Eta está de tal modo enmascarado, con las hipocresías y falacias del discurso público, que debe ser evidenciado ante la opinión.

Esto me impulsa a demostrar, con análisis que considero irrefutables, la triste tesis de que la finalidad original de Eta ha sido asumida, como supuesto de hecho, por los partidos del Estado y los periódicos más importantes. Lo inimaginable al comienzo de las libertades, el derecho de autodeterminación en una parte del territorio, ya circula como valor político de curso corriente.

No digo con esto que tales partidos y empresas estén a favor de la Independencia del País Vasco. Afirmo que, al sostener la existencia del derecho a la autodeterminación como expresión de la libertad en la democracia (lo que es un disparate mayúsculo), están defendiendo el derecho a la Independencia de la Comunidad autónoma que decida usarlo.

Esas fuerzas políticas y culturales, gracias a la insistencia de Eta y confiadas en que el derecho a la secesión no equivale a secesión, ya reconocen el derecho de las regiones de España a separarse de España. Así como el derecho al divorcio no es lo mismo que la separación de hecho, el derecho de autodeterminación no es igual que autodeterminación. Y en este matiz de perogrullo se diferencian de Eta. Matiz que fundamenta el diálogo público actual.

GUBERNAMENTALES: «Nunca obtendréis la Independencia por las armas, dejadlas y, en un nuevo escenario de paz, reformaremos la Constitución a fin de reconocer la Independencia de Euskadi, si sale victoriosa de un Referéndum de autodeterminación».

Eta: «no os pedimos que concedáis a Euskadi el derecho a separarse de España, ese derecho lo tenemos y lo ejercitamos con las armas; admitid la separación de hecho y retirad de nuestra patria las instituciones españolas; apreciamos que, tras negarla secularmente, hayáis legitimado por fin la Autodeterminación con la que os guerreamos; sin lucha armada jamás habríais dado ese paso decisivo; así nos habéis confirmado en nuestra creencia de que, si acentuamos las acciones bélicas, avanzaréis más en ese esperanzador camino, hasta llegar al armisticio donde negociemos el traspaso de poderes a un Gobierno Provisional, representativo de las fuerzas políticas y militares de Euskadi».

Ni la policía, ni los jueces, ni las treguas, ni la política carcelaria, ni la concesión de más competencias autonómicas, ni las movilizaciones de la sociedad civil, ni la colaboración con Francia, ni la coordinación de esas siete providencias, acabarán con Eta, si además no se cierran con siete cerrojos democráticos las puertas abiertas a la modificación territorial del Estado, al federalismo y al derecho de autodeterminación. Ilusiones que animan la causa del terror que pretender suprimir.

BALADRONADAS Y NECEDADES

LA RAZÓN. JUEVES 16 DE AGOSTO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Tanto Aznar como Zapatero propagan los mismos razonamientos en defensa de la unidad de España. Sus argumentos no sólo son inadecuados y carentes de todo poder de convicción, sino que ponen en riesgo y debilitan la propia unidad nacional que creen estar asegurando o fortaleciendo.

La unidad de España no está ni puede estar en los votos del PP y PSOE o en la vigencia de la Constitución, por la simple y definitiva razón de que esa unidad es un hecho anterior, distinto e independiente de la voluntad de los partidos y de las legislaciones.

Es la unidad de España la que sostiene, precisamente, la posibilidad de que existan unos partidos españoles y una Constitución española. Salvo el fabuloso barón de Münchhausen que salió de un foso tirando hacia arriba de sus cabellos, lo sostenido no puede sostener a su sostén.

Esa es la baladronada de Zapatero, tan apreciada en los medios de comunicación, cuando dice que «siempre defenderá la unidad de España haciendo valer sus votos en el Parlamento junto a los del PP». Esa es la bravuconería de Aznar cuando reta al lendakari Ibarreche a que plantee la Independencia del País Vasco en el Parlamento español. El Estado de Partidos endiosa a los jefes de partido hasta hacerles creer el prodigio de que ellos son los autores de la nación y de su unidad o, al menos, su providencia. La Transición ha hecho de España la contingencia que esos seres necesarios mantienen.

Y si descienden del olimpo de sus divinas voluntades para darnos razones de mortales, sus pobres argumentos contra el derecho de secesión incurren en las tres necedades que, desde Locke, se llaman argumentación «ad hominem», «ad ignorantiam» y «ad verecundiam».

Estos tres modos torpes de pensar no prueban nada sobre el derecho de secesión, salvo que no se tiene o no se conoce argumento válido contra él. Son típicos de los alegatos en defensa de malas causas forenses o con malos defensores. Los jueces están habituados a detectarlos y destruirlos.

En el PP y PSOE, la arbitrariedad de la sentencia se suma a la necesidad del juicio. La arbitrariedad consiste en DENEGAR el derecho de secesión del País Vasco, como si se tratara de una concesión administrativa que esté dentro de sus competencias o facultades, en lugar de NEGARLO por su propia naturaleza interna, que lo hace: imposible de prosperar sin guerra civil; inexistente en la libertad colectiva de la democracia política; y afrentoso al sentimiento general de la patria; que sería lo juicioso.

La necesidad consiste en denegar el derecho de secesión atendiendo a las circunstancias externas y coyunturales de que lo defiende el adversario terrorista (argumento «ad hominem»), lo desconocen todas las Constituciones del mundo (argumento «ad ignorantiam») y lo desaprueba el criterio de autoridad en la Unión Europea (argumento «ad verecundiam»). Tres argumentos basados en la vergüenza de coincidir con la razón del enemigo, de no seguir la razón corriente y de contrariar la razón de autoridad.

No me molestaría en denunciar estas graves torpezas de la inteligencia en los partidos gubernamentales, si no alentaran la voluntad secesionista de Eta y de las ramas separatistas que dan carácter antiespañol al nacionalismo vasco, y si los medios de comunicación las advirtieran.

Fraga y Otegui, aunque barran para sí en la interpretación sesgada de lo que andan diciendo los dirigentes del Gobierno y de la oposición, parecen ser los únicos en darse cuenta de que miles de muertos y lucha armada son los compañeros inseparables del derecho a la Independencia.

Porque no se trata de un derecho natural ni político, sino de un buen banderín de enganche que sólo la victoria separatista transforma en derecho.

CONSULTA AL PUEBLO VASCO

LA RAZÓN. LUNES 20 DE AGOSTO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Hay personas que se erigen en líderes de opinión no porque tengan el hábito de pensar mejor que de ordinario, ni porque mediten lo que van a decir antes de que las palabras lleguen a su boca, sino por la potencia del altavoz que usan para acallar voces más razonables. A diferencia de EE.UU., donde la calidad de las opiniones suele ir a la par de la influencia cultural del medio que las publica, los diarios triunfantes en los países que las dictaduras mutilaron de cabezas erguidas, toman como modelo de sabiduría su propio criterio de arrastracueros. Cuanto más a ras de tierra, cuanto más rastreras sean las opiniones mayor será su eco en una sociedad y unos círculos de poder anclados en el oportunismo diario. Lo pone de relieve su modo medroso de tratar el referendun de autodeterminación sugerido por el lendakari.

En general, los medios informativos son contrarios a esta consulta, pero tienen miedo de parecer antidemócratas o, lo que es peor, españolistas si se oponen frontalmente a ella. Y al criticarla en aspectos coyunturales (no es el momento, hay que definir el censo, no es constitucional, Eta continúa matando, debe extenderse al pueblo español), la están aprobando como tema pendiente. Sea por complejo de culpabilidad franquista, interés empresarial, miedo a la amenaza terrorista o ignorancia de lo que es libertad y democracia, los diarios más vendidos no se atreven a contrariar de frente a los partidos nacionalistas diciendo NO, para siempre, a la celebración de esa consulta antidemocrática.

Tal referendun no podrá hacerse ahora ni nunca. Y no por temor a que la respuesta pueda ser contraria a la unidad de España, cuestión de puro cálculo en una relación entre factores variables en el tiempo (lo que obligaría a repetir la consulta hasta que la ganara el separatismo), pero sí porque la pregunta, por cuestión de principio, supone una afrenta al ámbito de acción de la democracia y al sentimiento histórico de lo español. Pues la ignorancia y el disparate están, precisamente, en el hecho de preguntar lo que, a todas las luces de la libertad política, es impreguntable, porque es indecible.

No sería serio que se sometiera al pueblo la decisión sobre la existencia o la inexistencia de Dios. No parecería sensato que decidiera, para España, ser península occidental de Europa o cabo finisterre de Asia. Como en el mito de Perceval, las historias de España, Francia, Inglaterra y Portugal han sido respuestas a preguntas que nadie formuló antes de contestadas. No quiero decir que la historia de España sea su referendun, ni que la existencia nacional sea un plebiscito diario –eso fueron memeces de Renan, Ortega y Primo de Rivera derivadas de sus ideas nacionalistas de nación, como proyecto subjetivo y sugestivo de vida en común–, pero sí afirmo categóricamente que la libertad nada tiene que ver con los hechos de existencia no dependientes de la voluntad.

La libertad y la democracia no pueden resolver lo absurdo. Y tan absurdo sería preguntar a los vascos si quieren ser o dejar de ser españoles, como a castellanos o andaluces. Lo que tiene sentido en una persona singular, deja de tenerlo en los pueblos determinados por la historia antes de que la libertad tuviera un rol que jugar en la formación de las naciones. Lo que ha sido unido por la fuerza de los hechos, solo el hecho de la fuerza lo puede desunir. Y para separar al País Vasco del resto de España hace falta más fuerza de la que puede desplegar el terrorismo. De las urnas no puede salir jamás la Independencia de Euskadi, pues en ellas no entrará la cuestión sin victoria del separatismo en una previa confrontación inconcebible. El lendakari olvida que, salvo en las revoluciones de la libertad, un referendun no se convoca para resolver conflictos de poder, sino para legalizar lo ya resuelto por vías de fuerza o compromiso entre poderes.

SUÁREZ, CULPABLE

LA RAZÓN. JUEVES 23 DE AGOSTO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

El fundador de LA RAZÓN cree que la culpa de Suárez, «in eligendo», no viene del café para todos, sino de la carencia de sentido de Estado del primer Lendakari, en contraste con el del primer Honorable, como si fuera modélica la Autonomía catalana. Sin desconocer la importancia del elemento subjetivo, la práctica y la teoría institucional demuestran que el fracaso personal está motivado por reglas de juego que permiten actuar sin control. Lo contrario sí puede suceder. El talento de Estado de Bismark y De Gaulle era muy superior al de las instituciones que encarnaron. Mientras las presidieron no se hicieron patentes sus defectos. Pero lo normal es que los malos políticos sean seleccionados, elegidos y confirmados por malas reglas constitucionales. El error de Suárez no florece sólo en el País Vasco, ni Eta ha sido una respuesta a la Constitución.

La idea de conceder Autonomías generales, en lugar de Estatutos particulares, está fundada en el sentimiento franquista de la igualdad territorial, contra la expresión política de sus diferencias, y en una tesis filosófica sobre la invertebración de España, que pone su causa en el particularismo general de los españoles, y no en la particularidad especial de Cataluña y País Vasco. Las Autonomías han sido producto exclusivo de la demagogia igualitaria, que la ignorancia tomó por democracia, y del frívolo análisis de Ortega, que la ausencia de debate aún hace pasar por serio y riguroso. El talento político exigía restaurar, con la primera libertad, los dos Estatutos que fueron de derogados por las armas. Dejando la cuestión gallega y las insularidades para el momento de la libertad constituyente. Suárez, buscó el aplauso de los que confundían democracia y unidad de España con la igualdad política territorial. Ignoró por incultura dos cosas elementales: Cataluña y País Vasco pugnarían por diferenciarse del resto fuera cual fuera el nivel de sus competencias autonómicas; y el rechazo de la diferencia se haría tan grotesco con las Autonomías, que se llegaría a preferir un Estado federal, o la Independencia de lo diferente, antes que romper el principio de igualdad territorial.

Estos últimos son los actuales «liberalísimos», que lo mismo se disponen a otorgar el derecho de federarse a lo que no está previamente separado, sin importarles el anacoluto político que esta barbaridad representa, como el derecho de Independencia a lo que sólo puede ser, en la mejor de las hipótesis, una mayoría coyuntural de separatistas. Una mayoría que nunca representa la totalidad de la población, ni conoce el sentir de las futuras generaciones, ni está invadida por un Estado extranjero, ni tiene un nivel económico o cultural superior al resto de España, ni goza de un régimen de poder menos oligárquico que los demás, ni cuenta con un proyecto de Estado independiente con democracia en la forma de gobierno, ni profesa una religión diferente, ni está reprimida su lengua autóctona, ni es un territorio colonial, ni tiene frontera con un Estado externo que desee su independencia. Y sobre todo, se trata de pueblos que la historia determinó en la unidad nacional de España antes de que la humanidad creara el derecho a la libre determinación de los pueblos.

Suárez es culpable de que haya nacido y crecido esta opinión «liberalísima». El terrorismo no habría generado la creencia en derechos de autodeterminación, si las Autonomías no mostraran lo fácil que es, y la oportunidad de negocios y empleo estatal que brinda, diezmar el Estado de Partidos por consenso de oligarcas. La Independencia aparece así como una expectativa de negocio con fanfarria para el sentimiento nacionalista. Nadie civilizado debe oponerse a cosa tan santa como el derecho a crear plataformas de poder, honores y dinero. ¿Sobre todo si es defensor de las clases dominadas!

INDEPENDENCIA DE MARBELLA

LA RAZÓN. LUNES 27 DE AGOSTO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Mucha gente se pregunta hoy cómo ha sido posible que a la dictadura del miedo haya podido sucederle –con las libertades– la corrupción, el crimen de Estado y la extensión del terrorismo. No entiende por qué la Transición, conducida por sujetos tal vez inteligentes aunque su obra lo desmienta, ha consistido en pasar, desde la exageración represiva de que hizo gala el nacionalismo central, a la exageración permisiva de derechos de soberanía en los nacionalismos periféricos.

Así como el chiste encuentra su gracia en lo grotesco de la lógica insospechada de lo real, la petición de Independencia para Marbella resulta cómica no por ser más extravagante, inverosímil o infundada que la de Cataluña o Galicia, sino por responder con fidelidad a la absurda idea dominante de nación y a la realidad de la dinámica nacionalista. Si el partido andaluz defiende la autodeterminación de Andalucía con el mismo derecho democrático que los partidos nacionalistas de Cataluña, País Vasco y Galicia, ¿por qué negar ese derecho a los ciudadanos de Marbella? Si la Secesión es, como dicen los liberalísimos, un derecho natural de todos los pueblos, ¿acaso no tiene Marbella más fisionomía de pueblo que Andalucía o Cataluña?; ¿se puede dudar de que ha hecho más patria que nadie por metro cuadrado?; ¿no es la idea marbellí un proyecto sugestivo de vida en común y de unidad de destino en lo universal de veraneo?

Cuando Napoleón raptó y fusiló al duque de Enghien en 1804 cundió por Europa la frase acuñada por el Consejero de Estado La Meurthe y difundida por Talleyrand: «es peor que un crimen, es un error». Pocas veces una frase brillante responde, como ésta, a una idea certera. Las consecuencias políticas de los errores de principio son aún más criminales que el mismo crimen que los comete. El crimen pasa, el error permanece. Hasta que lo elimina el error opuesto, reproductor de condiciones propicias al crimen contrario. En los cambios de Régimen, la impunidad de las culpas personales se paga con represalias de los sentimiento colectivos sobre sus propias emociones justificantes de anteriores crímenes. Y no hay modalidad de represalia, aún en la forma aparentemente civilizada de Instituciones opuestas a las represivas, que no lleve, en su seno permisivo, salvoconductos de impunidad a nuevos crímenes. El derecho de autodeterminación, el mayor error que quepa imaginar respecto a España, conduce llanamente al crimen.

En virtud de la ciega ley sentimental del péndulo, el error básico de la Transición cuajó como reacción mecánica al error sustantivo del Régimen anterior. Un historiador de renombre como Toynbee hizo de la acción-reacción, del estímulo-respuesta, el motor dinámico de la historia cíclica de las civilizaciones. De este modo torpe, el error reclama al error contrario. Y al error sucede el error. La justicia y la libertad son sacrificadas a la necesidad emotiva, propia del infantilismo, de corregir un error mediante el error opuesto. A la exageración de un defecto no la compensa el equilibrio de la ecuanimidad, sino el contrapeso de la exageración del defecto contrario.

Lo que puede ser explicable en la reacciones espontáneas de las masas, deja de serlo en las acciones de la clase dirigente. Sin pura ambición de poder no se explica el desvarío nacionalista ni la vergüenza de ser español, que dieron oportunidad histórica a la arribada de élites tan mediocres como perversas. Los errores de la dictadura, siendo de bulto, no requerían incurrir en otros, tanto o más grandes, para poder subsanarlos. Franco hirió de suma gravedad al sentimiento de patria y nación española. La Monarquía de este funesto Estado de Partidos, en lugar de sanarlo, lo deja morir para que oligarcas nacionalistas secesionen los miembros vivos de un cuerpo inerte.

GLOBALIZACIÓN Y NACIONALISMO

LA RAZÓN. JUEVES 30 DE AGOSTO DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Dos fenómenos radicalmente distintos, el separatismo y la globalización, producen víctimas mortales que hieren nuestro sentimiento ciudadano. Trataré de la globalización (hecho menos original de lo que piensa el ideólogo comunista Toni Negri, en su obra «Empire», ensalzada en el New York Times), cuando la protesta se manifieste en España. Hoy relaciono globalización y nacionalismo, para salir al paso de los errores que comienzan a caminar por los estrechos senderos intelectuales del nacionalismo periférico. Pues la visión nacionalista del amorfo fenómeno de la globalización y de la protesta internacionalista contra el desequilibrio entre continentes explotadores y explotados, es muy superficial y contradictoria.

Por un lado, los intelectuales del nacionalismo gobernante interpretan la globalización política como síntoma de caducidad del Estado-nación y de la necesidad de federaciones estatales para dirigir el mercado universal. Idea que sirve a la derecha nacionalista para pedir su integración directa en el Imperio con el Estado-región. Pujol lidera esta visión. Por otro lado, en los nacionalismos de oposición se cree que la globalización económica ratifica la tendencia al imperialismo del capital internacional, y que las transnacionales dirigen los Estados del mundo, incluso el de EE.UU, contra las necesidades urgentes de la humanidad. Idea que justifica la unión de Independencia y Revolución, mediante terrorismo económico contra las empresas imperantes y terrorismo político contra los Estados-satélites del Imperio empresarial.

Entendida como política internacional de las potencias en materia comercial y medioambiental, la globalización contradice la tendencia del separatismo a multiplicar los centros nacionales de decisión. El Estado-nación no decae por el hecho de que los grandes coordinen sus políticas económicas, a fin de imponer a los pequeños su concepción del comercio mundial y de las fianzas públicas, a través de los organismos internacionales que los dominan. Todavía no se ha producido un hecho político que altere la concepción clásica del derecho internacional, donde los únicos sujetos son los Estados-naciones. La visión de Pujol no refleja la realidad del porvenir en la Unión Europea.

Entendida como protesta internacional de sectores marginados de la definición de los objetivos mundiales en las relaciones comerciales y en los modos no contaminantes de producir servicios o mercancías, la globalización reformista tiene el mismo carácter que la estabilizadora impulsada por los gobiernos. Ni antiestatal ni antiglobalizadora. Se trata de un movimiento indefinido de la oposición civil a la política concreta del G-8 y los organismos mundiales de comercio y circulación monetaria, por medio de manifestaciones espectaculares de la conciencia internacional, medioambiental y humanitaria de la juventud, para reorientar la acción de esos organismos hacia las prioridades vitales de toda la humanidad.

Pero en esa protesta internacional, distinta en este aspecto de las rebeliones juveniles del 68 aunque similar en la ausencia de ambiciones y estrategias de poder, que determinó su fracaso, se han incrustado movimientos de violencia que buscan un nuevo sentido anarquista en la globalidad sin Estado y la potencia que les falta en sus organizaciones nacionales o sectoriales. Y, como en el 68, la espiral que crea la acción pacífica de grandes masas civiles, al ser perturbada por la violencia destructiva de grupos radicales, la provocación de infiltrados y la represión brutal de la policía, produce inseguridad en los medios gubernamentales y simpatía por la protesta pacífica en las masas gobernadas.

LA PRENSA ANTE EL TERROR

LA RAZÓN. LUNES 3 DE SEPTIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Los medios de comunicación son factores esenciales en la creación del terrorismo, en tanto que fenómeno de miedo en la psicología de las masas. Sin la ayuda de ellos, habría crímenes personales y daños materiales, pero no terrorismo. A Eta sólo le incumbe el cumplimiento de uno de los tres requisitos que exige el crimen continuado para llegar a ser terrorista. Los otros dos son tareas de los medios. Los gobiernos son culpables de no abortar las operaciones de los agentes del terror, de las que sacan provecho político. Pero, aparte de su discurso, parejo al de los medios, no son parte integrante del terrorismo. Eta ha cumplido medianamente el requisito delictivo que le corresponde. En cambio, los medios informativos han realizado excelentemente sus dos cometidos –el difusor y el aterrador–, para que la serie de hechos criminales se convierta en ordenada implantación del terrorismo.

La difusión nacional de la noticia sobre el atentado local y el miedo vecindario es consecuencia inevitable de la libertad de información. Eta se sirve de esta libertad para que el pánico de unos pocos contagie de miedo a muchos. Como esta libertad es un bien muy superior al que resultaría de silenciar el mal, la noticiabilidad de los atentados no es cuestionable, aunque sea propaganda gratuita que se pone al servicio del terror criminal para convertirlo en terrorismo civil. El notición del crimen es una condición necesaria, pero no suficiente, para la implantación social del terrorismo. Hace falta, además, el elemento aterrador. Y esa función la cumplen los directores de los grandes medios. No a través de opiniones editoriales o de tipografía llamativa, sino por la forma gramatical de redactar con mente aterradoras los titulares de primera página.

Sucede que entre el terror noticiable y la noticia publicada se encuentra la actitud aterradoras de los directores de prensa. Los grandes titulares de portada no son solamente informativos o enunciativos de hechos. Casi siempre expresan lo que, en lógica de la lengua, se llama «actitud proposicional», discurso oblicuo o indirecto. Son oraciones que, bajo la apariencia declarativa de hechos, contienen cláusulas subordinadas de sentido aterrador. Afirman algo que implica la necesidad de no creerlo. Constituyen la «paradoja de Moore». Lo ilustraré con los titulares de prensa del último atentado de Eta en Barajas. Que no es un caso aislado, sino el modo constante de proponer el entendimiento terrorífico de las operaciones de Eta, bajo un lema que parece informativo.

Todos los periódicos nacionales, con la única excepción de LA RAZÓN, titularon sus ediciones del 28-8-01 con ese atentado, afirmando que era la RESPUESTA de Eta a la detención de dos de sus comandos. Esta información es inverosímil y contiene varias afirmaciones indirectas de naturaleza aterradoras. La preparación de un atentado con coche-bomba requiere más tiempo del existente entre la detención de los comandos y la explosión. Y de ser eso posible, sería imposible que todos los diarios supieran que era una RESPUESTA y no una iniciativa fiel a la propia causa de Eta.

Esos titulares aterran a los lectores con esta información oblicua: a) Eta tiene capacidad para responder al instante a toda provocación del Gobierno; b) Eta no tolerará que se detengan a sus comandos sin responder con nuevos atentados; c) si la policía no los hubiera detenido, Eta no habría cometido el de Barajas; d) la iniciativa del terror no la tiene Eta, sino la policía; e) Eta carece de causa propia. Los titulares de prensa convierten un sabotaje sin víctimas, contra un aparcamiento, en terrorismo civil y político. La ironía desprendida de tantísima idiotéz perversa es que Eta dejaría de responder, contra la integridad de cosas y personas, si no fuera provocada por el Gobierno.

MAGNIFICENCIA DEL TERROR

LA RAZÓN. JUEVES 6 DE SEPTIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Las operaciones de ETA son condenables con independencia de su finalidad. Asunto distinto, al que procuro dar satisfacción, es tratar de explicarlas por sus motivaciones, y comprenderlas por su fin último. La distorsión de unas y de otro no la producen los actos de ETA, dirigidos a doblegar con el terror las resistencias a la independencia de Euskadi, sino la terrorífica torpeza de esa loca fantasía de la prensa que le atribuye motivos y finalidades inverosímiles, gratuitos en su crueldad y horribles en altruismo ideológico. Los medios informativos han creado una imagen de ETA que movería más a irrisión que a espanto, si no mediara la índole mortífera de los hechos que impresionan los sentidos.

Por si acaso no bastaran los motivos verdaderos de ETA para comprender sus acciones sangrientas, por si no fuera suficiente la única idea política que pretende realizar con sus agencias de terror, los medios de comunicación la presentan como una banda de asesinos y criminales comunes que se propone conseguir, sin embargo, cosas tan desinteresadas, en una nación que no considera suya, como la destrucción del Estado de Derecho, la libertad de expresión, el capitalismo o el símbolo ideológico con el que se identifica la persona o cosa agredida en cada atentado. Si, por caso, asesina al contable de un periódico, está atentando contra la libertad de expresión. Si pone un artefacto explosivo en una sucursal de banco, atenta contra el sistema bancario. Si mata a un vigilante jurado, ataca simbólicamente la seguridad nacional. Si resulta afectada, por accidente, gente anónima, es un atentado simbólico a la pomposa convivencia y no a la prosaica vivencia.

El fin singular que persigue ETA está simbolizado en todos y cada uno de sus atentados. La sustitución de la Independencia de los vascos por otras ideologías vigentes en los españoles, o la adición de otros designios de sentido universal al signo común de los atentados, no sólo violan el primer canon del simbolismo, que reclamaría un sólo símbolo independentista para todos los crímenes, sino que obligan a sustituir las banderas de señales, que ofrecen información y dirección de sentido único en todos los atentados, por banderas universales y abstractas, en momentos de gran tensión emotiva. Esta transgresión simbólica de lo que es ETA requiere magnificar y pluralizar la idea orientadora de sus crímenes, idealizando a éstos.

Ya que ETA no comete magnicidios, desde el de Carrero, la prensa se encarga de magnificar todos sus atentados. Tres razones concurren en los directores de los medios para explicar que casi todos ellos den rienda suelta a su impune mentalidad aterradora, magnificando los hechos y las intenciones reales de ETA. Estas tres motivaciones, y no la dimensión real de los actos de terror, han elevado el terrorismo a primera causa de preocupación de los ciudadanos. La magnificencia del terror, y en eso consiste el terrorismo, proviene de tres pulsiones de los directores de los medios: ganar audiencia; presumir de conocer, inventándose las causas alambicadas del terror; y darse la ocasión de parecer firmes ante peligros inexistentes, sin ser valientes frente al único riesgo que en realidad les amenaza.

Los dos primeros deseos están a la vista. Sólo el tercero, por estar oculto, requiere demostración. Es fácil decir «no nos moverán, no nos callarán, no cederemos», frente al imposible chantaje al Estado de Derecho, a la libertad de expresión, a la convivencia o al capitalismo. Pero sólo el miedo puede dar razón de que esas sentencias no se pronuncien ante el peligro real que supone el reconocimiento del derecho de autodeterminación o de secesión para el País Vasco. Derecho que ya han admitido los dos magníficos del periodismo español.

IMPOTENCIA Y TERRORISMO

LA RAZÓN. LUNES 10 DE SEPTIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Se cree que en el terrorismo está el último recurso de la impotencia de la idea nacionalista. Tal creencia no tiene mucho fundamento. En bastantes casos (Irlanda, Israel, Argelia) no ha sido el último, sino el primer recurso de la idea de liberación contra la potencia ocupante. Y en otros (Palestina, Balcanes) no ha sido signo de impotencia política, sino militar. Algo cierto se barrunta, sin embargo, al relacionar terrorismo e impotencia del nacionalismo. El error surge de la generalización. Pues hay distintas clases de impotencia de las ideas, según su grado de potencial. La que sostiene al terrorismo no puede asimilarse, por ejemplo, a la que sustenta al partido comunista. Aquella es una idea-fuerza y ésta una idea-número. La evolución del comunismo, desde idea-fuerza a idea-número, lo ha llevado a su impotencia parlamentaria.

Las grandes ideologías, al ser asumidas por los partidos de masas, padecieron un cambio similar. Esta transformación no ha sido estudiada por la ciencia política. Y es una de las causas de la ignorancia intelectual de la idea-fuerza que constituye el nacionalismo terrorista, a diferencia de la idea-número en que se ha convertido el nacionalismo parlamentario, después de la derrota militar de la idea-fuerza encarnada en el nacionalismo fascista. Esta ignorancia explica el error de Arzallus cuando dice que el PNV persigue los mismos fines políticos que Eta, pero por distintos medios. Los fines de una idea-fuerza jamás pueden coincidir con los de una idea-número, porque la moral de fines de aquella es incompatible con la de ésta.

Corresponde a Alfred Fouillée el mérito de la elaboración filosófica del «Evolucionismo de las ideas-fuerzas» (1890) y de «La moral de las ideas-fuerzas» (1908). Todas las ideas tienen energía, pero sólo algunas son, ellas mismas, una fuerza. Los estados de conciencia pueden llegar a ser factores reales de la acción, si la intensidad de la idea, la idealidad, se une a la revelación interior de una energía, de un potencia, de un puro apetito de hacer. En estos casos excepcionales, la moral de la idea-fuerza se vincula a la conciencia emocional de potencia y resistencia. Y lo asombroso en esta confusión de conciencia y energía, presente en las formas extremas de egoísmo criminal, es que sea capaz de crear y jerarquizar valores objetivos opuestos a los de la moral de idea-número.

Eta no es una idea sin moral, sino una idea-fuerza que hace de la conciencia nacional la única fuente de moralidad, al modo como el ejército lo hace en la guerra. Y no tanto porque su ideal nacionalista sea más fuerte que el del PNV, pero sí porque lo actualiza con el activismo de su potente conciencia sentimental de la nación vasca, destructora de resistencias. Mientras dure su creencia (alimentada por la catastrófica política de gobiernos y medios) de que está destruyendo resistencias, Eta no accederá a la conciencia de que es impotente para ganar la Independencia perseguida con la idea-número del nacionalismo parlamentario.

Las ideas-número (distintas de las ideas aritméticas de número) carecen de energía emocional para la acción y procuran su fuerza, fuera de ellas, en la adición de voluntades homogéneas que las porten o soporten. De este modo transforman su cualidad idealista, inoperante, en cantidad democrática operativa. La izquierda nacionalista, sin complejos fascistas, participa de la idea-fuerza de nación como voluntad nacional actuante a través del activismo de su militancia. No tiene sensación de impotencia. La derecha nacionalista emergente del antifranquismo se debate en la potencia impotente de la idea-número de nación, para llegar al derecho de secesión por mayoría electoral. La idea-fuerza de Eta tiene más consistencia ideológica que la idea-número del PNV.

TERROR Y TERRORISMO

LA RAZÓN. JUEVES 13 DE SEPTIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Son cosas distintas, aunque relacionadas. El terror es un sentimiento de miedo espantoso a un peligro real que concierna a un específico grupo social vecino al móvil que crea el riesgo. El Terror del Régimen jacobino no era terrorista. Pues no afectó a toda la sociedad francesa, ni pretendió obtener concesiones de sus adversarios. Consistió en un mero expediente ideológico para liquidarlos y en un sistema de dominación. En el mundo político, la palabra terror designa el tipo de miedo que sufren los que, por ser o creerse objetivos personales de una causa ideológica de persecución, están aterrados o pertérritos ante el Régimen de poder. Puede haber, por eso, Estado de Terror, pero no terrorismo de Estado.

El terrorismo, que no es sentimiento subjetivo sino social, constituye un fenómeno moderno de la psicología de masas. La voz terrorista se incorporó a nuestra lengua en 1884 («terror», en 1440), para nombrar a los autores de atentados magnicidas o fabriles, sin otro móvil que la represalia contra símbolos del Estado clasista y del maquinismo industrial. Los primeros que se valieron del terror como táctica para la conquista del Estado no se llamaron terroristas, sino fascistas.

No es un azar que los nacionalistas de Corradini se aliaran, a principios del XX, con Mussolini y los sindicalistas seguidores de la violencia proletaria, teorizada por Sorel, para cambiarla por la violencia nacionalista. Pero hasta el fin de la segunda guerra mundial se mantuvo unido el terrorismo a los atentados de grupos radicales del anarco-sindicalismo y del patriotismo de la unidad irlandesa. Y estos últimos, acabado el mito revolucionario de la huelga general, han conseguido imponer en el lenguaje actual su paradigma de terrorismo, entendido como guerra psicológica de emancipación estatal o liberación nacional, mediante continuados actos de terror y sabotaje.

No puede haber terrorismo sin actos en serie de terror. Pero es falsa la creencia común de que entre terror y terrorismo hay relación de causa-efecto, principio-consecuencia o antecedente-consecuente.

El terror produce un miedo pánico vecinal que no está presente en el terrorismo. En éste predomina la inquietud política y la indignación social sobre el miedo personal. Esto quiere decir que el terror no contiene ni explica por sí sólo al terrorismo.

Mi aportación intelectual al conocimiento de este fenómeno complejo consiste en considerarlo producto de cuatro causas. Su causa eficiente está en los agentes de terror (Eta). Su causa material, en la continuidad de los atentados. Su causa formal, en la idea aterradora difundida por la prensa. Y su causa final, en el nacionalismo independentista. En estas concausas, la esencial para definir el terrorismo es la formal. Lo cual no significa que el terror sólo sea mera ocasión para que la mente aterradora de los medios informativos desarrolle el terrorismo.

Aunque el terror y los atentados terroríficos no contienen en su naturaleza el elemento aterrador de la prensa ni el ideal nacionalista de la Independencia, y por eso éstos no pueden ser puros efectos de aquéllos, no obstante continúan presentes, de modo continuo, tanto en los titulares de prensa compositores del terrorismo, como en la política independentista del nacionalismo vasco.

Es obvio que sin terror no habría terrorismo. Pero sólo con terror tampoco. Y esto nadie quiere verlo ni, mucho menos, decirlo. La relación entre terror y terrorismo es la que Brentano estableció con la permanencia continua de la causa en el efecto, distinto de ella. Por ser distinto, la prensa, los gobiernos y el PNV no son cómplices del terror.

Por permanecer la causa del terror en ellos, no sólo producen terrorismo al condenar los atentados con mente aterradora, sino que impiden toda posibilidad de auténtica política antiterrorista. Sería un contrasentido del sistema.

HUMAREDA EN MANHATTAN

LA RAZÓN. LUNES 17 DE SEPTIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Un ataque anónimo ha pulverizado Manhattan y enterrado con los muertos el sistema de ideas y creencias que había permitido distinguir hasta ahora entre guerra y paz, o entre terror ocasional y terrorismo continuado. «No ha sido un acto de terror, sino de guerra», dice un atónito Bush. Por sus efectos, desde luego. Pero no hay guerra sin territorio con ejército enemigo al que diezmar. Aunque Estados Unidos responda con actos bélicos punitivos a países protectores o simpatizantes de quienes imaginaron y realizaron por su cuenta y riesgo, el mayor acto de terror que ha deparado la fértil historia de la crueldad, eso no sería la guerra. Aquí, por ejemplo, padecemos un guerra unilateral de Eta, no aceptada como tal por el Estado, que se califica de terrorismo. Pero no hay terrorismo sin una serie de actos de terror reivindicativo. El terror consumado en una sola versión terrorífica no puede ser más que vindicativo.

Si la operación es grandiosa se asimila al magnicidio. Puede desestabilizar momentáneamente el sistema, destruir la confiada seguridad en sí mismo, asustar con la posibilidad de repetición del dolor a la imaginación de la ignorancia, pero carece de la continuidad que, sólo ella, podría amenazarlo. La grandiosidad de lo sucedido lo hacía tan imprevisible antes de suceder como irreplicable una vez acaecido. A un reo no se le puede ejecutar más de una vez. Estados Unidos no ha sido amenazado ni requerido de concesión alguna a la causa árabe, sino el ejemplarmente punido y ejecutado, por designio de Alá, con un castigo capital que, por ser inolvidable, no necesita ser renovado. Los que hablan de guerra mundial, aparte de no saber lo que dicen, aportan el elemento aterrador que el terror necesita para ser terrorismo. A diferencia de Pearl Harbor, el asesinato de Kennedy no se interpretó como un ataque a la libertad ni a la democracia. La demolición de Manhattan ha conmovido los cimientos nacionales de los estadounidenses con mayor intensidad incluso que en aquellos eventos. La humareda de los residuos atosiga la salubridad de las instituciones y niebla la lucidez de las razones. El desconcierto de Bush se manifiesta cuando afirma el imposible de que el ataque horroroso está dirigido contra la libertad política. Estas vanas frases, donde el error se une a la imprudencia, son aquí familiares.

Los directores de un ataque tan inteligente no pueden creer que la libertad, una idea y un hábito, pueda desmoronarse con el dolor, como los soberbios edificios con el impacto físico. Si el señor Bush busca la solidaridad del universo, comete la torpeza de olvidar que la simpatía por una humanidad sangrante, llevada con estrépito, es más universal que la despertada por una libertad despreciada.

Las grandes palabras que acompañan a las grandezas de los pesares no justifica la fantasía de poner en la democracia el objetivo a batir por unos comandos de la muerte. Al integrista islámico nada le importan las libertades occidentales. No lucha contra ellas fuera de su mundo. Sólo se propone desoccidentalizar la civilización musulmana, salvarla del materialista Occidente. No pretende redimir el mundo sino depurar a la nación árabe.

A la justicia represiva del atroz crimen deben concurrir todos los Estados. A la represalia indiscriminada, ninguno. La magnitud del dolor sólo puede ser superada por la magnitud de la sublimación. Estados Unidos encontraría la grandeza mortal de sus fundadores y la de Lincoln junto a la genuina admiración del mundo, incluso del islámico, si en lugar de venganza y prestigio militar no necesitado de ser acreditado, persiguiera la ejemplaridad de su sentido de la justicia universal. La catarsis que produciría en la conciencia del mundo embellecería a todo el universo moral. Los momentos estelares de la humanidad ocurren en la historia cuando la ética de la acción se confunde con la estética de la emoción.

GUERRA AL TERRORISMO

LA RAZÓN. JUEVES 20 DE SEPTIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Según la estimación de Estados Unidos hay organizaciones terroristas en sesenta naciones del mundo. Casi la mitad de los Estados de la ONU. Los más viejos Estados de Europa figuran en esa lista negra junto a naciones sin Estado, como Palestina. La extensión de la moderna versión de acción directa y terrorífica no es fenómeno correlativo al de la expansión de las libertades públicas, tras la caída del telón de acero, como desean creer los nostálgicos del orden a toda costa. La mayoría de los movimientos terroristas nacieron bajo sistemas dictatoriales, y la noción de orden público en las democracias liberales, salvo en el habeas corpus y la proporcionalidad punitiva, que empiezan a tambalearse con los delitos de terror, no difiere del orden público de los Estados militares o de un solo partido.

La declaración de guerra al terrorismo hay que entenderla en este contexto, no como actos bélicos contra las naciones que lo padecen y lo combaten, sino como lucha armada internacional contra las agencias de terror que operan fuera de las fronteras del país de origen, y castigo militar a las regiones donde se albergan. La palabra guerra está usada en sentido metafórico, al modo como se habla de guerra al narcotráfico, para indicar un cambio drástico en determinación y voluntad política de vencer al terror, tanto dentro como fuera de Estados Unidos, aunque sin entrar en el análisis y disolución de las causas que lo convierten en terrorismo. Por eso, el gobierno federal ha distinguido entre su tarea inmediata, la persecución y punición de los responsables del 11 de septiembre allí donde se encuentren, y la empresa de larga duración, el combate contra lo que, sin ese análisis, no pueden ser más que efectos del terrorismo. La manera de tratar la cuestión inmediata puede aligerar o agravar el problema de fondo, disminuir o acentuar las causas políticas y raciales o religiosas del terrorismo internacional.

De momento parece que los Estados Unidos son reacios a actuar militarmente contra Afganistán, sin la cobertura de un frente musulmán antiterrorista que integre a sus aliados tradicionales (Egipto, Arabia Saudí, Emiratos) junto con la aterrada Autoridad Palestina. El problema es doble. Israel no tolera tan hipócrita falsificación de la causa antiterrorista y quedaría al margen de la acción militar. La clase dirigente de esas naciones musulmanas teme la reacción del integrismo latente y la reactivación furiosa del terror dentro de sus fronteras.

Los ejemplos de Pakistán, con masas en la calle contra su gobierno por ser mensajero del ultimátum de Estados Unidos a Afganistán, y de las manifestaciones de júbilo en Palestina por el atentado, se toman como presagio de lo que sucederá en las naciones árabes que se involucren en ataques bélicos a un régimen musulmán. La guerra del Golfo no sirve de precedente porque en ella no estuvo en juego la cuestión religiosa. Incluso en el Estado laico turco, miembro de la OTAN (que no es una nación árabe), la masa abucheó el minuto de silencio por las víctimas que, en Estambul, precedió el partido de fútbol con el Barcelona.

Desde la guerra de Octavio contra Marco Antonio, que decidió el apogeo de Occidente, no se había vuelto a ver en la historia el despliegue militar de un imperio para capturar un solo hombre. Ben Laden sentirá arder en sus entrañas místicas aquel terrible verso del poeta maldito: «Me he armado contra la justicia. He huido. Brujas, miseria, odio, a vosotros he confiado mi tesoro» (Rimbaud). Los que aceptan la justicia de las armas quieren la destrucción de los pueblos. Guerras civiles y fronterizas en la zona caliente no serán justas ni santas. El terrorismo encuentra en la guerra su sentido nacional. Y la intervención militar de los Estados Unidos se la puede servir en bandejas de plomo.

JUSTICIA INFINITA

LA RAZÓN. LUNES 24 DE SEPTIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Expresión patética de una idea tan inconcebible para la inteligencia como pavorosa para la intuición. Ni el ardiente «infinetismo» de Giordano Bruno, con su reforma de los cielos, se atrevió a tal dislate de la imaginación. El horror al infinito se une en este lema militar al espanto universal de una justicia incesante. La divina tuvo un comienzo con el castigo del pecado original y cesará con el juicio final. La de Estados Unidos pretende ser in-finita, sin límites, indefinida, indeterminada, inacabable y universal. La fáustica hecatombe de una justicia infinita hace de la guerra una apolínea diversión. Los «pentagonistas» hallaron por fin la respuesta del terror fundamental al fundamentalismo del terror. Hágase justicia infinita y perezca el mundo, menos el imperio justicialista. La infinitud del dolor propio reclama compensación infinita del dolor ajeno. Nada de guerras, nada de represalias, nada de ojo por ojo, solamente justicia con tal de que sea infinita. Teólogos y juristas no salen de su pasmo. Una idea tan grandiosa había permanecido inédita en la humanidad.

No se trata de la justicia cósmica de los griegos, basada en la restitución del orden quebrantado, mediante la equidad ante lo particular que la generalidad de la ley no contempla. Tampoco se trata de la justicia universal de Leibniz, sostenida en la piedad. La justicia infinita es algo impensable, incognoscible e incomprensible. Colocada ante el horror al infinito y el horror al vacío, la persona se aniquila frente a cualquier infinitud y se afirma como un todo frente a la nada. Por eso, el fundador del personalismo (Renouvier) consideró capital refutar el infinito, donde no existe el concepto de relación, que es consustancial a la idea de Justicia. La justicia infinita no expresa más que un absoluto contrasentido, en sentido lógico y moral.

Lo infinito no se refiere a ningún objeto del pensamiento o la conciencia, sino a la ausencia de las condiciones bajo las que la conciencia o el pensamiento se hacen posibles. Pasar de la justicia finita o relativa a la justicia infinita o absoluta es un salto mental prodigioso que aterriza en la incomprensión. La comprensión de la incomprensión es un lujo que sólo se permiten las ideologías. La hermenéutica puede descifrar el sentido de la orden de justicia infinita a infinitos enemigos de Estados Unidos. Sus amigos incondicionales no tienen necesidad de esa justicia real que define lo justo en función de los intereses materiales que oculta y de la fuerza bruta que racionaliza. La justicia infinita no es distributiva, conmutativa ni legal, porque es aniquiladora de toda relación internacional que no sea de sumisión solidaria. Justicia infinita y orden global son una y la misma cosa. Blair y Aznar parecen los únicos en haberlo comprendido.

La mera represalia por los atentados terroríficos no es una acción justa. La justicia de la compensación de un daño por otro de la misma entidad es una idea propia de poetas, al decir de Platón. Y la que nos propuso como apetencia de cosas gratas por sí mismas y por sus resultados, una quimera propia de filósofos. Entre naciones no hay más justicia que la del sofista Trasímaco: El interés de la más fuerte o poderosa. Justicia infinita es la del orden global de un poder ilimitado. Pero hay ciertas formas de culpabilidad atroz y responsabilidad inconmensurable que no pueden ser ajusticiadas ni con la pena de muerte individual. Son ellas las que piden justicia infinita, o sea, una serie de actos ejemplares de injusticia sistemática que aniquilen los hontanares ideológicos de los enemigos, a la vez que sometan a las naciones a un riguroso principio de justicia global: «Las que pertenezcan a una misma categoría esencial deben ser tratadas del mismo modo». Las fundamentalistas de acción, con fundamentalismo de reacción. Con justicia infinita.

O CON EE UU O CON LOS TERRORISTAS

LA RAZÓN. JUEVES 27 DE SEPTIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

El presidente Bush ha planteado a las naciones del mundo una alternativa irreal. No como dilema lógico, pues no contiene un silogismo «cornutus», donde elijas lo que elijas resultarás empitonado por uno de los dos cuernos. Ni EE UU es alternativa al terrorismo ni el terrorismo una alternativa a EE UU. La frase está compuesta como proposición disyuntiva de índole excluyente: «o con nosotros o con los terroristas». La elección de uno de los términos excluye al otro. Pero no hay libertad de elección entre objetos de presentación emotiva, cuando uno de ellos se afirma como valor absoluto (hermoso, verdadero y bueno) por contraste con el disvalor total que representa el otro (feo, falso y malo). Este maniqueísmo permite al presidente Bush rentabilizar el dolor injusto, identificándolo con EE UU, lo cual es legítimo, a la vez que presentar a su nación, dignificada por el dolor, como lo incondicionado e incondicionable, pues toda razón o interés que la condicionara estaría con el terrorismo, lo cual es lógicamente absurdo, moralmente ilegítimo y políticamente incorrecto.

En el contexto donde Bush plantea esta endiosada disyuntiva, los «países y regiones» del mundo se encuentran en la alternativa siguiente: «o están con (todo lo que haga) EE UU por razón del 11 de septiembre, o están con los terroristas». Digo endiosada porque sólo Dios, como único ser incondicionado, nos impone la disyuntiva de elegir sin condiciones entre el Bien y el Mal, que Él mismo crea para hacer posible y meritoria de premio o castigo la elección. Un juego de Dios con los hombres, pues también les da la conciencia de la imposibilidad de elegir el mal en tanto que mal. Un juego de Bush con las naciones, pues sabe que haga lo que haga por causa del 11 de septiembre, ninguna elegirá el terrorismo como alternativa al Imperio.

Los asesores intelectuales del discurso de Bush ignoran la «filosofía de lo condicionado» del escocés Hamilton, que tanto influyó en la valoración del sentido común en los EE UU, hasta que fue desplazada por el utilitarismo. Lo incondicionado tiene la entidad de lo infinito. La justicia infinita es corolario de lo incondicionado. Y así como Renouvier refutó lo infinito por ser aniquilador de la persona, Hamilton consideró imposible de pensar lo incondicionado porque pensar es esencialmente condicionar. No poner límites o condiciones a la justicia infinita de los EE UU, adherirse a ella con solidaridad política y moral, como han hecho Blair y Aznar, equivale a no pensar. Ni en la cantidad y calidad de las represalias ni en sus consecuencias. España asume de este modo incondicional, y de antemano, responsabilidades de alcance desconocido. En contraste con el palurdo atolondramiento español, la Unión Europea ha condicionado su apoyo moral y logístico a la previa definición y selección de los objetivos militares.

Estados Unidos son hoy una entidad dignitativa, y como tal, digna de compasión solidaria de todo el mundo con su dolor. Como víctima de un complot internacional, le asiste un claro derecho de gentes a capturar, con ayuda de todas las naciones, a los sospechosos con indicios racionales de culpabilidad; y un derecho positivo a entregarlos a la justicia del lugar donde se cometió el horrendo crimen, para que sean juzgados con publicidad, y con las garantías procesales que los terroristas no concedieron a las personas que han ejecutado sin darles la gracia extrema de saber por qué morían. Estamos en «tiempos que ponen a prueba las almas viriles», como el autor de «Sentido común», Thomas Paine, susurró a Washington en la noche de navidad de 1776. Y ahora mismo, ante el holocausto de 11 de septiembre de 2001, sólo se le plantea al mundo una disyuntiva coherente y decorosa: o con la civilización o con la barbarie. El terrorismo es barbarie. La represalia, en lugar de la justicia, también.

LIBERTAD PERDURABLE

LA RAZÓN. LUNES 1 DE OCTUBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

Pasado el primer momento ineludible de estupor y dolor, el caos material de Manhattan, el desorden de las cosas habituales en Nueva York está decreciendo al mismo ritmo que crece el caos mental en los centros políticos y militares de Washington, ante el modo de entender la agresión y de encontrar el camino de una respuesta adecuada. Pasado el segundo momento de indignación y anhelo de venganza inmediata contra los gérmenes del terror de Alá, sentimientos que se expresaron con palabras de guerra, sin enemigo al que atacar militarmente, comenzaron los balbuceos de la reflexión. Se empezó cayendo en el error de que el objetivo del terror no era la venganza, provocativa de reacción injusta, sino la libertad o la democracia en el país que las inventó como forma moderna de gobierno representativo. Se intentó corregir el error acudiendo a la idea certera de justicia, pero dotándola de un atributo que la hacía irreconocible: «justicia infinita». Este absurdo tuvo que ser rápidamente sustituido por otra consigna que parece más saludable, al entrañar necesidad de coherencia con la libertad, pero que en el contexto donde aparece denuncia de modo alarmante con su insania metafísica, un peligro inexistente de involución de las libertades en EE UU: «libertad perdurable».

Este lema no se dirige a los enemigos exteriores. Sólo se quiere hacer duradera la libertad que se tiene y puede perecer. Pero una cosa es la garantía institucional de la libertad futura, que los estadounidenses consiguieron con su maravillosa Constitución, y otra cosa distinta creer la fantasía de que la libertad sea o pueda ser una entidad perdurable. Lo perdurable es un atributo exclusivo de la eternidad. Precisamente aquello que la humanidad no puede procurarse porque, con ella o sin ella, existe desde siempre y para siempre. Es lo sempiterno. Lo perpetuo que perdura desde el hontanar hasta el fin de los tiempos.

Aparte de la creencia religiosa en la inmortalidad del alma, la unión de la eternidad a lo humano se expresó, en la aventura del pensamiento occidental, con dos metafísicas paganas: la del eterno retorno y la del eterno presente. Y sólo en esta última, incorporada al existencialismo dialéctico de Louis Lavelle, la libertad se unió a lo perdurable. «La eternidad no es nada si no es para nosotros un PERPETUO MIENTRAS». Lo cual implica que «debe ser elegida –aceptada o rechazada– mediante un acto libre». La libertad perdurable, concepto distinto de la kantiana «paz perpetua», constituye una perversión ontológica que haría eterno el presente poder de EE UU, sin ser de libre elección universal. La «libertad perdurable», a causa de su in-definición y de su in-determinación, manifiesta de forma insidiosa la misma voluntad de dominio eterno, la misma potencia endiosada de la «justicia in-finita». Y denota más una angustia existencial ante la nada (revelada de repente con el impacto de los aviones, aniquilador de la conciencia americana de poder todopoderoso), que una idea política sobre la necesidad de un «renacimiento moral» del mundo, mediante la reacción ejemplarizante de EE UU.

Se enfatiza la perdurabilidad de la libertad porque se teme, sin causa, que el terror repetible la haga perecer. Pero no hay poder militar o económico capaz de amenazar las tradicionales garantías de la libertad en EE UU. El equilibrio entre seguridad y libertad seguirá siendo estable pese al temor de que se pueda romper, en menoscabo de la libertad, si se olvida la atinada advertencia de Benjamin Franklin: «Los que abandonan una libertad esencial por una seguridad mínima y temporal no merecen ni la libertad ni la seguridad». El riesgo es otro. Lo que está en peligro no es la seguridad vital ni la libertad interior de los Estados Unidos, sino la esperanza de vida digna en la parte insumisa del Islam ante la libertad de acción represora de la única potencia exterior del mundo occidental.

RESPUESTA MILITAR

LA RAZÓN. JUEVES 4 DE OCTUBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

El retraso de EE UU en dar respuesta visible a la agresión sufrida, debería haber asegurado los límites marcados por la naturaleza terrorista del atentado y la necesidad de justicia personalizada en su represión. Si la demora hubiera sido fruto de la prudencia, y no del desconcierto en el modo de combatir a un enemigo invisible, el frente militar no se abriría sin pruebas de complicidad del país represaliado. La inacción derivada de la falta de unidad en los criterios de acción suele presagiar las tempestades de indiscriminación que convocan los terroristas. El día 11 de septiembre provocó a los dioses de la ira para que su desahogo militar creara situaciones propicias a enfrentamientos entre países islámicos, con injerencia de potencias europeas y serio descalabro de la economía mundial.

En nuestro observatorio occidental tememos lo que ignoramos. El mundo islámico sigue siendo, para nosotros, un misterio. Los recelos de las naciones árabes ante la propuesta de alianza, en un frente común contra el fundamentalismo mahometano, revelan que en el oscuro asunto de Ben Laden el aspecto religioso predomina, a pesar de todo, sobre el terrorífico. Hoy no existen condiciones objetivas para la «guerra santa». Pero el martirio del santurrón ocultó en las montañas podría reencarnar el mito del duodécimo Imán, cuya desaparición en el año 873 después de refugiarse en una cueva, inauguró el período de la Ocultación, que anunciaba el apocalipsis con la profecía de su regreso, «El Mahdi» (Mesías), para vaciar de iniquidad el mundo impío y llenarlo, precisamente, de justicia infinita.

Los síntomas desprendidos de las consignas de propaganda denotan el tratamiento del atentado terrorista como un «casus belli». La tendencia a suavizar la palabra pública del poder, herido en su conciencia de impunidad, (guerra total-justicia infinita-libertad perdurable), ha obedecido más bien a dudas de estrategia que de reflexión moral. Los intelectuales de prestigio de la UE, los que no están afectados por el síndrome antiyanqui ni por la fobia al fundamentalismo islámico, deben aportar sus criterios de ética política a esta difícil reflexión. No con los reflejos de la guerra fría, sino con análisis profundos sobre el terrorismo que den autoridad a sus voces, cuando deban elevarlas contra las consecuencias de una respuesta militar injustificada, en adecuación y proporciones, si llega a producirse.

Desde que conocí la historia de Estados Unidos y su inteligente Constitución de la democracia, la admiración intelectual se unió, en mi joven conciencia política, al agradecimiento por haber sido su ejército el factor decisivo en la derrota militar del nazismo. Este doble sentimiento me salvó de caer en el «antiamericanismo» que provoca su miope y a veces criminal política exterior. Una miopía que prolongó, con Eisenhower, la dictadura en España y que al final de ella impidió, con el cinismo de Kissinger, el triunfo de la democracia y de la dignidad en nuestro país.

La frivolidad y el desconocimiento de los asuntos españoles de ese sarcástico y agresivo premio Nobel de la paz, que llegó hasta el extremo de creer en la victoria electoral del PCE si se legalizara, dieron con mi cuerpo en Carabanchel, para enrejar el espíritu democrático de la libertad y dejar el campo libre a la reforma oligárquica de la dictadura. Ni siquiera en esos momentos modifiqué mi actitud simpatizante y admirativa hacia el hermoso ideal que representan la separación de poderes, el periodismo responsable y el valor de la alta cultura en Estados Unidos. Lo cual no menoscaba, sino que agudiza, mi percepción del particularismo antropológico en que incurre su visión egocentrista del mundo, con desprecio nihilista de las culturas extranjeras que no sean bases inmediatas de riqueza material o logística militar.

BERLUSCONI , ¿DE QUÉ PRESUMES?

LA RAZÓN. LUNES 8 DE OCTUBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

La verdad es la verdad, aunque la diga Berlusconi. Los pueblos occidentales se creen moralmente superiores a los de otras procedencias culturales. Esta creencia es inconfesable desde la derrota del racismo nazi. Por eso no habrá un debate ideológico sobre esa cuestión que, erre que erre, pone en duda la idea de una sola humanidad. La esclavitud, la conquista de nuevos mundos, las misiones, la trata de negros, el colonialismo, el imperialismo y la actual globalización, no habrían llegado a ser fenómenos marcantes de épocas históricas, si los factores materiales que los causaron no hubieran estado presididos por la conciencia de superioridad moral en las potencias esclavistas, conquistadoras, misioneras y colonialistas.

La creencia en el valor científico del darwinismo social duró hasta el fin de la última guerra mundial. La descolonización no supuso ni implicó la igualdad moral de las distintas culturas. La trajo consigo la necesidad de las dos potencias vencedoras de liberar los mercados coloniales de materias primas. La invasión cultural se produjo con el cambio del sistema de trueque por el monetario. Bertrand Russell se situó en una comparación adecuada cuando dijo preferir la crueldad de los conquistadores españoles a la de los dioses aztecas. Oriana Fallaci exhibe su ignorancia, situándose al margen de la historia y las ciencias antropológicas, cuando excluye de la cultura musulmana a la filosofía griega, que precisamente transmitió a la cristiana, y compara cosas entre sí incomparables: culturas en lugar de civilizaciones.

Desde el siglo XIX, los términos «cultura» y «civilización», aunque vulgarmente se confundan, designan realidades sociales y valores de distinta naturaleza. Japón, Corea del Sur y Turquía, por ejemplo, tienen hoy el mismo tipo de civilización material que nosotros, el mismo orden de valores económicos, profesionales y tecnológicos, pero sus culturas espirituales, sus modos de vida familiar y social, difieren entre sí y con los occidentales. Por eso, podemos compararnos, y resultar inferiores o superiores, en cantidad y calidad de obra producida o consumida, pero no en los valores espirituales que, pese a estar objetivados en esas obras de civilización, conservan su autonomía local en tanto que fuente social de dichas o desdichas personales. Pensamiento, religión, ética, ocio, amor, comida y estética son asuntos de la cultura. Ciencia, política, educación, economía, técnica y sanidad cuajan el progreso en grados de civilización. El fundamentalismo quiere resolver en favor de la cultura su conflicto con la civilización.

Todas las épocas engendradoras de hechos trascendentes para la idea de humanidad, como la inaugurada por el terror islámico con su maldita agresión a la civilización material de Occidente y a la cultura moral de todo el mundo, incluida la musulmana, pretenden trazar una línea maniquea de separación entre el Bien y el Mal. Lo que se esbozó en la guerra del Golfo ahora se está componiendo con un dibujo en blanco y negro que no permite matizar el claroscuro de luces y sombras puesto por la Naturaleza y la evolución cultural en todos los pueblos. Y antes de iniciar el derribo del fanático régimen afgano, de donde emana al parecer una de las fuentes del terror, se pone en la picota el fundamento natural de la universalidad de los valores morales. Las víctimas del terror no serán más y mejores víctimas que las talibán, por el hecho de que la represalia pretenda basarse nada menos que en el deber de civilizar la cultura teocrática de un país, unido por el islamismo, con la imposición occidental de una pura etnocracia tribal.

Pero si el primer rango en la crueldad de los holocaustos lo sigue ostentando la nación más culta y civilizada de Occidente, ¿de qué superioridad habla Berlusconi? ¿De la moralidad italiana sobre la abisinia?

LA NOVEDAD DE ESTA GUERRA

LA RAZÓN. JUEVES 11 DE OCTUBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Nadie explica el sentido de lo que está sucediendo. La acción militar no parece tener otro móvil que sedar el pánico y calmar la sed de patriotismo en Estados Unidos. Su Presidente dice que la guerra antiterrorista puede durar una década. Guerra contra un enemigo anónimo y disperso por el mundo. La angustia vital se expande si el futuro no puede ser concebido como continuación del presente o triunfo de lo conocido. En las revoluciones, el temor de unos se compensa con la esperanza de otros. El terrorismo de justicia islámica ha levantado una furiosa ola de temor de civilización, sin un remanso de verdadera cultura de justicia civilizada que la domestique. Los que reconocen la novedad de lo que acontece no osan aventurar en qué consiste.

La cultura nació, antes que la civilización, sin proceso de ruptura con la Naturaleza. Los modos de vida se fueron separando de sus matrices naturales a medida que los pueblos avanzaban en el dominio técnico de la energía. La necesidad de nombrar este progreso mediante una nueva palabra se hizo sentir cuando se aceleró con el maquinismo. Ferguson y el marqués de Mirabeau, dos creyentes en el progreso continuo, crearon la voz «civilización». Y Kant no la separó de las raíces culturales que la sostenían. Pensó la civilización como «decoro» externo de la decencia íntima de la cultura.

El proceso de civilizarse, de progresar por medio de ciencia y técnica, dependió del valor preferencial que tenían la libertad o la justicia en cada cultura tradicional. No podía ser homogéneo ni realizarse al mismo compás. Unas naciones se empeñaron en la libre explotación de los recursos naturales, sin miramiento a la justicia natural. Y donde se idealizó (Descartes) la libertad de acción sobre la Naturaleza, sucedió la revolución de la libertad entre los hombres. Desde entonces, la civilización responde a una doble exigencia. Libertad de acción antiecológica e inhumana, en la explotación del planeta. Libertad liberal y democrática en el sistema político. La cultura musulmana, que tenía las mismas raíces grecolatinas que la occidental, no incorporó al islamismo los elementos que, en el cristianismo, hicieron prevalecer, con Renacimiento y Reforma, la libertad de acción sobre el ideal de justicia. Los musulmanes no se han alzado contra sus dirigentes feudales, ni la civilización occidental por la libertad. Pero pueden hacerlo por la justicia entre naciones.

El mensaje de Ben Laden, del que no se desprende que haya sido el responsable, legitima en la justicia el terror del 11 de septiembre. Y acusa a la impiedad del mundo conmovido por este atentado, de que no haya levantado un dedo contra el terror de Estado que asesina niños en Irak o Palestina. Aunque su alegato sea fácil de desmontar con las ideas básicas de la civilización de la libertad, sería imperdonable no prevenir el fatalismo de tragedia griega que los sentimientos de venganza tendrán en masas inmersas en la cultura de la justicia instintiva, latente en las dos religiones del Libro. La elegancia natural de Ben Laden no ha refinado su apego primitivo a la justicia tribal del talión.

La alternativa comunista al capitalismo no era, ni siquiera en teoría, un conflicto de civilizaciones, pero sí una oposición irreconciliable entre libertad y justicia social en un mismo tipo de civilización industrial. Lo que hoy sucede no puede ser inicio de un «choque de civilizaciones», como se empieza a decir sin saber de qué se habla. Frente al occidental no hay ningún otro proceso civilizador. Lo que estaba inédito en la historia de las naciones estatales era el conflicto sangriento de la civilización de la libertad con una cultura de la justicia. Lo desconocido en la política era el terror de Estado, en guerra con el terrorismo civil. Son las dos novedades históricas de esta guerra de golpes innobles, sin batallas leales a su propia causa.

SENTIDO DE ESTA GUERRA

LA RAZÓN. LUNES 15 DE OCTUBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

El atentado contra EE UU me sorprendió cuando llevaba varios meses reflexionando sobre violencia y terror. Pese a la enormidad de lo sucedido, no tuve que cambiar de perspectiva para juzgarlo. Además de vengativo, aquel acto de crueldad gratuita trataba de provocar una respuesta militar de EE UU, contra los países que protegen a los inductores, con la esperanza de crear condiciones propicias a la guerra santa. Pero una vez comenzado este tipo de respuesta, hay que elevar a categoría de conflicto histórico, el iniciado el 11 de septiembre. Aunque fuera posible otra reacción más acorde con la idea universal de justicia, nadie debe olvidar que el degüello de inocentes lo inició el terrorismo islámico.

Ninguna hipótesis se ha propuesto para captar el sentido profundo de lo que está sucediendo. El vacío de pensamiento lo ha ocupado la teoría de Samuel Huntington sobre el «choque de civilizaciones», entre media docena de culturas que impiden ir al mundo hacia la convergencia de todas en la modernidad. He salido al paso de esta falsa opinión porque, en el terreno de las ideas, confunde cultura y civilización y, en el de los hechos, presupone la simpatía fantástica de que junto a la civilización industrial (occidental) existen otros procesos de civilización divergentes. Japón, Turquía, Nueva Zelanda, Corea del Sur, Rusia, Europa del Este, China, Singapur y otros países de costumbres exóticas para nosotros, evidencian la compatibilidad de sus culturas con la civilización occidental. Y de otro lado, la riqueza petrolífera de las naciones de mayoría musulmana no ha impulsado un proceso civilizatorio diferente al occidental. Por eso, y a diferencia de las cruzadas o las guerras de religión, que fueron choques de culturas, la guerra actual encuentra su sentido histórico en el choque frontal de la cultura islámica integrista con la invasora civilización occidental.

Todo lo que sucede, desde las guerras de exterminio a la poesía, es conforme a la Naturaleza. La humanidad ha tratado de elevarse sobre ella. Primero, interpretándola de modo espiritual mediante la cultura. Luego, dominándola de modo material mediante la civilización. A la primera pertenecen los valores y creencias. A la segunda, los precios y las ciencias. La cultura crece en lo natural. La civilización, en lo artificial. La norma de aquella es la justicia. La de ésta, la libertad. Las culturas se separan por su modo de sublimar la vida futura. Las civilizaciones, por su manera de organizar el futuro de la vida. Aquéllas se pueden comparar por el mayor o menor tono espiritual de su credo y de su arte. Las religiones, como las bellezas, no son iguales.

Los tipos de civilización han dependido del modo tecnológico como el hombre ha sabido transformar su entorno natural y social para hacerlo más grato o más útil. El tipo agrícola y artesanal no creó conflictos con las culturas heredadas de la antigüedad clásica. La Reforma y el Racionalismo crearon la base cultural que prestó alas a la riqueza de las naciones que desarrollaron la libertad de mercado, a la vez que la libertad política, cuando se difundió el uso de la energía solar almacenada en la Tierra.

La Contrarreforma y el oro-plata de las colonias retrasaron el inicio y el avance de la civilización industrial en España, México y Suramérica. Tal vez por eso, nuestra cultura católica tiene mejor actitud popular que la protestante ante el mundo cultural musulmán. La Contrarreforma islámica opone el integrista a la corrupción que implica la separación de hecho del poder político y religioso, en países cuyo petróleo ha sido extraído en provecho industrial de otros y de la fortuna de los emires. ¿Qué sentido reaccionario tiene para el islamismo este Savonarola Ben Laden? ¿Chispa de pedernal que prenderá fuegos árabes en la reseca maleza nacionalista?

NOVEDAD DES-ATERRADORA

LA RAZÓN. JUEVES 18 DE OCTUBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

En medio del dolor desesperado que sufren los ciudadanos y entre los negros presagios que se otean en el horizonte político de EE UU, surgió un inesperado rasgo de buena educación. Los medios informativos, al preservar la dignidad del pudor ante la muerte, han roto su demagógica tradición de sensacionalismo, no añadiendo a las imágenes de destrucción física y daños materiales las que causarían daño moral insoportable a familiares y amigos de las víctimas, y rabia irrefrenable en la población. Por vez primera en el tratamiento de las catástrofes sangrientas, no se ofreció en espectáculo público la ristra de cadáveres descuartizados y miembros deshechos, que poco a poco se extraían de la escombrera humeante a que se vieron reducidos soberbios edificios de vida laboriosa, en Nueva York y Washington.

Ningún periodista o intelectual de prestigio ha protestado contra esta sabia medida, alegando la libertad de expresión y el deber de información, como ha osado hacer en este mismo diario un insensato demandante de atterramiento. El deber informativo es inseparable de la dicción de la verdad en el número de muertos y heridos. Pero no crea el derecho ni, en modo alguno, obliga a mostrar las imágenes de cabezas decapitadas, miembros amputados, cuerpos irreconocibles o bolsas de plástico con restos humanos. ¿Acaso no bastaba con imaginarlo para sentir náuseas del horror y sed de justicia inaplazable contra los culpables de semejante atrocidad? ¿Hay que añadir además imágenes que susciten fruición al sadismo o deseos ansiosos de venganza furiosa contra el mundo cultural del fanatismo religioso de donde emanaron, como ángeles exterminadores, los pilotos de Alá?

Los medios informativos se interponen entre los actos de terror y el conocimiento de los mismos por las personas alejadas del epicentro horroroso. Y entre el modo de comunicar la noticia terrorífica y las reacciones sociales que produce, se interponen las diversas actitudes de la gente ante el mal y las causas que lo ocasionan. Estas interferencias de factores sociales ajenos a las fuentes del terror, obligan a separar el acto terrorífico de las relaciones que lo integran, junto a todos esos factores, en el complejo y moderno fenómeno político llamado terrorismo.

En atención a su complejidad, y para comprender mejor la naturaleza del acto de terror vengativo que ha sufrido EE UU, estoy publicando esta serie de análisis sobre la diferencia que separa los actos de guerra y los de terror, el distinto carácter del terror vindicativo y del reivindicativo, el diverso alcance del terror ocasional y del continuado, la consideración del reivindicativo y continuado como uno solo de los cuatro elementos constitutivos del terrorismo, la introducción por la prensa del elemento aterrador y la variedad de reacciones sociales frente al terror en función de las actitudes personales ante el mal. La falta de estudios solventes en materia de violencia, terror y terrorismo, la vulgar confusión entre cultura y civilización y la novedad de lo ocurrido, obligan a la prensa a ser original.

Todo lo nuevo es difícil de entender, de saber y de valorar. Tiene el inconveniente de ser visto y juzgado mediante lo viejo sobrentendido, lo por de contado o consabido, lo consagrado por el valor moral o intelectual de las rutinas. A la novedad de un terror tan brutal como grandioso, los medios de comunicación han respondido con la novedad del humanismo, con la prudente reacción antisensacionalista y antiaterrador de la sobriedad informativa. ¿Qué ejemplo para España! ¿Qué lección para el porvenir de la política humanista contra el terrorismo! ¿Qué clara conciencia de la función aterrador que hasta hoy ha cumplido la prensa! No hacía falta esta prueba para confirmar mi tesis de que el terrorismo integra también factores distintos del terror.

EFFECTOS COLATERALES

LA RAZÓN. LUNES 22 DE OCTUBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

No son colaterales los efectos directos de una bomba. Sea la de un terrorista o la de una acción bélica. Del mismo modo que no disculpamos la muerte de personas que el azar puso al alcance de un atentado terrorista dirigido contra otro objetivo, tampoco deben disculparse las víctimas civiles de una represalia militar. El hecho de que no sean deseables para el que las causa no quiere decir que sean productos mortíferos del azar o del error. Los «efectos colaterales» están contemplados, previstos, calculados, asumidos y queridos, en tanto que consecuencias inseparables de las perseguidas de modo principal o prioritario. Los efectos no deseados de acciones conscientes y voluntarias son intencionales, aunque no sean intencionados. La tendencia a un resultado, y en eso consiste la intención, no la determina el ánimo de la gente, si no la naturaleza objetiva de la obra ejecutada o de la acción emprendida. Es el tema central de la ética de la responsabilidad y la base jurídica del homicidio por imprudencia.

El conductor que circula por la autopista en la dirección contraria no causa muertes intencionadas, pero sí intencionales. La matanza de niños, mujeres y ancianos no está en la intención subjetiva o propósito de quien decide la represalia militar, pero sí en la intencionalidad objetiva de la cosa empleada o la acción ejecutada. A la preferencia por alcanzar objetivos militares no le repugna la matanza de inocentes ni la destrucción de bienes civiles. Cuando se dice, como justificación moral de los efectos colaterales, que «la guerra es la guerra», se está afirmando que quien desea o defiende la guerra desea y defiende la matanza de inocentes. En este axioma lógico no caben las confusiones morales en que habitualmente se apoyan las falsas buenas conciencias.

Hasta tal punto es decisiva la intencionalidad del acto y la intención del objeto intencional que dos de los más grandes filósofos modernos, Brentano y Husserl, hicieron de esta cuestión el epicentro de sus investigaciones lógicas y psicológicas. No hay efectos colaterales en la intencionalidad de las acciones. Lo que es colateral para los agentes de ellas, lo que no entra en sus «buenas intenciones», cae de lleno en el núcleo intencional de las obras que empedran el camino del infierno. Lo decía Ovidio: Veo lo mejor, pero me inclino a lo peor. Y nada hay peor que ver la inocencia de las víctimas sacrificadas al poder de Alá, o querer que la justicia repare ante la sociedad mundial ese injusto holocausto, y responder a la matanza de inocentes con el sacrificio de más inocentes a otro dios, que no puede ser más que el de la venganza. Hasta el momento, al terrorismo vindicativo del fanatismo islámico se le ha respondido con represalias vindicativas, que sólo pueden satisfacer a la fanática soberbia de poder de la civilización universal herida.

Lo que no había conseguido la razón de la paz mundial entre las naciones, lo que parece no estar al alcance de la aspiración cultural de los pueblos a un más justo orden del mundo, lo está suplantando el efecto colateral del terrorismo islámico: imponer a todo el orbe el orden uniforme de la civilización occidental.

El 11 de septiembre ha operado milagros de contagio cultural que parecían inverosímiles. No hablo de las conversiones a la nueva fe en un sólo dios del mercado, que la necesidad económica de los bloques comunistas había producido, si no del efecto «Ben Laden», que ha reducido a polvo de biblioteca la trágica historia del siglo XX. Por Ben Laden, Rusia y China devienen tributarias del cetro occidental. Alemania y Francia dan despreciativamente la espalda a la UE para hacer carantoñas al chambelán inglés del emperador planetario. Putin hace de Rasputin del nuevo zar. Zemín lo reviste de casacón oriental, con ironía china en la vestidura, para disfrazarlo en la investidura del nuevo mandarínato.

ACTITUDES ANTE EL TERROR

LA RAZÓN. JUEVES 25 DE OCTUBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

La actual unanimidad contra el terrorismo inesperado pasará. La diversidad de actitudes ante el terror habitual permanecerá. Todos los terrorismos son iguales en inhumanidad. Eso no impide que difieran por sus motivos, fines y métodos. Y que la acción antiterrorista sea ineficaz si no aplica a cada tipo un trato acorde a su naturaleza. El terror vindicativo sufrido por Estados Unidos no es asimilable al reivindicativo que padece España de modo continuado. El primero sacude la conciencia universal, salvo la del radicalismo palestino y el fundamentalismo islámico. El segundo reproduce la diversidad de las actitudes morales ante el mal. Actitudes distintas que continúan latentes bajo la aparente unidad en la actual condena del terrorismo.

Los sondeos de opinión no informan sobre ellas porque las preguntas confunden terror y terrorismo, siendo así que aquel estado psicológico sólo es uno de los cuatro elementos de este fenómeno sociológico. Además, en las respuestas está implícito el factor demagógico, que iguala el pesar ciudadano frente a toda clase de víctimas, y el miedo a confesar actitudes diferentes a la de rechazo sin matices del terrorismo. Es inverosímil que la actitud pueda ser la misma ante un asesinato selectivo o una masacre indiscriminada, o que nadie muestre hoy simpatías hacia el terror del irredentismo nacionalista.

Aquí hablo del caso español para establecer una tipología de las actitudes psicológicas ante el terror, sin confundirlas con las reacciones sociales al terrorismo político. Excluyo las producidas en los atentados del llamado terrorismo económico. Estos delitos de daños materiales producen solidaridades de clase que impiden incluirlas en las actitudes generales.

1. Actitud «algofilia». La satisfacción o complacencia ante los actos terroríficos de Eta no es un sentimiento exclusivo de sus partidarios, ni de los independentistas radicales. También la experimentan los que encuentran en actos terribles y sonados la excitación de alegrones en sus vidas monótonas, aburridas y frustradas. La espectacularidad del terror, como la del horror, atrae simpatías, disfrazadas de curiosidad, que justifican el concurso del elemento aterrador en medios informativos que, en otros temas, no son sensacionalistas.

2. Actitud «algofobia». El temor obsesivo al dolor por un asesinato tampoco es exclusivo de la familia amenazada por Eta. Lo sufren también los que sienten horror del terror sangriento, sin estar concernidos. Lo morboso no está en el temor en sí, sino en la extensión de la imaginación del crimen a todos los aspectos de la vida. El horror y la abominación crean actitudes que ahogan incluso los sentimientos de odio y los deseos de venganza. En la desesperación encuentran su lenitivo.

3. Actitud resignada o indiferente. La falta de reacción proviene de la conciencia intelectual de la impotencia política de los gobiernos (resignación), de la neutralidad moral ante los males no dependientes de la propia voluntad (estoicismo) y de la egoísta ignorancia de lo desagradable (indiferencia).

4. Actitud vindicativa y represiva. Se huye de las causas del terror para desahogar la frustración con venganzas estériles sobre los efectos. La acción policial y judicial se implementa con insultos vulgares a los agentes del terror, manifestaciones de protesta presididas por la autoridad protestada, detenciones pasajeras del entorno, represalias penitenciarias. Es la actitud dominante y oficial.

5. Actitud impertérrita y crítica. Deriva del sentido común y del coraje intelectual. Presupone el conocimiento de las causas del terror y del modo político de superarlas. El consenso de la Transición y la consideración del terror como asunto de Estado, excluido de la oposición partidista, han sofocado la expresión social de esta actitud.

TERROR ESPORÁDICO

LA RAZÓN. LUNES 29 DE OCTUBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

La tesis oficial de que todos los terrorismos son iguales es insostenible. No puede ser igual lo que a todas luces produce distintos efectos. El que asesina por chantaje a otros tiene unas limitaciones en su inhumanidad que no conoce quien lo hace movido por la venganza. Y una cosa es el miedo individual ante amenazas discriminadas dotadas de sentido aunque sea perverso, y otra el terror pánico a males imprevisibles o incontrolables. Las tres muertes por inhalación de esporas de ántrax enviadas por correo, y el contagio de trece personas, están causando una perturbación más extensa y profunda que la ocasionada con las miles de muertes el 11 de septiembre. El terror alcanza su máxima potencia cuando, siendo ocasional, produce los efectos sociales de una epidemia inatajable. Este es el caso del terrorismo esporádico que padece EE UU. Los tipos de terrorismo se distinguían antes por sus causas y sus fines, a partir de ahora habrá que hacerlo también por el grado de crueldad en la honda expansiva de su efecto calamitoso. El pánico enloquece a la humanidad como el miedo atonta a las personas. Y la inhumanidad se manifiesta en escalas negras de pánico, donde cada escalón de horror prepara el descenso a otro más espantoso.

Para distinguir a los distintos tipos de terrorismo se suele usar con preferencia el criterio de la diversidad de su origen o de su propósito. Se habla de terrorismo religioso, anarquista, mafioso, nacionalista, reivindicativo, justiciero, vindicativo, económico. De este modo, las expresiones «terrorismo irlandés, argelino, palestino, curdo o vasco» no quieren significar que esos pueblos sean terroristas, pero califican sin equívocos el tipo de terrorismo que cada uno ha incubado. A todos ellos ha dejado en suaves mantillas el «terrorismo esporádico» del terror islámico. La voz esporádico deriva de espora. Antes que casual, en español se refiere a la «enfermedad que ataca a uno o varios individuos en cualquier tiempo o lugar y que no tiene carácter epidémico o endémico». Me parece, pues, término adecuado para calificar a las variantes del terror causado mediante agentes biológicos, químicos o radioactivos.

Conozco las reticencias contra el empleo de expresiones como «terrorismo vasco» o «terrorismo islámico». Pero la violencia de Eta o la de Al Qaida no deja de ser vasca o islámica por el hecho de que sean el modo de expresión política de una minoría radical del vasquismo o del islamismo. Tal vez sería más apropiado hablar de terror vasquista o islamista. Pero también sería injusto para los vasquistas o los islamistas que no son terroristas. No hay objeciones serias para seguir usando estas expresiones, que en modo alguno pueden ser denigrantes para los pueblos que padecen terrorismo endógeno. Si la grandeza de las religiones se mide por la del terror que les dió origen, hemos de reconocer que Alá es grande. El terror islámico ha superado al de Yahvé. Un dios que tenía la santa costumbre de aterrorizar al pueblo israelita dando a sus enemigos el poder de castigarlo o exterminarlo.

El terror esporádico no es nuevo. Azotó a la humanidad en todas las épocas de su historia. Las reglas griegas de la guerra prohibían envenenar el agua de las ciudades. La peste medieval se usó como amenaza a los enemigos, temerosos de recibir cosas contagiadas o cadáveres. Hasta los piratas respetaban los barcos donde ondeaba la alarmante bandera de la epidemia. Los caramelos envenenados ha sido tema recurrente en la propaganda que precede o acompaña al conflicto bélico. Nada tiene de raro que resurja con leyendas de envenenamiento de los alimentos caídos desde el cielo, como el bíblico maná sobre los desiertos de Afganistán.

La tecnología puesta al servicio del terrorismo esporádico se moderniza al compás de la civilización. Pero el alma primitiva de la cultura que lo legitima permanece invariable.

NO HAY DERECHO DE SECESIÓN

LA RAZÓN. JUEVES 1 DE NOVIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

La reforma pedida por el PNV para dar cobertura legal a un Estatuto soberanista solamente se basa en el sentimiento de una ínfima porción del pueblo español. A menos que las vaciemos de todo sentido inteligible, las voces soberanía y autogobierno, referidas a una parte integrada en un todo político, equivalen a Secesión. Una situación de hecho a la que jamás se puede llegar por la vía del derecho. No por mala voluntad de casi todos frente al sentimiento separatista de unos pocos, pero sí porque este sentimiento no es constitutivo de un derecho natural que los demás deban respetar como si fuera un derecho fundamental de la persona. Lógica y ontológicamente, el derecho de secesión es una contradicción en los términos. Donde hay secesión no hay derecho. Donde hay derecho no hay secesión.

En las leyes ordinarias prevalece el derecho de todos los ciudadanos contra el de uno solo. En la norma constitucional de la democracia prevalece el derecho personal de uno solo contra el de todos. Y una Constitución que reconociera el derecho a la Secesión, que no es algo individual sino colectivo, no sería Ley incondicionada ni Norma garantista de la libertad constituyente. Pues lo constituido carecería del vínculo sustancial que hace de un todo compuesto una unidad estructurada y funcional, y no una mera unidad aditiva de sumandos. Esto se entenderá mejor con las nociones de todo y parte elaboradas en la filosofía, a las que se debe acudir para continuar la senda abierta en este periódico por el Sr. Sentís. Sabremos así qué clase de absurdo sostiene la creencia en el derecho de Secesión.

Con justa causa o sin ella, con derecho o sin derecho, es indiscutible que España se constituyó en unidad política estatal, reconocida como sujeto en las relaciones internacionales, desde hace más de quinientos años. Excluida de esta reflexión la idea de que pueda fragmentarse en varios Estados por la fuerza de las armas o del terror, que es la tesis irreal, pero lógica, de Eta, se cuestiona si a España la puede dividir un derecho político de separación a favor de pueblos nacionales, sin guerra de secesión, que es la tesis de los dirigentes del PNV.

Cuando deje de ser obsesivo el tema del terrorismo islámico, continuaré mis análisis sobre la voluntad colectiva y la libertad política, respecto al vínculo sustancial que une de la misma manera a todos los pueblos de España, para demostrar que la Secesión como derecho es más irreal y absurda que la Independencia con sangre buscada por Eta.

Para andar por estos terrenos hay que caminar por el oscuro sendero que conduce al supuesto derecho de Secesión, iluminándolo con luces de la razón y fuegos del corazón diferentes de los que alumbran el derecho a la Independencia.

Pues son cosas y caminos contrapuestos que casi todo el mundo confunde. El derecho de Secesión es previo y distinto al derecho de Independencia. Éste pertenece a un todo que pretende liberarse de la dominación ajena y forzada. Aquél, a la parte que pretende liberarse de una unión propia y forzosa al todo. La parte que quiere separarse ha de conseguir previamente, mediante el reconocimiento de las demás partes, la condición holística de un todo nacional y reclamar el derecho a separarse de lo dado por la historia como un todo existencial.

Dicho reconocimiento será imposible mientras el todo –incluida la parte secesionista– no tome conocimiento social y conciencia moral de que ya no es, materialmente, el todo formal que sigue siendo. El derecho formal a la secesión no podría nacer más que del hecho material de la secesión. Y, pese al noluntarismo de la Transición, España traduce todavía un todo material que es.

LO QUE SIMBOLIZA BEN LADEN

LA RAZÓN. LUNES 5 DE NOVIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Salvo en Turquía, el mundo musulmán no tiene una filosofía política independiente de la teología. El Corán es una conciencia y una bandera. Esto hace muy difícil la comprensión del sentido de los acontecimientos en esos países. Los entendemos equivocada o confusamente a causa de hábitos mentales que ellos no tienen. Para acercarnos a su propia visión, tendríamos que situarnos en la perspectiva de los súbditos del viejo Estado Vaticano, cuando el Papa, además de representar a Dios y vicariar a Cristo, era el soberano político. Una situación que duró hasta que el tratado de Letrán lo restringió a la Ciudad del Vaticano en 1929. Aquel estado teocrático y papal era lo más parecido en Occidente a la teoría y la práctica del califato o del imanato. Las actuales monarquías y emiratos árabes concebidos como reinos soberanos, suponen una degeneración de la soberanía, exclusiva de Alá.

A finales del siglo XVIII, el filósofo Mohamed Ibn Abd al Wahhàb actualizó la doctrina clásica de Ibn Taimiyya, sobre la negación de la obligatoriedad del califato y la suficiencia del respeto a la ley islámica (shari'a), para legitimar la soberanía de la Casa de Saud. El oportunismo teológico de esta teoría hizo del «wahhàbismo» el dogma oficial en Arabia Saudí y el pretexto de que se valieron sus príncipes para acatar el orden colonial.

La oposición a la corrupción del Islam colonizado comenzó con Afghani y el gran mufti de Egipto, Mohamed Abdu. Estos dos admiradores de Lutero propusieron la reforma de la «shari'a» en una línea modernista, que culminaría Rashid Rida en el primer tercio del siglo XX. La nueva idea de la soberanía popular se enmarcó, con arreglo a preceptos de la jurisprudencia casuística, en el ámbito del consejo eclesiástico o la consulta («shura»). Ha supuesto una catástrofe cultural que estos reformistas no se basaran en la concepción averroísta del «propósito» de la ley («maqásid al-shari'a») para asimilarla a la idea protestante del derecho natural y hacer realidad la «doble verdad» de la razón y la fe.

Resulta irónico que el cordobés Averroés influyera tanto en el Renacimiento italiano y casi nada en el reformismo moderno de la ley islámica.

El fracaso de las corrientes modernistas en la regeneración del dogma y del consenso musulmán dejó el campo libre, como única vía de salvación, a la emulación popular («salafiyya») de Mahoma cuando voló desde la Meca a Medina («hijra») para alejarse de la sociedad corrupta. La teoría salafita considera que, fuera de la «hijra», la sociedad está corrompida y sumisa ante la impiedad de sus gobernantes occidentalizados. El remedio lo pone en una sublevación popular y militar que asiente el sistema político en la imitación de los paradigmas piadosos de los seguidores del Profeta.

Jomeini fundamentó en la soberanía de Alá el corolario de que la vizrregencia del mundo corresponde a los eclesiásticos, representado por una persona (Irán) o un colegio (Afganistán).

La función del poder político consiste en supervisar y controlar el establecimiento de un orden salafita. Las consecuencias de esta concepción despótica del shiismo están siendo combatidas por la tendencia radical y modernista de Abol Hassa Bani Sadr, basada en la generalización del imanato, o sea, en la extensión a todo individuo de la capacidad de ejercer el juicio y comportarse como un eclesiástico piadoso.

Aquí se reconcilia la doble verdad de Averroés: La letra de la shari'a (dogma) es adecuada por todos a su propósito racional. La verdad percibida por la masa no puede contradecir la deducida por los eclesiásticos. Ben Laden adquiere la dimensión de héroe popular del Islam porque encarna el símbolo de esta síntesis heterodoxa.

LEYENDA DE AFGANISTÁN

LA RAZÓN. JUEVES 8 DE NOVIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

En Afganistán se sitúan las primeras noticias arqueológicas y lingüísticas de las migraciones arias que se establecieron en Irán o que, atravesando Anatolia, poblaron el Cáucaso y Europa. Como todos los pueblos situados en istmos geográficos de tráfico histórico entre poblaciones invasoras o civilizaciones potentes, los afganos no pudieron nacionalizar sus organizaciones tribales y fueron pasto de las invasiones migratorias procedentes del Este y de las ambiciones imperialistas de civilizaciones del Oeste que se asomaron o traspasaron al Indus. Sin contar las grandes mareas transeúntes, a los siglos de dominación persa (Irán), siguieron los tres de helenización macedónica-seleúcida (Siria), los tres de romanización bizantina, los de musulmanización del califato árabe y los de otomanización del sultanato turco. Y oportunamente se fraguó la leyenda colonialista (anglo-rusa) de que las tribus afganas eran invencibles. Leyenda que demuestra su contradictoria falacia al connotarse con la derrotista costumbre de pasarse, los señores de la guerra, al bando vencedor.

Aunque no estoy familiarizado con la historia moderna del pueblo afgano, me basta conocer la de su arte estatuario clásico para saber que su visión del mundo, su idea de la vida colectiva no es conquistar territorios o guerrear con vecinos, sino quedar en su tierra natal, sobrevivir a todas las catástrofes culturales a que le destina su situación geográfica. La mera existencia del Afganistán actual no se justificaría sin reconocer en sus pobres habitantes un don espiritual, como el de los suizos, que pocos pueblos pequeños han demostrado tener. No precisamente la virtud de adaptarse al modo de vida de las culturas extranjeras que los dominaron, ni tampoco la de permanecer numantínicamente encerrados en sus virginales creencias, pero sí la capacidad de fundir, en una síntesis cultural propia, los elementos contrarios de las civilizaciones limítrofes que se enfrentan en su suelo.

Sin la oposición germano-latina, Suiza no tendría sentido. Desde el Gran Alejandro a Stalin, Afganistán ha sido el pasillo de Occidente al continente asiático y al Golfo Pérsico, y lugar de encuentro frontal con Oriente. Ruta de la seda o de petróleo caspio; feudalizada o soviética; budista o islámica; wahhabista o salafita; la sociedad afgana no podrá sobrevivir sin integrar elementos apolíneos universales en su fundamentalismo ético, al modo como realizó la maravillosa síntesis greco-hindú, a fines de la dinastía del macedonio Seleucos, con la primera iconografía de Buda, esculpida en los valles de Kabul con cara y rizos de Apolo. Una imagen en piedras blancas o pizarras que revolucionó, con su sereno misterio, el grosero barroquismo policromado de la escultura mitológica india, y que luego inspiró la aristocrática elegancia de los dorados bronce tailandeses del siglo XV.

El régimen talibán ha dado el paso atrás que toda síntesis cultural sincera necesita para saltar hacia el progreso material que sólo la libertad procura. El paso fundamentalista de Lutero y Calvino, la vuelta a la letra del Libro Sagrado, como antídoto a la corrupción de los dogmas romanos, habría sido retrógrado y puritano si no lo hubiera acompañado el salto espiritual a la libertad individual de lectura e interpretación. De esta libertad personal nació la democracia en la gerencia de las comunidades protestantes que emigraron a Nueva Inglaterra. Del mismo modo, el Corán no será guía de vida cotidiana o de salvación personal, como tampoco la Imitación de Mahoma, si los eclesiásticos con poder de gobernar se reservan la exclusiva de interpretarlos. Sin recluirlo en la mística, el orden salafita, como la Imitación de Cristo, deviene reaccionarismo político.

JERUSALÉN Y GUERRA SANTA

LA RAZÓN. LUNES 12 DE NOVIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

El ataque militar antiterrorista de EE UU a Afganistán, con respaldo en una alianza casi mundial, no puede comportar notas de confrontación entre Occidente y Oriente, ni germen religioso de una cruzada cristiana contra el Islam. El mensaje anacrónico de Ben Laden obedece al signo embaucador de toda consigna bélica. Su eco arroba a las masas musulmanas con resonancias de odio muy diversas de las que les empujaron a galopar hacia la Edad Media, al ritmo de consonancias mediterráneas y disonancias monoteístas con al cristiandad.

En un espacio tecnológico, la integración de la Gran Asia (India, China, Japón) en un solo mercado global deja obsoleta la estrategia geopolítica de lo que, desde Alejandro y Pompeyo, se planteó como «la» cuestión Oriental (Asia Menor). Además, ni la guerra santa es una exclusiva mahometana ni todos los conflictos bélicos musulmanes son sagrados. En la guerra al régimen talibán no se está ventilando el porvenir de Asia ni la suerte del Islam. La novedad de la respuesta militar a un acto de terrorismo sin precedentes, junto al interés neocolonial en un oleoducto que lleve el petróleo caspio al Golfo Pérsico a través de Afganistán, no justifican que de un lado se hable de guerra santa y de otro de un choque de civilizaciones, o del «fin de la historia» y el retorno a la geografía, como insinúa, con su habitual talento, Dalmacio Negro. Todavía es pronto para distinguir el sentido de lo que está sucediendo en el mundo a consecuencia del fatídico 11 de septiembre. Pero nada arriesga el pronóstico de que, pese al aumento considerable de la agitación belicista en las masas musulmanas, y haga lo que haga EE UU, no habrá guerra santa. Como tampoco se producirá una ocupación permanente de Afganistán para asegurar el imperio estadounidense sobre el subcontinente índico y los sistemas semif feudales del mundo musulmán.

La visión catastrofista del futuro, el pesimismo social que provocan las novedades desastrosas para la humanidad, no se basa en el conocimiento del presente o pretérito realmente ocurridos, sino en la imaginación del pasado que los vencedores introducen como verdad histórica en la memoria de los pueblos. Muy pocos intelectuales se sustraen al hechizo de la historia contada como cuento. Uno de ellos, acabada la derrota total del nazismo, hizo un precioso balance, para la contabilidad de Occidente, de los dos asuntos históricos que la guerra contra Afganistán ponen hoy de actualidad: la cuestión oriental y la cruzada cristiana.

René Grousset unió esos dos asuntos en una sola causa, que manifestó su potencia virtual pocos años antes de la expansión del Islam. El emperador Heraclio, continuador de la cristiandad constantiniana, ganó la guerra contra el mazdeísmo de los partos (Irán), que se había apoderado de Jerusalén, atacándolo desde el Cáucaso y devolviendo la Cruz al Santo Sepulcro. Ahí se prefiguró el sentido cultural de la Cruzada contra el antihelenismo de la empresa musulmana, continuadora de la mazdeísta, y el significado de la guerra santa del sultanato contra la cristiandad.

Con Israel en Jerusalén, Turquía en la OTAN, un estado persa salafita, una Arabia wahhabista, un Irak arruinado, una Palestina prisionera de su propio terrorismo y un mundo árabe enzarzado en al función política del Islam, no es imaginable una coalición de naciones musulmanas que declare nada menos que una guerra santa a Occidente. Estando Japón y China en la alianza de EE UU, Rusia y la UE, y no siendo ya crucial el pasillo terrestre de Afganistán a la India, se borra por completo no sólo todo tinte de cuestión oriental en esta guerra de represalia antiterrorista, sino el menor atisbo de cruzada cristiana. El oleoducto y la represalia por la «septembrinada» no son ideas de índole antioriental ni cosas del cristianismo.

ARIOS CONTRA ARIOS

LA RAZÓN. JUEVES 15 DE NOVIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Las grandes conmociones populares, como la producida por el atentado semítico del 11 de septiembre contra el esplendor de la más moderna de las civilizaciones arias, despiertan sentimientos atávicos que en épocas tranquilas yacen en estado latente. Uno de ellos es el temor ancestral de los ponentiscos países de la tarde a los levantiscos países de la mañana. Desde Caín a Bush, la barbarie está, nunca mejor dicho que ahora, al este del Edén. Las civilizaciones se han extendido en sentido contrario al de la rotación terrestre. Y corren parejas a la aparente órbita del Sol. En todos los lugares del mundo, la conquista del Oeste ha sido una cosa tentadora y familiar. Y la del Este, una aventura temeraria. Los nombres de Alejandro, Pompeyo, Napoleón y Hitler están históricamente asociados al fracaso de sus empeños bélicos a contrapelo de la luz solar.

Las culturas al oriente y al occidente de un mediodía no las determinan las posiciones geográficas de los pueblos, pero sí la dirección espacial del movimiento migrador que las expande. Pese a ser oriental para los pueblos más allá del Pacífico, la visión americana del mundo es occidental porque su civilización llegó del Atlántico. Todos los indo-europeos son occidentales porque sus culturas las comportaron las migraciones arias que, partiendo de Turkestan y Afganistán, colonizaron toda la tierra situada entre el Indus y el Atlántico, al norte de los semitas y camitas del este y oeste del Nilo.

La represalia de EE UU a su cuna indoeuropea, por seguir ésta respetando en Ben Laden la hospitalidad y generosidad que dieron personalidad civilizadora a la sociedad aria, comete la impiedad de un parricidio biológico y cultural. En un tiempo no demasiado lejano, el patrimonio genético de los americanos fue afgano. Las tres funciones de las sociedades occidentales (la religiosa, la guerrera y la económica), son herencia indoeuropea. Cuyos dioses crearon el olimpo de las mitologías griega, romana y escandinava. Y uno de ellos, Arya-man, refleja en sus atributos la escala de valores y los rasgos sociales de la sociedad aria. Cuya cohesión y duración asegura con la promoción de la amistad, el matrimonio, la alianza con la familia política, la libertad de circulación por los caminos, la hospitalidad al extranjero que rinde culto a los mismos dioses, los regalos y los intercambios. Es decir, las virtudes que hicieron prosperar las migraciones arias.

El hospedaje heroico ofrecido por los arios talibanes, con riesgo de su poder y de su propia vida, al semita islámico Ben Laden, culpable de causar un mal sin nombre a la familia lejana aria, está ensalzado en el poema védico a la bienaventuranza de la amistad: «Oh Varuna, un amigo como Aryaman o Mitra, incluso un hermano, un familiar próximo o lejano, sea cual sea el mal que le hayamos causado, oh Varuna, perdónanos». El sustantivo «ari» o el adjetivo «arya» designan al extranjero afín; a los que están ligados por un lazo étnico nacional, más allá del parentesco y la amistad; a los miembros productivos de la sociedad; al señor de la casa que da hospitalidad y ofrece dones, al tercer orden (no sacerdotal y guerrero); al tercer estado; al pueblo llano.

Muchos comentaristas creen que el ataque de EE UU al país de Afganistán, movido por el temor ario al terrorismo islámico, está destinado a fracasar, como el lanzado contra Vietnam por temor al comunismo chino. Pero el trasunto de Afganistán no es análogo al de aquella guerra, ni puede ser reducido a una confrontación del occidente ario con el oriente semítico o a una lucha de los países ricos contra las causas mundiales de la pobreza, como si ésta lo fuera a su vez, del terrorismo internacional. La voz del Secretario de la ONU ha sonado más hueca que nunca. El terrorismo deriva de la ambición de poder y no de la pobreza.

DE NUEVO EL MITO DE OCCIDENTE

LA RAZÓN. LUNES 19 DE NOVIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Entre los mitos fundadores de pueblos, culturas y civilizaciones ninguno ha sido tan perseverante y fecundo como el mito de Occidente. El tiempo no le hace mella. Cuando perdió la vigencia mitológica, que le permitió sostener a las civilizaciones solares, se transformó en ideología de poder universal. Helenismo, romanización, cristiandad, colonización, capitalismo, y ahora globalización, no han sido tan sólo empresas occidentales, sino la expresión ideal de la razón civilizadora frente al mundo de la barbarie cultural. El mito de Occidente ha creado todas las ideologías racionales de la dominación mundial. La aspiración de Dante se está realizando. Occidente es ya todo el territorio de un planeta solar orillado a poniente del firmamento.

Toda guerra tiene necesidad de ser legitimada con ideas y sentimientos de carácter universal. Sin ser un desalmado, nadie acepta la fuerza bruta ni la agresión gratuita como modo de resolver conflictos internacionales o internos. La guerra goza de mayor aceptación que el terrorismo porque siempre ha encontrado, en sentimientos comprensibles, razones bélicas que el terror nunca tiene a su disposición para justificar el injusto arbitrio de sus atentados. Un acto de terrorismo puede constituir, no obstante, un legítimo «casus belli» si, y sólo si, lo comete, lo promueve o lo ampara un Estado enemigo del que lo sufre. Sin este requisito, la represalia militar antiterrorista contra un país extranjero, con la inevitable secuela de la mortandad de inocentes, nunca podrá ser una guerra justa, aunque la enormidad del agravio la haga parecer lógica.

Para lograr que la guerra contra Afganistán parezca legítima a todo el mundo, para convencer antes de vencer, Estados Unidos ha tenido que llevar a cabo dos empresas propagandísticas de carácter instintivo y de gran envergadura moral: hacer sentir a todos los Estados, como si fuera propia, la humillación imperial del 11 de septiembre; y universalizar el temor al peligro terrorista. Estas dos metas eran inaccesibles a la inteligencia racional del acontecimiento y al sentido común de la respuesta. Pero muy fáciles de alcanzar con la movilización mundial de los sentimientos de poder, miedo y seguridad que transmiten los mitos orgánicos. Especialmente el de Occidente.

El gobierno de los Estados Unidos ha exagerado los objetivos del atentado terrorista y los peligros de nuevos actos terroríficos. Y no por imprudencia, temor o idiotez, si no por la necesidad de transformar el viejo mito de Occidente en la nueva fuente ideológica de la globalización. La ideología del poder civilizador de los Estados, es decir, el mito de Occidente, ha declarado la guerra mundial a la bárbara ideología del contrapoder político, es decir, al terrorismo. La represalia militar contra el régimen talibán sólo significa el comienzo de la guerra de los Estados a su único y actual enemigo común. El movimiento antiglobalizador pronto será definido como entorno terrorista. La defensa de Occidente impone a los Estados de la Unión Europea una definición política del terrorismo que escape de la tipicidad del Derecho Penal. Terrorismo será a partir de ahora toda manifestación de contrapoder. La clase política se encargará de ello.

El atentado terrorista del 11 de septiembre alcanzó de lleno a la médula mitológica de Occidente. Todos los países capitalistas se vieron de repente en el punto de mira del terrorismo. Todos los Estados civilizados sintieron estremecerse en sus entrañas de poder el latido de la llamada a la sacrosanta defensa de Occidente. Rusia y Japón, como antes la carolingia Francia y la imperial España, se constituyen en la reserva espiritual de Occidente. En Afganistán tiene lugar una guerra mitológica. La del mito del poder estatal frente al mito del contrapoder político, la del mito del Estado frente al mito del terrorismo. Y como en los mitos, todos aprueban con el sentimiento lo que menos comprenden con la inteligencia.

EL EPIFENÓMENO TERRORISTA

LA RAZÓN. JUEVES 22 DE NOVIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

El gran problema de los países árabes, lo que los distingue de los pueblos que dieron dimensión estatal a su conciencia de identidad política nacional, no está en los valores culturales que los aferran a costumbres diferentes del modo de vida occidental. La diferencia cultural no ha sido por sí sola obstáculo insalvable para que la forma occidental del Estado nacional se adapte a otras concepciones del mundo muy distintas de la cristiana. Turquía lo ha demostrado. Lo que hace de los árabes un caso peculiar en la historia de los pueblos que fraguaron grandes civilizaciones, no es su fidelidad al Islam o a las tradiciones sociales musulmanas, pero sí su incapacidad para liberarse del colonialismo europeo, dotándose de un Estado propio a la medida de toda la gentilicia Nación árabe o, si esta vocación no era realizable sin otro líder profético como Mahoma, sintiendo al menos el hecho nacional al unísono con las aspiraciones a la Independencia de cada Estado territorial.

El nacionalismo islámico ha operado políticamente como el perro del hortelano. Ni se ha transformado en un estado islámico ni ha permitido la consolidación de nacionalismos locales en los países musulmanes. La historia moderna de Turquía, Siria y Egipto está marcada por el conflicto de sus nacionalismos territoriales con el panarabismo sentimental y retórico de los musulmanes en general y de la Casa Saudí en particular. La fundación del Estado de Israel no creó este problema, pero lo agudizó y complicó al dar una bandera de combate al nacionalismo palestino y un estandarte de política internacional al panarabismo. El oportunista Nasser unió el estandarte a la bandera. Y su fracaso hizo retroceder el nacionalismo árabe, con sucesivas derrotas militares y el equívoco neutralismo de Bandung, a la situación de conformismo estatal y agitación fundamentalista que hoy lo definen. El kemalismo turco triunfó en el mismo terreno ideológico donde fracasó el naserismo egipcio. La secularización del Estado parece incompatible con el nacionalismo árabe. Atartuk lo comprendió. La ambición de Naser, más propia de un califa que de un jefe de Estado, no sólo marchó a contrapelo del nacionalismo egipcio y los celos de Arabia Saudí, sino que provocó la reacción fundamentalista donde anidó el primer brote importante de terrorismo islámico.

Las convulsiones políticas en Irán y Afganistán, dos países islámicos pero no árabes, junto al colaboracionismo occidental de Jordania, Túnez y Marruecos, la rendición de Libia, la resignación de Irak, el golpe de Estado contra los resultados electorales de signo integrista en Argelia, el occidentalismo del baasismo sirio, la hibridez de Pakistán, la domesticación de Arafat y el consorcio petrolero de la corrupta Monarquía saudí y los Emiratos, confirman mi tesis de que el terrorismo islámico es un epifenómeno político, sobrepuesto a la impotencia de la Nación árabe para constituirse en Estado islámico, nutrido por la impiedad religiosa de la clase gobernante y sostenido por la hipocresía de las monarquías amigas de Estados Unidos. Que sea un epifenómeno no quiere decir que el terrorismo islámico sea poca cosa, pero sí que se trata de un sobrefenómeno, un fenómeno sobrante en el Islam, carente de sustantividad que se sostenga a sí misma. No tiene luces propias.

La guerra mundial al terrorismo no tiene más valor y otro sentido que el de una metáfora. El valor y sentido que tendría llamar a los bomberos para apagar fuegos fatuos. La fosforescencia del terror no la produce un ejército de terroristas al que se pueda desarmar en combate, sino los cadáveres que se acumulan en la confluencia de las avenidas del fanatismo con las calles de la ambición de poder y las callejuelas de la envidia del Estado. La guerra de Afganistán sólo habrá servido para sustituir un régimen de fanáticos por otro de «entrebandidas», y para demostrar, a los que se instruyen por el acontecimiento, que no era necesaria.

DEJACIÓN ANTE EL HORROR

LA RAZÓN. LUNES 26 DE NOVIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Si es mayúscula y afecta a muchos, la estupidez puede ser un crimen. Me asalta este pensamiento siempre que oigo decir: primero acabemos con Eta, luego hablaremos de autodeterminación. La estupidez consiste en creer que se puede acabar con el efecto (Eta) sin acabar con la causa (autodeterminación) que lo crea y mantiene. Como las ideas no se pueden encarcelar con las personas que las portan, ni se agostan silenciándolas, habrá terrorismo mientras que en la sociedad civil no se abra un debate capaz de anular la idea que lo legitima ante sí mismo, y los partidos del Estado mantengan la criminal esperanza de dar paso, aunque sea teórico, al federalismo o la secesión. Dos fenómenos igualmente necesitados de previo derecho a la autodeterminación.

Dejando de momento la dimensión criminal de la estupidez, debo recordar que en la Transición al Estado de Autonomías no se debatió la idea de autodeterminación. Y los partidos la afirman o la aceptan a regañadientes, como si el derecho de los pueblos a la secesión fuera una evidencia no necesitada de demostración. Salvo en mi «Discurso de la República», nadie se ha molestado en explicar en qué consiste y a qué pueblos se aplica. Y nadie se atreve a negarla hoy como derecho, pese a no estar fundada en la libertad colectiva del pueblo español y carecer, además, de la substancia propia de los derechos políticos.

Es bastante fácil, con libertad de pensamiento y rigor de expresión, destruir las creencias que provienen de raciocinios o datos equivocados. Se puede dialogar con quienes, no siendo nacionalistas, defienden el derecho de autodeterminación como derecho natural o como expresión de la libertad política. No será difícil, si son cultos o inteligentes, sacarlos de su error. Sin embargo, no es posible mantener este diálogo con un nacionalista. La fe que profesan Eta y partidos nacionalistas en SU derecho a la Independencia no ha sido fruto de un razonamiento ni de una pasión de libertad, sino del sentimiento narcisista de amor a la comunidad autóctona y envidia del Estado. Los sentimientos no entienden de razones. Sólo se superan con otros sentimientos.

El objetivo de un debate nacional sobre la autodeterminación no es diluir en razones el sentimiento separatista, sino mostrar la irracionalidad que implica apoyar, por razón de la libertad, las metas del nacionalismo narcisista sin estar embargado por tal sentimiento. Se puede comprender que un vasco nacionalista crea por necesidad sentimental, en el derecho a la Independencia. Pero hay extravío de la razón en los que defienden ese derecho sin ser vascos o si, siéndolos, no están emocionalmente dominados por el ardor del sentimiento nacionalista.

No es concebible que una persona decente llegue a pensar que más vale conceder la Independencia que soportar el terrorismo, a sabiendas de que eso es una injusticia mayor y más sangrienta de la que se desea huir. Si Eta viola los derechos vitales de miles de personas, la Independencia violaría los de millones. Quienes en busca de seguridad o tranquilidad hacen abandono de derechos y libertades, aparte de que no los merecen, no saben que por ese camino encontrarán mayor inseguridad y menor libertad de la que tienen. La lógica de los acontecimientos históricos, que muchas veces hace triunfar la perfidia de la traición, nunca premia la comodidad de la cobardía ni de la pereza de la dejación.

Si Eta, impulsada por un sentimiento nacionalista que la enajena, no tiene derecho a desgarrar las entrañas de la sociedad vasca ante el altar de la Independencia, mucho menos lo tienen aquellos que, por temor personal o por falta de entereza ante el terrorismo, estarían dispuestos a desgarrar la entera sociedad española en aras de una ilusión quimérica. Pues lo que habría sido conquistado por dejación ante el terror, sólo el terrorismo lo podría conservar.

TERRORISMO PERPETUO

LA RAZÓN. JUEVES 29 DE NOVIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Hay muchas personas que se creen realistas porque en sus decisiones nunca se atienen a los principios que deberían regir sus acciones, sino al cálculo de los resultados favorables que esperan de ellas. A este tipo de personas prácticas pertenecen las que consideran disparatado gastar energías y vidas humanas en discutir o negar el derecho a la Independencia del País Vasco, cuando se tiene la certeza de que sus partidarios no alcanzarían la mayoría en un Referéndum.

Si la causa del terrorismo es el derecho de autodeterminación, ¿por qué no reconocerlo si carece de trascendencia práctica y la situación estatal no cambiaría?

Sería inútil contestar a estas personas de cabeza en tierra y pies en el suelo con elevadas teorías basadas en determinación histórica, libertad moral, derechos políticos, ámbito decisonal en la democracia o sentimiento unitario de España.

Todos estos conceptos caen dentro de esos denostado principios abstractos que el pragmático considera especulaciones para intelectuales, y que él ignora por sistema, conforme a su visión realista de los asuntos.

A esta gente hay que hablarle en su propio idioma, para hacerle ver con razones prácticas a dónde conduciría realmente su «teoría». Pues el pragmatismo no deja de ser otra teoría sobre la acción humana.

1. Concedido a los vascos el derecho de someter a las urnas la Independencia, ¿dejaría Eta de aterrorizar para decidir en su favor quién hace el censo y quienes tendrían derecho a votar?

2. En la campaña y la celebración del Referéndum, ¿dejaría Eta de condicionar el voto y su recuento por el miedo, mediante atentados por toda España contra las empresas y los medios de comunicación con influencia en País Vasco?

3. Perdida la votación por la causa separatista, ¿se habría resuelto definitivamente la cuestión vasca?; ¿cambiaría de política el PNV?; ¿se disolvería Eta?

Hasta el más optimista de todos los pragmáticos diría que no. Lo previsible sería lo contrario. Tanto el nacionalismo parlamentario como el terrorista, saldrían del plebiscito convencidos de que por fin la Independencia estaba a la vista, y de que la lograrían con otro próximo Referéndum, si intensificaban sus respectivas acciones, que le habían dado un resultado tan esperanzador en el primero. ¿Cuántos plebiscitos negativos tendría que sufrir Eta para abandonar las armas?

4. En la hipótesis de que algún día triunfara el voto de la Independencia, ¿renunciaría Eta a su poder de coacción sobre el Gobierno de la burguesía y abandonaría su ideal revolucionario para integrarse con ella en la vía parlamentaria? ¿Dejaría Eta de atentar contra los que pedirían otro Referéndum para federar al Estado Vasco con el Español, o para revocar la Independencia? ¿Surgiría como respuesta un terrorismo español? ¿Cómo evitar la guerra civil? ¿Sería neutral el Estado español ante los atentados a empresas españolas? ¿Reconocería el Estado Vasco el derecho de autodeterminación para reintegrarse en la nación española?

Si el pragmático está a favor del reconocimiento del derecho de autodeterminación porque no admite la posibilidad de que pueda triunfar la independencia, entonces también ha de admitir que la causa del terrorismo será eterna.

Con lo que termina negando el único motivo que le impulsa a reconocer el derecho a la Secesión.

Quiere que desaparezca el terrorismo de Eta y, para conseguirlo, elige el modo más seguro de perpetuarlo.

El desprecio por los principios, que no son más que la esencia de las pragmáticas de humanidad deducidas de la historia, conduce a la absurda contradicción de querer eliminar la causa coyuntural del terrorismo haciéndola perpetua.

LAS NACIONALIDADES

LA RAZÓN. LUNES 3 DE DICIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

He aquí una palabra, un concepto, una idea que nadie sabe lo que significa en sentido político y que, sin embargo, ha sido incorporada al vocabulario de la Constitución. En principio no sería difícil distinguir entre lo que es una nación y lo que es una nacionalidad. Aunque ambas ideas están emparentadas, un matiz fundamental las diferencia en el lenguaje ordinario. Se tiene una nacionalidad. Se pertenece a una nación. En ésta domina la imagen del lugar geográfico donde se nace y se vive como miembro de una comunidad dotada de su propio Estado. En aquella, predomina la idea de la identidad personal y colectiva que el Estado otorga a sus súbditos o ciudadanos, como sujetos de deberes y derechos.

La nación expresa algo objetivo. La nacionalidad, una cualidad subjetiva. Reduciendo la diferencia a términos antropológicos, la nación designa una comunidad territorial; la nacionalidad, una comunidad gentilicia.

Pero la distinción se esfuma tan pronto como, dejando este matiz objetivo, se comunica a la nación el sentido personal que tiene el concepto de nacionalidad. Tal confusión la produjo el romanticismo alemán en los comienzos del XIX. La nación dejó de expresar la idea de comunidad territorial y, como sinónimo de nacionalidad, pasó a describir la comunidad cultural de gentes de una misma etnia con idioma propio, aunque fueran súbditos de distintos Estados. Sobre esta base inicial se desarrolló luego la idea racista y fascista de nación, concibiéndola como proyecto voluntarista de una persona moral. De esta aberrante concepción participan todas las modalidades del nacionalismo, incluso las que se consideran a sí mismas como democráticas. Sin dotar a la nación de personalidad moral, el nacionalismo sería inconcebible.

El filósofo Ortega y Gasset es el principal responsable de que en la cultura política española, y en la mentalidad de los incompetentes redactores de la Constitución, siguiera dominando el concepto subjetivo y personalista de nación como proyecto, que había sido propagado por la enseñanza del Movimiento falangista. Lo cual presupone, por petición de principio, que la nación esté dotada de una voluntad orgánica capaz de sentir, ver, proyectar y perseguir su propio destino nacional. En esta creencia mítica está basado el sentimiento nacionalista de las nacionalidades culturales como naciones políticas sin Estado propio.

La Constitución dice que la Nación española está integrada por nacionalidades y regiones. De esta forma descriptiva mete a las nacionalidades en el mismo género de naturaleza topográfica que las regiones. Así no las contrapone a la nación, sino que las diferencia esencialmente de las regiones. Nadie se ha ocupado de explicar en qué consiste tal diferencia territorial. Y como la fórmula constitucional no es prescriptiva, sino descriptiva, los nacionalistas catalanes proponen que se acepte su descripción de nacionalidad como comunidad cultural, diferenciada de las meras regiones por su lengua y su historia, con derechos nacionales de autogobierno, soberanía y autodeterminación. Sin saber cómo ni por qué, convierten un hecho cultural en un derecho a ser nación.

Los nacionalistas vascos no siguen ese método descriptivo, por la simple razón de que ellos no aceptaron la Constitución ni consideran a Euskadi una nacionalidad. Tratan al País Vasco como nación a la que sólo falta un Estado propio.

Los moderados buscan la Independencia al modo checo, con uso pacífico del derecho de separación; los radicales, al modo irlandés, con secesión lograda mediante terrorismo. Pero el creador del concepto «checoslovaco», Jan Kollar, se consideraba a sí mismo húngaro.

La Checoslovaquia binacional nació en 1918 de la derrota del Imperio multinacional. Y el irlandismo responde a un movimiento de unificación nacional.

PARENTESCO NACIONALISTA

LA RAZÓN. JUEVES 6 DE DICIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Tras la experiencia inolvidable de los nacionalfascismo, nacionalsocialismo, nacionalcomunismo y nacionalismo orgánico, nadie puede tener disculpa decente para ignorar que todos los nacionalismos son primos hermanos, pues todos descienden de una misma cepa intelectual y de un mismo sentimiento. Incluso los que animan en la periferia el desarrollo de culturas lingüísticas que fueron aplastadas por el nacionalismo centralizador. Esto no quiere decir que siempre han sido perversos en sus expresiones históricas. Los del XIX, al ser libertadores, fueron progresistas y civilizadores. Los despertó la revolución de la libertad de los ciudadanos. Y pusieron en ella la finalidad de la Independencia nacional, frente al Estado ajeno que la reprimía.

Los nacionalismos catalán y vasco también fueron progresistas y liberadores durante los tiempos de clandestinidad en que se opusieron a la dictadura, anteponiendo la libertad al sentimiento de nacionalidad. Nadie debe olvidar el concurso de la Asamblea de Cataluña y del PNV a la causa de la unidad de la oposición. Por eso me abstuve de criticar a los nacionalismos gobernantes, hasta que su cínico descaro, apoyando la corrupción de Felipe González a cambio de dinero y de competencias, pesó más que mi gratitud política y mi amistad con sus dirigentes. Hoy los juzgo con simpatía solidaria cada vez que son atropellados por el nacionalismo español, lo que sucede más de lo que se cuenta; pero también con franca antipatía política, cuando nos atropellan con sus discursos de soberanía, autogobierno o autodeterminación, que son más antidemocráticos que separatistas; y con imparcialidad frente a sus decisiones de gobierno que, dicho sea de paso, son menos discriminatorias de lo que cabría esperar de sus discursos.

Los movimientos nacionalistas resuelven su contradicción de sentirse superiores en valor cultural e inferiores en capacidad política, según sea la situación, de oposición o de gobierno, en que se encuentren. Mientras buscan el poder ven en la libertad igualadora de oportunidades la superación del complejo político. Si tienen libertad ven en el poder la sublimación de su complejo cultural. Por esta causa tan barroca, ningún nacionalismo puede ser democrático cuando gobierna. Las demás ideologías se sienten superiores por las ideas que comportan, pero no por el aprecio a la nación de las personas que las portan. No hay nacionalismo sin desprecio a los que no sienten la nación, que es patrimonio común, al modo privativo y exaltado de un buen nacionalista.

El germen antidemocrático de los nacionalismos lo genera la mistificación intelectual de hacer de la nación una persona; de atribuirle cualidades, capacidades y vocaciones que sólo pueden tener las personas individuales, sean físicas o morales. Y ni las naciones ni los pueblos son personas morales. La asimilación de los pueblos a las personas, en sentimientos o en derechos, no puede traspasar el campo de la metáfora, la analogía o la poesía. Si no se respeta esta frontera, si se concibe a las naciones como organismos superpersonales, si se piensa que los pueblos tienen un alma o un espíritu colectivo que los anima y dirige al modo de las vocaciones en las personas individuales, como creyó el idealismo alemán primero y el historicismo después, si se les reconocen derechos de autodeterminación cuando no son siervos, ya no hay obstáculo intelectual que impida hacer de las naciones sujetos inmorales de la historia para seleccionar las fuertes.

Spencer ideó el darwinismo social. Hitler y Stalin aplicaron el nacionalismo darwinista en forma genocida. Ningún tipo de nacionalismo, lo vemos en los Balcanes, puede vacunarse contra el germen de fobia democrática que lleva en su entraña. El vasco y el catalán, al hacer lo contrario, hacen lo mismo que hizo el español.

GOBERNANTES MINÚSCULOS

LA RAZÓN. LUNES 10 DE DICIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Un sólo instante de terror pánico en la urbe cultural y en el centro militar del Imperio trastocó de repente la idea que la libertad política se había hecho de lo que es civilización y cultura. La relación de fuerzas entre los Estados no resultó alterada por la destrucción física de las cosas y personas que perecieron el once de septiembre. No era pues necesario una demostración de fuerza para restaurar, con la Justicia, lo que habían roto tres actos singulares de terrorismo.

La reacción de la soberbia del poder, en la Potencia de ámbito universal a la que humilló el atentado del fanatismo islámico, ha derribado algo mucho más arduo de reconstruir que las torres gemelas y un ala del Pentágono. Esta guerra de represalia, además de compensar las pérdidas de vida inocente con ganancias en número de muertos, ha roto la confianza del mundo en el comportamiento civilizado de la civilización occidental. Ha dinamitado la creencia de que esta forma de vida, incluso si no está controlada por una efectiva separación de poderes, asegura la defensa de ideales morales y derechos humanos que la barbarie del fanatismo ignora.

Lo dije antes de que empezara y lo digo ahora que está a punto de terminar. La guerra de todo el mundo contra Afganistán no era necesaria. Capturar y llevar a los terroristas ante la Justicia era una empresa a la altura de los ideales que fundaron la democracia en América. Secuestrarla en aviones militares para que, sin pruebas ni juicios, emitiera sus fallos mortíferos sobre indiscriminadas y presuntas fuentes islámicas del terror, ha sido una venganza a la bajura de los instintos primitivos de dominación.

Antes de iniciarla se dijo que el objetivo de la guerra no era derribar al régimen talibán sino capturar a Ben Laden y al «mulá» Omar si no lo entregaba. Si ese pretexto bélico era sincero, hay que admitir ahora que la guerra ha conseguido lo que no se proponía y fracasado en su único objetivo. Y la legislación antiterrorista en el interior de los Estados Unidos ha puesto a los derechos individuales en un verdadero Estado de Excepción. Hasta ahora, esto es lo obvio.

Este tipo de reflexiones democráticas saca de quicio a los minúsculos gobernantes de estas culturas perdidas en problemas mayúsculos. Ocultan su falta de talento político y de carácter moral acusando a sus escasos opositores de minar la confianza en el Estado y de ayudar a la impunidad de los terroristas. No quieren saber que precisamente estos opositores son los únicos que defienden los valores que el terrorismo quiere destruir.

Si algún día el terror deja de ser instrumento de defensa o de conquista del Estado, esa bienaventuranza será obrada por los que hoy se oponen a que la sociedad abandone derechos y libertades individuales en aras de una falsa idea de la seguridad. Todas las dictaduras se han basado en esta falacia de los sentimientos. Y todos los estados de excepción implican no sólo el fracaso de la normalidad jurídica, sino un fatal homenaje que la impotencia de la libertad gobernada rinde a la dictadura ensoñada.

La única derivación positiva de la histeria de venganza contra el terrorismo se ha producido en la Unión Europea. Entre el montón de sandeces adulatorias que acumulan los gobernantes lacayos del Imperio, llama la atención que haya sido necesario un acto de terror insoportable para que se pongan de acuerdo sobre algo tan elemental como una definición común del delito y un común reconocimiento de la jurisdicción natural que ha de juzgarlo. El adelanto es notable, aunque Berlusconi siga degradando la imagen internacional de Italia al considerar que la corrupción política es un atributo nacional que sólo puede ser juzgado por la moralidad peculiar de cada país.

EL TERRORISTA

LA RAZÓN. JUEVES 13 DE DICIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

El terrorismo provoca reacciones y no convoca acciones. Por eso constituye, sin excepción, un modo de acción política reaccionaria. Ninguna causa progresista procurada mediante el terror ha podido impedir que su efecto social y político sea siempre regresista. Lo que está sucediendo en todo el mundo después del 11 de septiembre no sólo era previsible, sino indefectible. El terror no introduce en la sociedad procesos dialécticos que operen sobre sus causas genéticas, para superarlas, sino puras mecánicas de represión sobre libertades y derechos fundamentales que alteran en sentido conservador las nociones mismas de orden público, justicia, libertad y seguridad. El terrorista es hijo de la dictadura y padre de la reacción.

Acabada la vigencia gubernamental de las ideologías de progreso social, sin miedo al comunismo, el terrorismo se ha consagrado como única fuente de legitimación del poder incontrolado de los gobiernos. El antiterrorismo ha dejado de ser una mera función policial y se ha convertido en la nueva ideología universal de todos los tipos de poder estatal. China, Japón, Rusia y la UE estrechan la mano de Estados Unidos en este terreno. Al atacar al Imperio, el terrorismo se ha hecho enemigo común de todos los Estados. De ahí que los gobiernos proclamen que todos los terrorismos son iguales. No porque utilicen los mismos medios terroríficos, pero sí porque rivalizan con el monopolio legal de la violencia del Estado, bien sea para dotarse de un nuevo Estado uninacional, más restringido (separatismo), o para integrarse en una entidad estatal de unidad nacional más amplia (unionismo).

El terrorismo es una forma violenta de expresar la impotencia de la idea nacionalista que lo inspira. No conoce ni aprecia los largos procesos históricos que determinan el triunfo y el fracaso de las unidades nacionales. Minimiza el valor de persuasión de las ideas políticas. Sublima el poder de la voluntad de dominio por la fuerza del terror. Subordina y envilece la función de la inteligencia social de la historia por medio de la cultura. De este modo autista, el terrorista no sabe dónde está, a dónde va, ni de dónde procede. Necesita la clandestinidad no tanto porque sea coyunturalmente ilegal, cuando no hay libertad de expresión y de asociación, sino porque es vitalmente insociable fuera de su propio ámbito sectario. Amputa vidas y recursos ajenos sin inmutarse, porque previamente ha amputado las nociones de comunidad histórica y sociedad estatal, el ámbito que le da personalidad política, de su propia visión étnica o religiosa del mundo inmediato.

El terrorista simplifica el análisis de la situación social en que se encuentra. Todo lo reduce a cuestión de fuerza de voluntad propia, sin carácter moral, y resistencia material ajena. Y opera sobre la sociedad al modo como el hombre lo hace sobre la Naturaleza. Lo ilegal no pone en juego la moralidad de sus actuaciones. Abate vidas humanas y destruye bienes colectivos con la tranquilidad de conciencia, y la astucia miope, del leñador o cazador furtivos que diezman árboles o reses sin miramiento al porvenir del bosque o la manada.

El terrorismo y la guerra son fenómenos políticos que expresan el carácter violento de las ambiciones de poder. Pero no tienen la misma naturaleza. El soldado sigue siendo, por su condición estatal, un animal político y está sujeto a las leyes de la guerra. El terrorista, por su visión preestatal del mundo, se despoja del adjetivo aristotélico y no acata más leyes que las instintivas de la delincuencia sectaria. No es un delincuente común a causa de sus fines. No es un delincuente político, como el corrupto, a causa de sus medios. Tiene el fanatismo de la mística, la religión de la mafia y el talento de un depredador nocturno al mediodía. El terrorista es digno de compasión intelectual y de condena moral. Su propia torpeza lo aniquila como ser social. Su falso heroísmo lo sacrifica como ser individual. Su desprecio de la vida ajena lo enajena como ser humano.

MARCHA FÚNEBRA ETARRA

LA RAZÓN. LUNES 17 DE DICIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Hace tres meses que gobiernos y medios de comunicación de todo el planeta discursen sobre el terrorismo como si este fenómeno moderno fuera una ideología o una concepción del mundo, equiparable en su amenaza a los Estados a la que en otros tiempos representó, con menor potencia operativa, la violencia anarco-sindicalista. Sólo así se puede comprender que el antiterrorismo haya pasado a ser, de la noche a la mañana del 11 de septiembre, el meollo ideológico de la política mundial, la veladura que encubre y justifica la remoción de derechos fundamentales y de pactos internacionales de desarme nuclear.

A causa de la amenaza terrorista se crean tribunales militares, se eliminan garantías jurídicas en las detenciones preventivas, se merman los derechos de defensa de los detenidos, se dan licencias gubernamentales para matar, se declaran guerras a países sospechosos de albergar terroristas, se conciertan nuevas alianzas entre Estados de ideologías antagónicas, se abandonan compromisos internacionales y pactos formales de contención de la carrera armamentística y, en definitiva, se da preferencia a la seguridad y la guerra sobre la libertad y la paz.

Nunca antes había condicionado el terrorismo, como ahora, la política de los Estados. Nunca antes se había visto elevado el terrorismo a la categoría de causa determinante de la política general de los gobiernos. Jamás habían soñado los terroristas en alcanzar semejante grandeza. La desproporción entre la generalidad de la causa antiterrorista y la particularidad del efecto terrorista no habría podido producirse sin hacer de aquella la nueva versión de la más antigua y permanente de las ideologías estatales, la de seguridad y orden público. Lo que el terrorismo no puede conseguir por sí mismo, la destrucción de la democracia y las libertades, lo puede obtener ofreciéndose como coartada a los gobiernos. El Estado puede disolver en unos días de miedo las costras de libertad cristalizadas en siglos de progreso. No puede olvidarse que la esencia del Estado, el orden y la seguridad, es contraria a la esencia de las libertades y derechos individuales.

La perversión política del terrorismo –la humana no necesita argumentarse– se demuestra por sus efectos reaccionarios sobre las causas nacionalistas o religiosas que lo inspiran y sobre los Estados que lo padecen. Unas y otros entran en fases de regresión, motivadas por su impotencia ante el terror. El factor nacionalista de donde deriva el terrorismo se sitúa a la defensiva, temeroso de parecer cómplice de lo que no domina. Arafat simboliza el escarmiento que el terrorismo islámico ha dado al nacionalismo palestino. Ben Laden lo destruyó al defenderlo. El primer enemigo del nacionalismo preestatal o secesionista no es el Estado al que combate por medios políticos, sino el hijo que engendra para que persiga lo mismo por medios violentos. El 11 de septiembre legitimó las acciones represivas de Sharon y condenó la política dialogante de Simon Peres.

Los efectos del 11 de septiembre ya se han hecho patentes, y cada vez se harán más, en la política del Gobierno español ante el nacionalismo vasco.

La firmeza de Aznar en la cuestión del concierto económico con Álava es inseparable de su nueva legitimidad internacional en la acción antiterrorista contra Eta. El PNV de Arzallus parece no haber comprendido todavía que las posibilidades de negociación o de tregua con la banda terrorista se han esfumado, tal vez para siempre.

Y sin ese horizonte toda la política nacionalista del Gobierno vasco ha de someterse a una revisión profunda. Aunque no sea justo ni real, tras el 11 de septiembre, el sonido de las palabras autodeterminación, soberanía, independencia y separación sólo armoniza la música de la marcha fúnebre etarra.

UTILIDAD DE ETA

LA RAZÓN. JUEVES 20 DE DICIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

El fenómeno del terrorismo separatista no puede ser visto de la misma manera, ni sentido con el mismo horror, por todos los que lo condenan en su corazón o de palabra. La utilidad política del crimen, aunque sea indirecta o no buscada, merma o anestesia la sensibilidad de las personas más cercanas a la concepción del mundo donde se engendra. Y los sectores nacionalistas, incluido el español, no son ajenos por completo a los sentimientos cuya radicalización lleva al terrorismo.

La mera existencia de Eta ha determinado la flaqueza de la Transición ante los nacionalismos gobernantes, llegando a servir de coartada implícita, cuando no de pretexto expreso, a la noción represiva del orden público y de la libertad de pensamiento sobre conceptos tan básicos, por ser prepolíticos, como los de patria y nación.

Los gobiernos vasco y catalán han conseguido carácter y concesiones competenciales que hubieran sido, y siguen siendo, inimaginables sin temor a la extensión del terrorismo en todos los escenarios nacionalistas.

Los Gobiernos de la Transición se han legitimado en la represión legal antiterrorista para abortar los movimientos involucionistas de la extrema derecha (23 F) o copiar sus ilegales métodos (GAL). Los nacionalismos gobernantes y los Gobiernos del Estado resultan objetivamente beneficiados por Eta, en tanto que factor justificante y estabilizador del consenso oligárquico que sostiene el sistema autonómico.

Basta imaginar una situación sin terrorismo para evidenciar que ni Arzallus, ni Pujol, ni Suárez, ni Felipe González, ni Aznar serían lo que han sido, ni habrían podido gobernar de modo tan expeditivo. El concurso de méritos que hace durar a Eta no le corresponde a ella sola.

Del mismo modo que Franco prolongó la dictadura haciendo del comunismo la alternativa a su Régimen, lo cual exigía providenciarlo en todas las manifestaciones de la oposición democrática, dándole así un prestigio carismático, la actual oligarquía de partidos estatales y autonómicos se basa en la conveniente idea (para ella) de que sin Monarquía no habría más que separatismo y rotura definitiva del Estado.

La unidad de España, un hecho involuntario e indiferente a la libertad colectiva de los españoles, ha sido elevada por la Transición a la categoría de voluntad política del Rey y de los partidos constitucionalistas.

Una hazaña metafísica que sería imposible de concebir sin tener a mano el antiterrorismo como factor de legitimación de los gobiernos, y sin exagerar el peligro de separatismo como justificación última del sistema monárquico.

Si a las consideraciones anteriores añadimos que el sistema de Autonomías trae su causa suarista de la igualación de todas las regiones con Cataluña y Euskadi –por ciega obediencia a la fantasía dictatorial de negar la realidad de la historia española que ha diferenciado territorios por sus lenguas y culturas–, será injusto dejar de atribuir a la existencia de Eta tanto la regalía de altos techos decisionales a nacionalidades culturales, como la extensión igualitaria de esas competencias estatales a todas las Comunidades Autonómicas. Nada ni nadie ha influido tanto como Eta en la configuración territorial del actual Estado español.

Los matices de la ambigüedad de sentimientos ante el crimen terrorista, producida por la importancia de su utilidad política, se dejan ver en los distintos signos de su condena, desde la lamentación por la desgracia inevitable, o el rechazo puramente intelectual de las acciones sangrientas, a la desaprobación de los atentados contra personas insignificantes.

El grado de dolor por el asesinato terrorista se establece en función, inversamente proporcional, de la espúrias rentas del terror. Y ésta utilidad no beneficia en exclusiva al PNV.

ESPAÑA PENDIENTE DE UN HILO

LA RAZÓN. LUNES 24 DE DICIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

En la formación de las naciones clásicas –y España es una de las primeras, junto a Francia, Inglaterra, Portugal y Holanda– concurren factores tan heterogéneos o dispares tales como azares, necesidades, conciencias, religiones, derechos, deberes, lenguas, creencias, guerras, matrimonios, ambiciones, pactos, errores, traiciones, miedos y dejaciones. Salvo la propensión al dominio de la lengua y la religión de los Reyes feudales más poderosos, ninguno de todos esos factores dio a las poblaciones la oportunidad de consentir el hecho nacional. Lo voluntario y lo involuntario lo tramaron. Vascos, catalanes, castellanos, gallegos o murcianos, pertenecen a España como a la familia. Sin consentimiento. Y para contentarnos con lo inevitable, se inventó la creencia humanista en el destino.

La Revolución francesa, y en menor medida el ejemplo de la guerra de Independencia de las colonias inglesas en América del Norte, cambiaron el escenario medieval de donde emanaron las que podemos llamar con propiedad naciones renacentistas. El principio universal de la libertad descubrió a los pueblos que ellos podían determinar su destino en lugar de padecerlo. Y construyeron las naciones románticas (Alemania, Italia) con la voluntad nacional y la política rectora del reino más pujante (Prusia, Piamonte).

Las dos guerras mundiales (la segunda fue una prolongación de la primera) liquidaron los ideales románticos que, al concebir a las naciones como voluntad de poder, las habían conducido al reparto colonial del mundo entre imperios nacionales y a la idea nacionalista del Estado. Las dos potencias vencedoras crearon un organismo internacional en la ONU para reconocer el derecho de autodeterminación de los pueblos colonizados. Y con resistencias pasivas, guerras de liberación o apoyo de las potencias de los dos primeros mundos, nacieron los Estados sin Nación del tercero.

La transición española liquidó el Régimen de Franco y, con él, el nacionalismo de Estado que lo sostuvo. Pero la aterradora ignorancia de todas las fuerzas convergentes en el consenso creó la insoportable contradicción nacionalista en que se fundamenta el actual Estado de las Autonomías. Nadie pensó en las graves consecuencias que se derivarían de la naturaleza romántica del nacionalismo catalán, pretencioso constructor de su nación, y del carácter tercermundista del vasco, pretencioso liberador de la suya. El consenso creyó con ingenuidad que ambos designios, basados en la ideología fascista de nación como voluntad de poder destinada a vivir en lo universal, lo que no es posible sin vida estatal independiente, quedarían frenados o equilibrados con la igualdad territorial heredada del nacionalismo franquista. Y el aprendiz de brujo no sabe, ahora que presiente el desastre, cómo parar el juego artificial de las Autonomías, al que dio cuerda con los nacionalismos, antes de que sea demasiado tarde.

No puede confiar en la dinámica de las instituciones, por la naturaleza del sistema electoral, concebido para favorecer a los partidos nacionalistas. No puede recurrir al sentimiento natural de la patria común, pues lo tiró por la borda, junto con el bastardo nacionalismo español, para aliviar a la monarquía y a los renegados de la carga franquista, en su nueva odisea por las espumas de la libertad. No puede gobernar la nave nacional entre la Escila vindicativa del nacionalismo vasco y la Caribdis reivindicativa del catalán, porque la Transición fletó el Estado de Partidos sin calado democrático y sin lastre español. Ya sólo le quedan dos recursos: aumentar la represión y la desconfianza frente al nacionalismo vasco, como si todo él fuera separatista, y aferrarse a la palabra tranquilizadora de Aznar y Zapatero. ¿La unidad de España pendiente del hilo verbal de dos hombres!

ENVIDIA DEL ESTADO

LA RAZÓN. JUEVES 27 DE DICIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

El sentimiento nacionalista no sería injusto ni peligroso si pudiera ser controlado por el pudor en sus manifestaciones de amor a la nación, y permitiera ser anegado por otros amores más universales o más espirituales. Las aguas no son cristalinas si se remueven los fondos del lecho por donde discurren. Salvo en situaciones transitorias de peligro común que lo justifiquen, el nacionalismo no deja de ser una agitación obscena de sentimientos instintivos en el impúdico comercio público del amor patrio. Lo admisible en la guerra no es sano ni digno en tiempos de paz. Franco prolongó su dictadura extrayendo de la victoria militar un sentimiento nacional que se hizo amigo incluyente del orden público y enemigo excluyente de libertades, verdades y justicia, como de conciencias de clase social o nacionalidad cultural.

Un pueblo de sentimientos educados en la libertad de sentir, una sociedad abierta a las emociones universales de la humanidad, no se habría dejado llevar a tal prostitución forzosa del afecto espontáneo a la propia nación. Las nacionalidades culturales que se han desarrollado después en forma nacionalista, como reacción de la libertad ansiada a la libertad otorgada, descubren el ancho campo que los pueblos sin educación sentimental dejan siempre a la indigencia espiritual. Y han florecido en el yermo ideológico de la Transición. La democracia ofrecía horizontes que el pacto con los nacionalistas no dejaba ver.

Si la emoción nacionalista fuera sincera, si no cubriera con su manto patriótico la nuda ambición de poder personal, no podría pasar con tanta facilidad del corazón a la boca. Con la libertad y el poder de gobernar en su feudo, los nacionalismos no cambian de naturaleza íntima ni de tendencia al monopolio de la patria, sino de expresión y actuación. La exclusión de otros sentimientos políticos que el nacionalismo central hacía por vías de coacción oficial, el periférico lo hace ahora por la vía más insidiosa de emplear los fondos públicos para «hacer patria», para «construir la nación». Rechaza los modales fascista para poder abrazar con entusiasmo su modo empresarial de idear la nación como proyecto.

La cultura, la educación, los medios de información, las carreras y los honores se planean como empresas nacionalistas y patrióticas. Las oportunidades de negocio y las concesiones administrativas se vinculan a los constructores nacionalistas del país. Dos décadas de poder autonómico han bastado para que un sentimiento de insatisfacción cultural edifique un mundo político nacionalista tan cerrado como insatisfecho. Donde no hay ya más refugio para la sinceridad del sentimiento nacional que no sea en el separatismo. Y aún en esta misma sinceridad radical se percibe que el sentimiento no traduce una necesidad de identidad cultural o política.

La doctrina más común justifica los nacionalismos en la necesidad de procurar una identidad política a la diferencia cultural de una comunidad lingüística. Esta creencia carece de todo sentido, a no ser que esa procura vaya unida a la búsqueda del poder por un grupo organizado, mediante la secesión de esa comunidad no estatal, a fin de constituir una unidad política independiente, igual a la del Estado de quien se desea separar. La contradicción es insalvable. Busca una identidad política a la diferencia cultural y la encuentra en la igualdad mimética con lo diferente. Esta contradicción revela que el ansia de identidad no precede ni es causa, sino que sigue como consecuencia al ánimo de voluntad nacionalista. El sentimiento natural de la patria no produce voluntad de poder. Es la ambición de dominio la que se apodera de aquel sentimiento tranquilo y lo convierte en emoción rencorosa y ardiente de envidia del Estado.

COHERENCIA DE ETA

LA RAZÓN. LUNES 31 DE DICIEMBRE DE 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

El crimen sangriento atrae la curiosidad sobre sus móviles personales y sus causas sociales o congénitas. Médicos y abogados iniciaron en el XVIII la reflexión que ha conducido a la ciencia de la criminología. Y nadie piensa que los criminólogos sean los apologetas del delito. No sucede igual con el crimen terrorista. Cualquier intento de comprenderlo intelectualmente corre el gran riesgo de ser tomado por apología política del terrorismo. Se pueden contar con los dedos de una mano los pensadores europeos que se atrevieron a unir sus nombres al conocimiento racional de las causas de violencia política en tiempos de paz. Y ninguno de ellos se ha separado, en el análisis del terrorismo, de la senda trazada por la propia filosofía de la violencia: la del ingeniero Sorel para el sindicalismo, la de Corradini para el nacionalismo fascista y la del joven psiquiatra Fanon para el nacionalismo de liberación colonial. Mis reflexiones se apartan de este camino porque la violencia política, una forma de coacción propia del Estado y de la acción directa de variados tipos de oposición (desde los piquetes a los encierros o acampadas), no comprende ni explica al terrorismo nacionalista de un grupo organizado. Violencia y terror son, además, cosas bien distintas.

Califico a Eta de coherente, en el sentido lógico de esta palabra bien sonante, para llamar la atención sobre el hecho de que su doctrina nacionalista, no su acción, es la única que está exenta de contradicciones y resiste la prueba de la consistencia. Prescindiendo de los dos elementos comunes a todas las teorías nacionalistas –el concepto orgánico de nación como proyecto y la necesidad de darle una identidad estatal–, solamente Eta responde de modo coherente, aunque no sea consciente de ello, a las tres contradicciones doctrinales que no pueden, ni saben, resolver los demás nacionalismos operantes hoy en España. Me refiero, claro está, al derecho de autodeterminación; a la no distinción entre Independencia y Secesión; y a la coincidencia de las fronteras del Estado y las de la Nación española.

En primer lugar, Eta piensa con acertado realismo que la autodeterminación vasca no es un derecho previo que exista en la conciencia universal, sino un hecho que sólo puede imponerse por la fuerza. Dicho de otro modo: el derecho sólo podrá ejercerse si la acción del terror continuado lo impone.

En segundo lugar, Eta ha dejado claro que su objetivo es la Independencia de la nación vasca concebida como un todo, y no la mera Secesión de la parte sometida al Estado español. Así, evita la incoherencia de defender el derecho a la Secesión, como hacen todos los que hablan de la autodeterminación como derecho. Pues esto implicaría, necesariamente, el reconocimiento de que lo que se quiere secesionar tiene la condición existencial de parte; que esta parte está integrada en un todo español; y que ese todo está en cada una de sus partes. De otro modo la nación no sería algo orgánico. Lo que es inadmisibles para un nacionalista.

En tercer lugar, y esto es lo decisivo, la reivindicación nacionalista de un Estado propio exige que la nacionalidad (un concepto ambiguo que se utiliza como eufemismo de nación y cuyo significado personalista precisaré en otro artículo) desborde las fronteras de un solo Estado.

Pues, en caso contrario, como sucede en la comunidad lingüística catalana, la autonomía cultural y las libertades públicas dejan sin motor sentimental al movimiento por la Secesión. Cuando Eta incluye en la nacionalidad vasca a dos provincias francesas no lo hace por un sueño utópico, ni por un ánimo de grandeza imperial, sino para reunir, al menos en teoría, los requisitos exigidos por una nacionalidad para constituirse en nación aspirante a un Estado propio mediante la Independencia.

OSTRACISMO DE ESPAÑA

LA RAZÓN. JUEVES 3 DE ENERO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Nadie ha explicado cómo llegó a anularse en los partidos, con las libertades, el sentimiento de España y de su unidad nacional. Comparado con el hecho de que acepten el derecho de autodeterminación, la quema de la bandera española por grupos separatistas no pasa de ser un mero episodio ridículo, que sólo puede escandalizar a los que hicieron de ella el estandarte de la negación de la libertad. Nadie nos explica tampoco la enorme contradicción de que, en un sistema basado en el ostracismo de la nación española por parecer idea reaccionaria, triunfen y se exhiban como signos de progreso los nacionalismos catalán, vasco y gallego. Sería inexplicable si no fuera obra de la voluntad de no querer lo español. La noción de España, imposible de anclar en lo espontáneo o lo involuntario, responde a un noluntarismo político o malquerencia de la patria.

La dictadura nacionalista hizo del sentimiento natural de España un voluntad política de dominación interior. Ante aquel voluntarismo nacional, similar pero no idéntico al fascista, la oposición al Régimen buscó su legitimidad en las voluntades de liberación que se concertaban allí donde subsistían conciencias de clase explotada o de nacionalidad aplastada. La dificultad era tan grande, y el miedo tan profundo, que poco a poco se disolvió en los grupos clandestinos el sentido patriótico de la República, tanto por antítesis al voluntarismo español que los trituraba, como por la necesidad de buscar un principio de identidad moral, desvinculado de la idea de nación, que diera vigor espiritual a su resistencia. Unos lo encontraron en la generalidad europea de las internacionales (comunista, socialista, demócrata cristiana), y otros en la particularidad de las «nacionalidades» catalana y vasca.

Para poder unirse contra la dictadura, aceptaron como base común el reconocimiento del derecho de autodeterminación. Y lo que empezó siendo mera táctica de la coyuntura, en una oposición impotente y medrosa, pasó a ser, sobre el cadáver de la Junta Democrática de España, la piedra angular del traidor pacto de la Transición. Fascista en el Preámbulo, la Constitución siguió tratando la nación como algo orgánico dotado de voluntad. Liberal y separatista en el art. 2, reconoció el derecho a la autonomía de las «nacionalidades». Esto no puede significar otra cosa, si se conoce el sentido político de esta palabra, que el derecho de la voluntad de los nacionales de Cataluña y Euskadi a hacerlas naciones autónomas. Lo que es inconcebible sin soberanía. Pese al avance de sus nacionales, Cataluña y Euskadi aún no tienen la soberanía que les permite alcanzar la generosa noluntad española constituyente del derecho a ella.

Empleo las palabras noción, noluntad y noluntarismo porque la situación política y cultural de ostracismo en que está lo español en España, no ha sido producto involuntario de la abulia, hastío, indiferencia, abandono o dejación de los españoles. Entre lo voluntario y lo involuntario se sitúa el campo negativo de lo noluntario. Que no es falta de voluntad ni mala voluntad, sino la decidida voluntad de no querer algo que, sin embargo, es bueno y representa un bien para el que no lo quiere.

Es la «noluntas» de Tomás de Aquino. La «nolitio» de Wolff. La «renuncia noluntaria» de Schopenhauer. El «poder noluntario de no querer» de Renouvier. Unamuno definió la noluntad no como lo contrario de la voluntad ni como la no voluntad, sino como un voluntarioso no querer.

Exactamente, la actitud consciente de los partidos y medios culturales de comunicación que «ostrakizaron» en la concha del exilio interior al bien común que supone España, por algo tan inferior a él como el consenso oligárquico que dio cuerda orgánica a las nacionalidades.

ANARCOTERRORISMO

LA RAZÓN. LUNES 7 DE ENERO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Según noticias un tanto vagas, la policía ha bautizado con el evocador nombre de anarcoterroristas a individuos relacionados con la delincuencia común, que atentan contra la seguridad de personas o cosas sin aparente causa política para ello, a no ser por la necesidad de manifestación dramática de un rechazo indiscriminado del orden legal, para dotarse de una fuerza de presión, influencia y prestigio en el mundo carcelario en favor de una categoría especial de presos.

La policía parece que vincula a esos anarcoterroristas con el trato penitenciario de los llamados presos peligrosos. La noticia se refería a un intento fallido de hacer explotar una bomba de pólvora prensada, dotada de temporizador, en un local de Instituciones Penitenciarias. Y este hecho se ha puesto en relación con las cartas bombas que han recibido ciertos periodistas que escribieron precisamente sobre presos peligrosos. Si esto es cierto, no pueden ser llamados anarcoterroristas, pues no son anarquistas ni ácratas. Creen en la realidad del subpoder carcelario y quieren participar en él, aterrorizando a la autoridad penitenciaria y a los informadores del submundo salvaje de las prisiones donde reina la ley del más feroz.

Todo acto terrorista, desde el más liviano al más desastroso, implica un atentado al orden legal. En este corto sentido, todos los terrorismos son iguales. Pero con tal de que se piense un poco en las estructuras de la sociedad se sabe enseguida que el orden jurídico no es un mundo autónomo que se sostenga a sí mismo con la sola fuerza de las leyes, y al que se pueda atacar mediante el terror sin afectar al orden social o político. El orden legal necesita estar constantemente apoyado en el orden social, del que es su expresión coactiva, y perentoriamente ayudado por el orden político del que emana. El terrorista tiene que atropellar las leyes para perturbar con sus atentados a la moral de lo que considera, casi siempre con error, el centro de gravedad del equilibrio político o social.

El viejo anarquista partidario del terror era un antipolítico magnicida. La clásica violencia del anarcosindicalismo era antimquinista. Ser anarquista o ácrata no es carecer de ideología política, sino profesar como religión la ideología del antipoder. El anarquista no quiere mandar en otros ni que otros manden en él. Encarna en su vida el ideal de la independencia personal. Concibe el mundo como los antiguos artesanos. Su moral individual es intachable y su moral social, una utopía. Por el contrario, hoy no existe terrorismo que no derive de una ambición de poder. Sea la de dotarse de un Estado propio o de un benigno estatuto penitenciario. La finalidad del terrorismo nunca ha sido la de perturbar el orden legal para obtener ventajas legales de ese mismo orden al que ataca. Esa es la esencia del chantaje político, no la del terror público.

Esto no quiere decir que en el terrorismo político no se den las condiciones requeridas para la explotación del chantaje en aspectos secundarios o accidentales, como el tratamiento de los presos. Pero esa no es en absoluto la finalidad del terrorismo. La expresión anarcoterrorismo supone en realidad una contradicción en los términos. Ningún anarquista puede ser hoy terrorista. Supondría una negación de sí mismo. El terrorismo antiglobalizador tampoco es anarquista. La presencia de algún extranjero en el tipo de terrorismo carcelario que comentamos, no significa que tenga conexiones internacionales. Y el solo hecho de que la policía tenga que distinguir a estos terroristas con un nombre romántico, demuestra que la tesis del gobierno sobre la igualdad de todas las formas de terrorismo no tiene otro fundamento que el de igualarlas a todas en la represión.

RAZONAMIENTO DEL CORNUDO

LA RAZÓN. MARTES 8 DE ENERO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Desaprobar un acto de otro no tiene el mismo significado que condenarlo. La Religión y la moral condenan al crimen político. La Justicia de partidos, a los criminales por orden, y no a los jefes del crimen. La sociedad rechaza la delincuencia individual y tolera la de partidos o empresas potentes. Desaprueba el crimen como acción pública y lo aprueba como acto subrepticio del poder. El Estado aparta del mando a los criminales subalternos y obtiene rentas políticas de su represión penal. La condena moral de los culpables no sirve más que para destacar la inocencia de quien la hace. Y lo que la judicial define es la probidad de los no procesados. La corrupción florece con la impunidad. El terror se actualiza por idealismo, la policía se bate por profesión.

La desaprobación del delito por las bases que cimentan la fama parece, en principio, más eficaz que la condena moral. Pero nadie puede desaprobado algo sin estar apoyado en lo que aprueba o sin manifestar las causas originales y las razones inteligentes de la desaprobación. De otro modo, no deja de ser autoritarismo. Desaprobar sin criterio equivale a condenar. Y lamentar los daños del crimen no es condenar ni desaprobado. Sin instituciones que hagan señorear la prevención sobre la represión, no hay esperanza de eliminar las causas de la corrupción en la clase dirigente ni las del terrorismo en el campo nacionalista.

El Estado de partidos, por su naturaleza corrupta, no puede concebir siquiera la posibilidad de reformas constitucionales que transformen la oligarquía actual en democracia. Sin equilibrar las Autonomías con un Régimen de concentración presidencial del poder ejecutivo, los nacionalismos periféricos tienden por su esencia centrífuga a la separación y a la simpatía latente con el terrorismo. Sin separar el legislativo del ejecutivo, que el parlamentarismo confunde en un sólo poder con dos funciones, la corrupción es inevitable.

El abecedario de las actitudes sociales y personales ante el crimen político, a las que dedicaré un artículo, está sometido al razonamiento del cornudo. Si mi mujer me engaña, que no me entere. Si me entero, que no me importe. Si me importa, que lo lamente y no me separe. Todo antes que la ruptura del matrimonio. El sofisma llamado «El Cornudo», atribuido por Diógenes Laercio a Crisipo, dice así: «si nunca has perdido algo, aún lo tienes; como no has perdido los cuernos, aún los llevas». Sólo es sofisma respecto a los cuernos anatómicos, que el hombre no tuvo ni pudo perder. Pero como metáfora, tiene una lógica aplicable al engaño cornudo.

El engaño del Estado dictatorial puso los cuernos del crimen político a la Sociedad. Y la Transición, que prefirió todas las indignidades a la ruptura, los desarrolló al modo cérvido. Por eso hoy parece normal la anormalidad de que la corrupción y el terrorismo sólo sean condenados, desaprobados o lamentados. Todo es preferible al divorcio y la ruptura con la oligarquía, que los produce por emanación y mantiene por seguridad, como Napoleón a la nueva aristocracia del dinero y la política.

Si la Sociedad no perdió la indignidad, ganada a pulso de miedo y medro con el franquismo, aún la tiene. La conserva con las libertades de la Transición, en aras de aquel mismo realismo. Por esta indignidad, los que tendrían que condenar el crimen político (Iglesia), lo desaprueban; los que deberían desaprobado con criterio político (prensa) lo condenan; los que lo aprueban (Batasuna) lo lamentan; y los que podrían evitarlo (partidos) lo cometen. Como cornudos casados con ricas por herencia, nadie se divorcia de la fea oligarquía, fuente de riquezas sin cuento por la bella cara de partido, ni pone fin a las capitulaciones del Estado, en régimen de separación de bienes y competencias, con el soberanismo periférico.

PELIGROSA INDIFERENCIA

LA RAZÓN. JUEVES 10 DE ENERO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

La Secesión del País Vasco está contemplada y admitida por los que defienden el derecho de autodeterminación. No para todas las Comunidades Autónomas, sino para las nacionalidades que la Constitución menciona, sin especificar cuáles son ni el criterio definidor de las que puedan ser. Sería normal que este privilegio lo reclamasen solamente los nacionalistas vascos que se opusieron al principio franquista de la igualdad en todas las Autonomías. Incluso se puede comprender que los nacionalistas catalanes y gallegos, siendo desleales a su compromiso inicial, incluyan en sus programas el derecho a la autodeterminación. Lo que no tiene nombre decente es la contradicción de los liberalísimos de la prensa: apologetas de la injusta igualdad autonómica y regalistas del injusto privilegio de secesión al País Vasco, con tal de que se use sin violencia. Se equivocaron antes, negando el derecho político a la diferencia autonómica de las comunidades culturales diferenciadas por su lengua. Se equivocan ahora, admitiendo por miedo a Eta, y egoísmo tranquilizador, el antipolítico derecho vasco a la secesión.

Nada importa que las declaraciones de partidos y magnates de la prensa en favor de un nuevo escenario, sin terrorismo, que permita reconocer el derecho de secesión, sean falsas y no tengan otro alcance que el de engañar al PNV. Los sujetos hoy expresivos de tamaño disparate dirán todo lo contrario si llega a darse tal escenario. Nada importa que su palabra valga menos que ladridos gratuitos de perros en la noche. Lo que importa es el resultado de la difusión de ideas tan desconsideradas para España, por parte de autoridades políticas y editoriales. Su efecto no puede ser otro que el de acentuar la indiferencia de la opinión ante un asunto que, por su gravedad, terminaría moviendo, llegado el caso, hasta las piedras con historia. Y esa indiferencia moral sería, precisamente, la que lo convertiría en «casus belli».

La indiferencia actual ante la posibilidad de secesión vasca no procede de una neutralidad estoica ni de una paralizante duda pirrónica ante ese derecho. Pues se trata de un estado anímico de índole existencial que emerge del miedo imaginario a la guerra civil y de la serenidad que se templea en el aburrimiento profundo del consenso político. Esta original combinación de miedo irreal y aburrimiento real explica que la opinión se movilice contra el terrorismo y permanezca indiferente ante su causa.

Entre todas las clases de indiferencia, la existencial es la única que puede ser peligrosa para la sociedad que la padece. Como en los celos infundados, provoca el riesgo que teme. Se cree que las guerras civiles son anunciadas por las pasiones enconadas que las preceden. Pero no siempre han sucedido así. Cuando la indiferencia ante un problema fundamental para la comunidad →y el sentimiento de la integridad de la patria lo es→ llega a ser un estado de egoísmo general, una manera consagrada de reducir la vida pública al propio interés, se convierte en una pasión catastrófica para el individuo y peligrosa para la humanidad.

La guerra de Secesión fue motivada por una de las causas más nobles que ha conocido la historia moderna. Y se llegó a ella por culpa de una doctrina que proclamó la indiferencia oficial de los Estados federados ante el problema de la esclavitud. Esa doctrina permitía que unos Estados la reconocieran y otros la condenaran. Lincoln encontró su grandeza no en haber ganado la justa guerra civil del Norte abolicionista contra el Sur secesionista, sino en haber denunciado desde tres años antes, como causa de guerra, la indiferencia. Pues ella induciría «a muchísimos hombres buenos entre nosotros a ir a una guerra abierta contra los principios fundamentales de la libertad civil y a insistir en que no hay ningún principio justo de acción, sino sólo egoísmo».

AUGURES DE CATALUÑA Y EUSKADI

LA RAZÓN. LUNES 14 DE ENERO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

La historia de la humanidad constata que al frente de los grandes acontecimientos han marchado siempre creencias comunes más susceptibles de ser sentidas que conocidas. Ninguna idea ha conmovido tanto a los hombres como la de nación. Más incluso que las de libertad o igualdad. Y es la menos comprendida. Su noción corriente la concibe, tal si fuera una persona moral, como un ser orgánico dotado de voluntad, alma, carácter y espíritu nacional. Todos los atributos de la persona menos la inteligencia, que es suplida por el destino. Esta descomunal creencia, tan cercana al animismo, es la mejor palanca inventada en la política para mover a las masas y la idea peor engendrada por el pensamiento. Siendo fruto de la acción humana y del azar, la nación no puede ser la ejecución de un proyecto. Como patrimonio histórico que se puede medir y contar, pero no hacerle sujeto de pensamiento y voluntad, jamás constituye algo ético.

Cuando la guillotina segó la cabeza visible del Estado, los revolucionarios de la libertad individual pusieron en su lugar la testa invisible de la Nación. Cuando las tropas de Napoleón desfilan ante las ventanas de la Academia de Berlín donde perora Fichte, el filósofo no habla de libertad ciudadana ni tampoco de independencia prusiana, sino de nación alemana, sea cuales sean los Estados donde habiten los alemanes. Cuando a Europa la agitan los revolucionarios de la igualdad, y el Manifiesto Comunista proclama que los obreros no tienen patria, Marx pone en su lugar la «nación proletaria», sea cual sea el Estado donde trabajen. Cuando la guerra francoprusiana coloca a Francia a los pies del emergente Imperio alemán, los Renán, Taine, Barrés, se revuelven contra los valores de la Revolución en nombre de una idea mística de la nación, entroncada a la del romanticismo y el historicismo alemán. Y sin lugar para un nacionalismo histórico de unificación de Estados, inventan el nacionalismo orgánico de dominación de individuos. El que llevó en Italia al fascismo y en España a la nación como proyecto sugestivo y unidad de destino. Ortega copió a Renan. Primo de Rivera a «La Lupa».

Concebir la nación como persona moral es idea más peligrosa y menos fundamentada que la del Estado ético. Al fin y al cabo, aunque éste no realice una función imparcial, está dotado de voluntad y personalidad jurídica. Mientras que la nación carece de órgano volitivo, a no ser que éste se confunda con el emanado del cuerpo electoral. Lo que llevaría a negar la existencia de nación si no hay libertad de elección parlamentaria. Expresiones como voluntad nacional, representación nacional y soberanía nacional, son vacuas ficciones ideológicas para hacer creer que la voluntad y la soberanía del Estado corresponden al concierto o la mediación que realiza entre todas las clases y categorías sociales de la nación. La inteligencia política no puede creer estas fábulas. Y si, justamente, niega eticidad al Estado, no es para dársela, descabellada e injustamente, a la Nación.

Como todo patrimonio, la nación tiene intereses objetivos, que el Estado debe preservar. Pero al interés nacional le sucede lo que a la voluntad general de Rousseau y al bien común de Santo Tomás. Nada hay que pueda concretarlo, salvo en situaciones de catástrofe, pues no es cosa discernible por votación. Y en esa imposibilidad reside la clave del éxito ante las masas de los partidos nacionalistas. En virtud de su visión mística de la nación, sólo ellos saben donde está en cada momento el interés nacional y cuál es el destino nacional. Que coinciden siempre con los del grupo cuyo jefe encarna la nación. Su voluntad personal es la voluntad nacional.

Arzallus y Pujol, augures del destino vasco y catalán, no tienen más que oír el latido nacionalista de su voluntarioso corazón.

LOS JUDÍOS DE ARGENTINA

LA RAZÓN. JUEVES 17 DE ENERO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Estoy tratando de comprender las raíces profundas de la crisis de impotencia vital que padecen desde hace años todas las capas sociales de la población argentina. Procuero leer lo que se publica allí y aquí sobre lo que le sucede a ese país tan cercano en sentimientos interiores y tan alejado en realidades externas al nuestro. Y ni aquí ni allí encuentro nada que merezca ser retenido en la memoria de las emociones o de las ideas, como descripción sincera del extraordinario fenómeno de decadencia o como reflexión genuina sobre la naturaleza de las causas que lo mantienen y aceleran. La situación parece única en el mundo internacional y sin precedentes en los tiempos modernos.

Una nación se desvanece. Un pueblo se arruina. Una sociedad se desintegra. Una cultura se envilece. Una economía pierde con los ahorros hasta su nombre. Y a los pelleles que el vendaval de la corrupción y de la incompetencia ha puesto en primera fila de un Estado en quiebra, no se les ocurre nada mejor que pedir la unión de todos los argentinos a la causa peronista que, junto a la dictadura militar, los ha quebrado o diezmado por sistema.

No soy yo quien simplifica así el problema. Lo hacen todos los que no se recatan en decir que la única salida de la situación está en un pacto social de apoyo sin fisuras no a un programa de reformas institucionales democráticas, que sería lo coherente, sino a un gobierno cualquiera. Sea al neoperonista actual, como quiere el Presidente de la compañía Jazztel, el argentino Martín Varsavski, sea a otro de unidad nacional, como preconiza Felipe González, en la vulgar charla de casino que mantuvieron con Jorge Valdano en El País del día 13 de enero. Menos mal que el futbolista no quiso entrar en esa trampa y recordó tanto los 150 mil millones de dólares que la clase dirigente, por llamarla de alguna manera decente, tiene en el extranjero, como el oscuro papel que en estos momentos juega el peronista Menem. Al parecer, un hombre tan inteligente que incluso entendió a Felipe González cuando le dijo que había gobernado bien para Argentina y que ahora tenía que hacerlo bien para ¿los argentinos!

Aparte de aportar nuevos términos populares al vocabulario político (cacerolazo, corralito, corralón, etcétera), la crisis de Argentina está conociendo, con su espantosa bajada a los infiernos del nacionalismo peronista, que esta doctrina no tiene otro fundamento que el apoyo demagógico a las ambiciones personales de poder de los que, careciendo de ideologías de clase o de sentimientos universales, gobernaron para su gloria (dictaduras), su beneficio (oligarquías), o ambas cosas a la vez. La crisis radical se produce cuando, esquilmada la riqueza, ese beneficio se hace ya imposible y la gloria no puede retornar.

Todo nacionalismo, en tanto que pretensión de una identidad particular en la universalidad del hecho nacional, supone una mezcla grandilocuente de provincianismo y soberbia. Y en tanto que apropiación por unos pocos de algo común a todos, implica privilegio y produce corrupción. El nacionalismo democrático en sentido estricto no deja de ser una contradicción en los términos, y en sentido figurado, la forma civilizada de gobernar la oligarquía nacional.

La llamada a la unidad de los argentinos en torno a su actual gobierno neoperonista indica que el nacionalismo argentino ha dejado de existir en las conciencias y quiere pervivir en las voluntades. La inteligencia calla. La sensibilidad se embrutece. Y, perdida la ilusión de ser gobernadas con decencia y competencia, las masas orquestan su desesperación con cacerolas, hasta que la humillación y la propaganda les hagan ver que sus males vienen del extranjero. El Fondo Monetario y las empresas españolas son ya firmes candidatos a desempeñar la función de judíos de Argentina.

EL DEBATE NO ES EL PROBLEMA

LA RAZÓN. LUNES 21 DE ENERO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Tiene razón Ibarreche. Aunque sea difícil de adivinarla en la vaguedad de su lenguaje. Eta no quiere que el gobierno vasco y el PNV hagan política, sino guerra de posiciones, mientras ella hace la de movimientos. El Estado de partidos sustituye Política por Administración. Únicamente los gobiernos nacionalistas hacen ensayos de política. No es que falten encuentros, negociaciones y pactos. Pero siempre versan sobre asuntos administrativos y económicos. La clase dirigente de la Transición, especializada en repartir facultades y riquezas entre la oligarquía, no está moralmente preparada ni mentalmente entrenada para debatir sobre el poder que administra.

El lendakari ha dicho que el PP «se pone un poco nervioso, pues tiene dificultades para entrar en los debates que vamos a tener sobre la capacidad de decisión de la sociedad vasca». O sea, sobre autogobierno y derecho de autodeterminación. Tiene razón el portavoz del Gobierno Vasco, sr. Imaz: «se debe hablar de todo, porque no puede haber una sociedad democrática con tabús, en la que no se pueda hablar de política». Hablar no supone acordar, ni admitir tácitamente que se debe acordar algo sobre lo hablado. La divergencia absoluta, no se convierte en relativa, ni en camino de compromiso, por el hecho de hablar con determinación sobre ella. Negarse a hablar de posiciones que son no simplemente contrarias sino realmente contradictorias, y que el tiempo no hará más que agravar, es una torpeza que da lugar a interpretaciones equívocas sobre falta de firmeza de carácter, o de argumentos de razón, para sostener la propia convicción de quien pospone, sin fundamento serio, la conversación.

Se equivocan Aznar, Rajoy, Arenas y el diario «El Mundo», cuando dicen con voz de falsete que antes de entrar en ese debate hay que dar prioridad a la concertación en todos los frentes de la acción antiterrorista. Este pretexto dilatorio carece de toda lógica procesal y denota poca inteligencia política. Un tema no excluye al otro, sino que precisamente lo reclama. Pues la causa del terrorismo es la esperanza en la autodeterminación. La trampa que encierra la propuesta del Gobierno es demasiado infantil para que prospere: si quienes hablar de derecho de autodeterminación, acepta mi plan antiterrorista y, en un nuevo escenario de paz, trataremos el asunto. Para el Gobierno vasco, no para el PNV, acabar con el terrorismo debe ser lo prioritario a corto plazo. Pero también se ha comprometido con sus electores a plantear el tema del autogobierno. Y la táctica de Aznar debilita al Gobierno vasco y fortalece los ánimos de Eta con la esperanza en un futuro diálogo que no rechaza de plano el derecho de autodeterminación.

Es el Gobierno de España quien debe tomar la iniciativa de convocar cuanto antes al lendakari Ibarreche, para hablar sin cortapisas y debatir sin reservas mentales, a sabiendas de que no habrá diálogo sino dos monólogos, sobre la posición del Estado y la del Gobierno Vasco en temas de soberanismo, autogobierno y derecho de autodeterminación. Para deshacer todo equívoco. Para dejar al lendakari en su nula responsabilidad, ante el terrorismo.

Para retirar la incógnita sobre la posibilidad de un derecho de autodeterminación o de un Referendum de independencia, que ningún Gobierno podría autorizar, aunque quisiera, por absoluta falta de autoridad. Para advertir de que tal impotencia gubernamental no proviene de la Constitución, sino de la propia incapacidad del Estado sobre lo que, siendo un hecho involuntario, es indecible por la libre voluntad del pueblo español o vasco. Para insertar el autogobierno en el ámbito de la Autonomía. Para completar las transferencias. Para reformar el Estatuto, si fuera inadecuado. Para constatar, en fin, que el problema no estaba en la ausencia de debate, sino en la quimera de lo que quiere y pretende debatir el Gobierno vasco.

¿GUERRA CIVIL ENTRE VASCOS?

LA RAZÓN. JUEVES 24 DE ENERO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

El Sr. Redondo Terreros acaba de manifestar que existe posibilidad real de que se declare o estalle una guerra civil entre vascos partidarios y vascos adversarios de la Independencia o la Secesión de Euskadi. Aunque estemos habituados a la inanidad de las declaraciones de la clase política, lo que ha dicho el, hasta ayer, secretario general del Partido Socialista Vasco no deja de ser sorprendente.

Su declaración desborda los límites de inverosimilitud que la opinión pública tolera al mentiroso o extravagante discurso público de la Transición. Unos presagios tan alarmantes no deberían comunicarse a la sociedad sin ir acompañados de alguna explicación justificativa de la alarma. Es posible que el Sr. Redondo haya sido sincero.

Pero eso no basta para tomarlo en serio. Necesitaría demostrar que, además de sincero, es inteligente. No como persona privada, que probablemente lo será, sino como personaje público. Cosa que no podemos saber sin conocer los análisis de la situación y los razonamientos sobre el momento que, aun siendo erróneos, han podido motivar la tremenda advertencia del Sr. Redondo.

No podemos imaginar que la novedad de su forzada dimisión haya cobrado en su inconsciente la importancia megalómana de un casus belli o de un síntoma revelador del ambiente prebélico que la justificaría. El disparate de su declaración alarmista no puede asimilarse a la sospechosa confesión de Suárez cuando dimitió diciendo que lo hacía para evitar que la Transición fuera un paréntesis entre dictaduras.

Entonces, la ocultación por el presidente del Gobierno de la causa concreta de su dimisión supuso una gravísima traición a su deber de lealtad hacia la causa de la libertad en cuyo nombre gobernaba. Ahora, la irresponsable palabra del Sr. Redondo no produce la menor inquietud por la simple razón de que su temor lo causa la imaginación de un hecho de realización imposible.

Sin necesidad de pensar en las informaciones o percepciones que tenga el Sr. Redondo sobre la situación y el momento del País Vasco, sabemos a ciencia cierta que su temor a una cosa imposible sólo ha conseguido ponerlo en ridículo.

No es posible una guerra civil entre vascos, el escenario soñado por Eta, porque necesariamente sería un conflicto bélico entre españoles.

La posibilidad teórica de una guerra entre vascos sólo es imaginable en el marco institucional de un Estado vasco independiente y separado del Estado español. Sin ese requisito previo, no supera el cero por ciento la probabilidad de un conflicto armado entre unas decenas de miles de partisanos vascos y un ejército estatal apoyado por decenas de millones de españoles.

Otra cosa muy distinta sería el peligro, más teórico que real, de que Eta transformara su organización terrorista, idónea para atentar contra personas aisladas y cosas sin potencia militar, en un cuerpo armado concebido y estructurado para emprender y mantener una guerra de guerrillas contra el ejército español en todo el territorio estatal. Un exotismo de países coloniales en vía de liberación nacional que la propia Eta tiene descartado en los tenebrosos caminos de sus sueños de Independencia.

La extravagante declaración del Sr. Redondo no por ser irrealista deja de caer en una grave imprudencia política. Al hablar de guerra civil entre vascos, y sin pensarlo ni quererlo, ha planteado una situación imaginaria donde existiría una consumada separación de los vascos en guerra respecto de los españoles en paz.

La difusión de temores infundados en un pueblo como el español, de por sí acobardado ante peligros imaginarios de enfrentamientos civiles y propenso a creer esas fantasías, produce efectos reaccionarios en los sentimientos de las masas y legitima innecesarias medidas de dureza represiva en los Gobiernos.

GESTO DIGNO DE ADMIRACIÓN

LA RAZÓN. LUNES 28 DE ENERO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Como persona, don José María Aznar ha querido distinguirse y separarse del rasgo esencial que caracteriza a la clase política en el Estado de Partidos. Y lo ha conseguido. Su decisión de no renovar su duración en el poder gubernamental, cuando su reelección sólo sería un trámite burocrático, lo pone moral y estéticamente muy por encima de las cualidades comunes de la clase de gente que lo ha elevado y de los pobres valores del pueblo al que ha gobernado con tanta facilidad y con tan poca oposición durante seis años.

La belleza moral de su gesto, que en una sociedad culta y democrática pasaría desapercibido, cobra en el corrompido espíritu público del sistema oligárquico, impuesto por la Transición, el esplendor de una verdadera hazaña ética. Sin ambición de poder y espíritu partidista le hubiera sido imposible alcanzar el Gobierno. Con sólo esa ambición personal y ese espíritu de grupo no podría ahora dejarlo. Algo hay pues en su carácter político que lo hace merecedor de admiración en la circunstancia española y de profundo respeto en cualquier caso.

Durante más de medio siglo ningún político europeo ha brindado a la crítica objetiva la oportunidad de elogiarlo. No porque se deba exigir demasiado a los gobernantes o esperar mucho de ellos, a pesar de que digan dedicarse a los demás por vocación de servicio público, pero sí porque ninguno ha dado motivos para que alguien distinto de sus partidarios, o alejado de los hábitos de adulación al poder, pueda encontrar en la clase dirigente del Estado de Partidos algo extraordinario o elevado en personalidad moral, sensibilidad cultural o mero talento de hombre de Estado. El nivel de los políticos actuales es claramente inferior al de otras profesiones que requieren el continuo concurso de la inteligencia y del sentido común para destacar en ellas.

El Sr. Aznar ha demostrado, con su anormal desprendimiento del poder directo sobre los demás y falta de apego al elevado cargo que ostenta, algo tan sabido en las conductas sociales, pero tan desconocido en las costumbres políticas, como que puede haber comportamientos públicos que dejen de estar guiados por el egoísmo de lo inmediato o confundidos con el propio interés. Lo irónico es que deba elogiarse al Presidente del Gobierno no por haberlo sido en un sistema corrompido, y no haber cometido fechorías dignas de este nombre pudiendo hacerlo como su antecesor, sino porque sin razón que le obligue quiere dejar de serlo. Se nota su justo deseo de ser incomparable con lo que le precedió. Y eso se lo merece. Pues pertenece a ese tipo de personas que se hacen dignas y grandes no por la grandeza y dignidad de sus ideales, sino por comparación con la indignidad y bajeza de sus congéneres.

La persona de Aznar, a juzgar por la soberbia decisión de no volver a ser candidato, vale más que el cargo de presidente de una oligarquía de partidos y de barones de partido. Su lealtad al sistema de poder, su falta de coraje para reformarlo como prometió, le han impedido tener grandeza como gobernante. Pero su formidable salida del Gobierno lo hará grande como persona cuando abandone también, con la presidencia de su partido, el poder de designar a los que han de gobernar.

Su familia y los amigos que no han obtenido ventajas de su poder tienen motivos para alegrarse. Tantos como para sentirse momentáneamente desolados los que se promocionan con su favor. Estos encontrarán pronto consuelo en su cortejo al sucesor. Aquellos descubrirán que el vacío dejado por la falta de ambición de cargos públicos, si no es llenado por la necesidad insaciable de honores y reconocimientos sociales, que tanto hace sufrir a los triunfadores retirados de la acción, les abrirá insospechados horizontes de enriquecimiento afectivo y conocimiento del mundo social.

FANTASÍA Y RAZÓN MODERNA

LA RAZÓN. JUEVES 31 DE ENERO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Rara vez puede gozarse en Madrid de un retazo de cultura humanista digno de este acogedor apellido renacentista. La presentación del último libro de Carlos París, editado por Alianza Editorial, propició la ocasión de vivir dos horas de exquisito regocijo espiritual en el centro de la urbe bulliciosa. Pues además de prender y prender al nutrido auditorio, lo divertía. El tema no podía ser más atractivo ni más rompedor de los valores actuales. Y los presentadores nos regalaron los oídos del alma. Don Quijote, Odiseo y Fausto ante la fantasía y la razón. Tres concepciones del mundo y tres cualificados presentadores. Esto requería atención.

Santesmases, un buen profesor de filosofía de la razón, trazó con precisión el marco intelectual que encuadraba el libro dentro de la extensa producción del autor. El Nobel Saramago, un creador de racionalidades de la imaginación, se decantó enseguida por un Alonso Quijano que tuvo que fingirse loco para que la sociedad le permitiera salir de aventuras en pos de la justicia.

París, un tallador de pensamientos salidos de la aventura con nostalgia del reposo familiar (Ulises), de la loca fantasía en busca de hazañas contra las apariencias monstruosas de la modernidad técnica (Alonso Quijano) y de la acción por la acción (Fausto).

Odiseo, cuya astucia no sobrevoló a la de un pícaro, no salió bien parado. Pobre Homero. Hasta sonó el eco de que la Odisea había sido escrita por una mujer. La ideología feminista no puede respetar los mitos machistas y patriarcales. Sean del tiempo que sean. Necesita reivindicar a Penélope y Telémaco. La anacronía de ver machismo en Ulises es un subterfugio del patriarcalismo actual. El héroe se aburre en casa. La vida cotidiana le hastía. En realidad, no necesita de la familia. Otros narradores le prepararán una muerte más acorde con su vida. Volverá a huir de la tranquilidad de su casa, hasta hundirse definitivamente en el mar.

El Quijote ganó merecidamente por goleada. Y Sancho recogió buena parte del triunfo de la utopía. Que ya no es lo irreal, sino lo difícil de realizar. Alonso Quijano se levantó contra la modernidad. Y hay más razón en su utopía que en la realidad, más sensatez en su locura que en la aparente cordura de la normalidad. No hay diferencia de naturaleza entre imaginación y fantasía. Nada importa que el arte se quede sin fuente genuina. Pues ambas potencias son productos de la razón. El mundo necesita ser poblado de Quijotes. Parecía que estaba oyendo a Giordano Bruno cuando proponía a los dioses la reforma del Olimpo.

Fausto produce cierto terror a los intelectuales. Confluyen en él tantas energías vitales, y tantos desasosiegos de la inteligencia, que es muy difícil reducirlo a la simpleza que requieren todos los mitos. Sin Mefisto está incompleto.

Le falta la inspiración. Pero un buen ensayista, Berman, ha comprendido por fin a Fausto. Ni sabio insatisfecho de la ciencia y de la magia, ni amante culpable. Solamente, desarrollista, ingeniero, constructor, expropiador de terrenos familiares en beneficio de la comunidad. Como si no le hubiera decepcionado el aparatoso sueño de ponerle diques al mar. Como si finalmente su salvación no hubiera venido de la mano de Margarita.

Pero qué refrescante y agradable velada, qué grata compañía de ideales y personas, qué encanto produce la audiencia pública de voces sinceras. Y qué formidable contraste con mis ideas y valores. Gracias, señores Santesmases, Saramago y París. Como atento oyente, lo mejor que puedo decir del insólito acto cultural que habéis desarrollado, sin ser desarrollistas, es que yo entré a escucharos después de haber leído el libro de mi querido vecino de columna y salí de vuestra charla con las ganas y el propósito de volver a leerlo.

JOAQUÍN NAVARRO

LA RAZÓN. LUNES 4 DE FEBRERO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Estamos tan habituados al tópico marxista de que las personas tienen las ideas que les presta su clase social o su profesión que, sin darnos cuenta, somos implacablemente críticos con los que desmienten esta regla. Lo mismo nos sucede con el otro tópico, de paternidad desconocida, que complementa al anterior: lo natural es que la juventud sea idealista y la madurez realista.

Cuando alguien infringe a la vez estos dos tópicos, como hace indefectiblemente Joaquín Navarro en todas sus publicaciones, entra sin remedio en la categoría de sospechoso. Siendo burgués y magistrado, sus idealistas y radicales ideas sobre la justicia tienen que obedecer a una motivación inconfesada, sea la roja colaboración con Eta, como la estupidez ha llegado a decir, o la envidia amarilla de las jerarquías estatales, como el carrerismo judicial supone. Si no fuera así, si estuviera simplemente diciendo la verdad con conocimiento de causa, todos tendríamos que sentirnos culpables de que la justicia del Poder sea el resultado de la falta de poder de la Justicia. Que es la tesis central de los razonamientos de Navarro sobre la justicia del poder, la que hay, y el poder de la justicia, el que no hay.

Su último libro, *Tiempo de ceniza, la libertad acorralada*, editado por FOCA, continuará alimentando la sospecha. Pues se trata de una obra repleta de idealismo juvenil y de radicalismo sentimental respecto de la justicia legal, en asuntos concretos de enorme interés público (terrorismo, cruzada contra el nacionalismo vasco, crímenes de opinión, encarcelamientos de entornos, actuaciones injustas del TC, CGPJ, Audiencia Nacional, Ministerio Fiscal, Garzón, menores penalizados como mayores, etc.). que el autor desmenuza y sintetiza con la alegría de su bello estilo literario, la severidad de su rigor jurídico y el humor de su cáustica ironía.

El indiscutible talento del autor se pone de manifiesto cuando crea expresiones lingüísticas de tanto calado intelectual como literario. Hablar de «fuerzas progresantes», en lugar de progresistas, supone un perfecto conocimiento y una adecuada calificación del sentido del movimiento que anima desde mayo de 1968 a los partidos de la izquierda convencional. La expresión «libertad acorralada», tan evocadora del corralito argentino, define no sólo el estrecho cerco que el poder pone a la libertad de los ciudadanos, sino el carácter chulesco de la que disfrutaban los jefes de partidos como gallitos de su propio corral. La libertad política está tan acorralada en España como las cuentas bancarias de los argentinos.

El error de los tópicos sociales que hacen sospechosas a las creencias individuales, no condicionadas por la edad, la clase o la profesión, proviene de que aplican al mundo de las ideas unas reglas generales que sólo tienen validez sociológica en el campo de los sentimientos. En realidad no hay ideas radicales. Pues si arrancan de alguna raíz, en alguna parte de la realidad social se habrán arraigado. El idealismo político, a diferencia del filosófico, no pertenece a la esfera intelectual. Cae de lleno en el ámbito exclusivo de los sentimientos, y no puede salir nunca del mundo de los valores morales y estéticos. Por eso hay tantas personas inteligentes que son auténticos imbéciles políticos. La explicación de este fenómeno universal ya la dio Schumpeter en 1942.

El Sr. Navarro no es radical por sus ideas, pero sí por sus sentimientos. Lo cual no impide que la coherencia entre su mundo intelectual y su posición política sea absoluta. Pues piensa siempre lo que siente. En alguien apasionado, esa forma de ser lo acerca con simpatía a las personas que sienten lo que piensan, pero lo distancia con antipatía de aquellos que no sienten la justicia y rechazan a los que no pueden vivir sin ella.

ESCRITORES Y ARTISTAS

LA RAZÓN. JUEVES 7 DE FEBRERO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

No siempre ha sucedido como ahora. No se trata sólo del proceso degenerativo de los valores que engendra la competencia empresarial por el lucro. El lenguaje repetitivo de la prensa y la inanidad del discurso público son una y la misma cosa. La noticia suplanta a la reflexión. Y es un hecho característico de nuestra época que el manoseo de palabras sustantivas, adecuadas en su origen a otras situaciones y experiencias, su repetición en tiempos donde nada significan, las ha terminado por convertir en tumbas de las ideas nobles y de las cosas bellas. No hay crisis autónoma de la novela, el teatro o la poesía, como inútilmente se discute en espacios selectos, entre editores, escritores y críticos. Eso no deja de ser un trámite requerido por el sistema para dar apariencias de libertad a su simulacro, y un síntoma menor de la ausencia de valores originales que trae consigo la falta de ideales estéticos y morales en la vida social. La belleza y la sinceridad están reprimidas en el mercado del arte y del pensamiento. La originalidad es una ofensa al pensamiento único y a los cánones mercantiles de la producción artística o intelectual. Entre miles y miles de artículos de opinión, en las sucesivas oleadas de ensayos y libros de éxito comercial, ni el azar permite que se deslice algo interesante para la liberación de la mente personal, o que sea vital para el enriquecimiento cultural de la sociedad. La ecuanimidad de esta afirmación puede ser confirmada en la intimidad de las conciencias sensibles.

Basta con que cada uno responda con sinceridad a la cuestión de si algo de lo que ha leído lo conmovió hasta el punto de no poderlo olvidar en su corazón, o mereció ser incorporado al equipaje de las ideas sobre las que basa su actitud vital hacia sí mismo o los demás. Lo que no es digno de recuerdo tampoco lo es de ser experimentado.

Los escritores creen saberlo todo y no leen. Los lectores no dudan de nada y escriben. En el espacio de la noticia tremenda, el chisme sorprendente y el entretenimiento vulgar no hay lugar para la creación de lo valioso. Entre tantas experiencias insípidas como puede fantasear la infancia, los escritores se apasionan con las que creen haber vivido con intensidad. Y sin experiencia de la sociedad ni del mundo, las cuentan a los demás, no porque sean interesantes para los que no las vivieron, sino porque son las suyas. Y lo que sólo se tolera en las memorias de un genio llega a ser el estilo intimista de la literatura de la impotencia. Varias generaciones culturales han sido agostadas y resecaadas por acontecimientos políticos que segaron la libertad. Y en el silencio sepulcral donde yacen enterradas no florecen siquiera las flores violáceas del recuerdo.

La dictadura y el consenso, mismos enemigos mortales de la diversidad, que es la fuente germinal de la creación genuina, las mataron. Pero no las enterraron. La función de sepultureros la confiaron a la popularización de la palabra muerta de gentes incapaces de llenar hasta los vacíos de sus propios anhelos. Nadie puede ser enterrador de lo que promete refinamiento intelectual, excelencia estética o elevación moral, si antes no ha enterrado su alma en la palabra aduladora de las potencias materiales. Afortunadas las generaciones que despertaron a la vida de la razón y del arte por la vitalidad de las palabras que oyeron, las lecturas de que dispusieron y el aire cultural que respiraron. Esto no quiere decir que todo en ellas fuera favorable a lo excelente.

Los poderes del Estado y del dinero siempre han impuesto lo mediocre. Pero son dichosas las sociedades donde las fórmulas convencionales de sus falsos cantores permiten al menos vislumbrar con esperanza los majestuosos ideales que alguna vez las realizaron. Cosa imposible si la mediocridad cree que lo superior está en ella.

ODIAR LA HISTORIA

LA RAZÓN. LUNES 11 DE FEBRERO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

La ignorancia del pasado permuta el odio que pudieron sentir entre sí los españoles de otros tiempos por el odio a las lecciones que ese pasado podría darnos. Para hacernos creer que esta Monarquía no deriva del franquismo, la transición clausuró a cal y canto las escuelas de historia y abrió de par en par la oficina de las identidades nacionales. Todo apátrida sueña con un carnet de identidad. Y la transición de los apátridas de la dictadura a los patriotas de la Monarquía de Franco los repartió a barullo. Cada región, como riqueza recién adquirida en busca de hidalguía familiar, tuvo que fantasear su historia particular y llenarla de pendones contra el de Castilla.

España, un barbecho histórico de barbarie y llanto que de repente se hizo de mal gusto recordar, conquista su novísima identidad con una carta constitucional otorgada por poderes sin pasado a ciudadanos huérfanos de memoria y familia. Y como en conciencia infantil sin pretérito, nace sin historia ni futuro la maravilla alemana del patriotismo constitucional. Hasta la Rioja viene a esta Nueva España con el pan autonómico bajo el brazo de su nueva identidad.

Ya nada deriva de lo anterior. Ni las fortunas, ni los poderes, ni los credos, ni los amores, ni las amistades, ni la sabiduría de la vida, ni la literatura, ni la inteligencia, ni los sentimientos, ni la educación, ni la experiencia. Como si fueran creaciones ex nihilo, las naciones se hacen y construyen a voluntad. Y en aquel barbecho de parideras y cementerios para españoles que había sido España durante cinco siglos, florecen en una fría mañana de consenso monárquico dieciséis territorios oligárquicos y dieciséis ideas de la nación como proyectos de la voluntad de poder.

La perspectiva histórica deja de interesar cuando la experiencia del presente es completa como en niño feliz. Pues la mente no discrimina las fases antecedentes de una acción en la que compromete su vida con el entusiasmo de la ignorancia. La historia es su enemiga, en el mismo sentido en que los jueces lo son de los criminales. Y las nacionalidades se sublevan contra la prevaricación de los historiadores eruditos. Si no pueden suprimir la asignatura, la sustituyen con textos y clases de leyendas mitológicas. Mientras los antiguos profesores, acobardados y amenazados por las fantasías de los nuevos, cambian la objetividad en la narración de los hechos históricos por la neutralidad ante su valor como experiencia. En el mejor de los casos, consiguen estudiar y enseñar el pasado como un objeto muerto, como una ruina que aún humea en algún rescoldo paisano, en lugar de verlo vivo y exigente como autoridad cultural y como lección de la vida.

En el entendimiento de nuestros padres, la vida nacional del mundo estaba determinada por la historia. Los actores cambiaban. Sus obras permanecían. Los sistemas políticos se sucedían. La nación quedaba. Las ideas, las personas y las sociedades mudaban. Pero el territorio, la población y el Estado conservaban su identidad nacional. Eran menos estudiosos de las derivaciones recientes de donde procedían porque eran más conscientes de las identidades históricas donde se anclaban.

Las protestas contra la reforma de la enseñanza son, cuando menos, oscuras. Todo proyecto de cambio, dada la naturaleza incierta de la educación, siempre será mejorable. Y este Gobierno no ha dado pruebas de tener una calidad humanista que pueda equipararse a la de su empeño en liberalizar y ampliar los mercados económicos, y en reducir el de las mercaderías políticas al solo comercio o consenso entre los dos partidos centrales. El proyecto pretende uniformar la enseñanza de historia. Decente propósito que servirá de poco si el pasado sigue enseñándose como objeto muerto sin relación al presente y no como lección que la vida no puede olvidar sin perderse.

IGUALDAD EN LA IGNORANCIA

LA RAZÓN. JUEVES 14 DE FEBRERO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Las manifestaciones de estudiantes contra el rigor educativo son apoyadas por sus maestros. Como indigentes mendigos mentales en huelga de adelgazamiento cultural, no encuentran justo que la elevación del nivel educativo deje en la cuneta a los menos favorecidos por la evolución natural en la lucha por la existencia. La política debe corregir las injusticias derivadas de las desigualdades individuales surgidas dentro de una misma y sola especie humana, sin la menor culpa de los enclenques, feos o zotes. Si la naturaleza crea diferencias crueles en fuerza, belleza y habilidad, una sociedad de civilización avanzada, como la conseguida con la transición española, tiene el deber de suprimirlas o, al menos, de emborronar sus perfiles sociales para que no sean motivo de discriminación. De no hacerlo así, el sistema caería en el darwinismo social.

En cuanto al aprendizaje de la habilidad intelectual, la revoluciones de la igualdad fracasaron porque no vieron donde estaba la verdadera fuente de la injusticia. Una, la francesa, la creyó encontrar en la desigualdad de derechos y la combatió con la igualdad de oportunidades. No se dio cuenta de que eso era una utopía si no estaba acompañada por la igualdad de condiciones familiares y de resultados académicos. La otra, la soviética, vio el manantial de la injusticia en la desigualdad económica y lo cegó haciendo a todos igualmente pobres e igualmente técnicos. Lo primero era inaceptable, lo segundo admirable y digno de imitación.

Menos mal que la sabia transición consiguió la igualdad de competencias intelectuales mediante una Constitución que garantiza el derecho de todos a la educación con una programación general de la enseñanza y la participación de los sectores afectados, especialmente padres y estudiantes. Si como principales afectados, se oponen ahora a la revalidación del bachiller (que sólo es una simple corona de laurel según lo aprendido en su excelente programa de educación humanista) tienen de su parte toda la razón constitucional. Y hacen lo que deben oponiéndose a la perversión de un gobierno que, bajo el pretexto de elevar los niveles de enseñanza, pretende nada menos que retrotraernos a la discriminación franquista entre buenos y malos estudiantes. Una discriminación que la democracia no puede ni debe tolerar.

Se podría atribuir al espíritu de la demagogia, que se encarna indefectiblemente en el cuerpo social cuando no hay democracia, la sublevación de enseñantes y enseñados contra una reforma educativa que les obligaría a unos y a otros, a sacrificar una hora diaria de su sagrado ocio a fin de aprender cosas que no son necesarias para saber corromperse, ganar rápidamente dinero, o hacerse famoso. Los únicos méritos que nuestra democracia avanzada ha consagrado desde su origen y de verdad valora.

Pero no debemos caer en la tentación de llamar demagogos a los animadores de la protesta por el hecho de que sean coherentes con la orientación política de la transición. Han dado a los estudiantes las apariencias de que tienen lo que les falta, planes serios de estudio y profesores competentes; y exageran la falta de lo que no tienen de sobra, medios y oportunidad de evitar el fracaso escolar. La igualdad no rige en el camino sino en la meta. Si no se garantiza la igualdad de resultados académicos, la enseñanza será discriminatoria y no democrática.

Todos los estudiantes tienen derecho, por su sola condición de serlo, a acceder a los centros de enseñanza superior sin sufrir la vejación de un examen selectivo. Los gobiernos olvidan que por ser estudiantes no dejan de ser personas merecedoras de un trato digno. Y no serán tan dignos como los nacionalistas, por ejemplo, hasta que una reforma o una lectura progresista de la Constitución les permita instruirse bajo un sistema de autogobierno de iguales en ignorancia.

MIEDO A ETA

LA RAZÓN. LUNES 18 DE FEBRERO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

La convocatoria del presidente Ibarreche a los partidos para tratar de los efectos del miedo en las elecciones municipales vascas es un hecho sin antecedentes y a todas luces extraordinario. Tiene lugar a la vez que la clase parlamentaria se dota de una renta vitalicia por la peligrosidad de su profesión. Los jueces, periodistas y profesores de historia deberían seguir allí esta heroica decisión de la clase política vasca. Pero, aunque sea mayor, mejor definido y más extendido, el temor a la situación no es sentimiento exclusivo de los profesionales de la política en el País Vasco, ni ha sido nunca un impedimento obstativo a la validez de las elecciones celebradas.

La novedad no debe estar pues en el miedo, sino en la naturaleza subalterna o adjetiva de la causa del mismo. La clase política se forma y se mantiene por miedos sustantivos que proceden de la imaginación o de la razón. Su origen se sitúa en los perpetuos representantes que se constituyeron como clase política, después de Robespierre, por miedo a la Revolución. Pero esta convocatoria del Gobierno Vasco obedece a motivos extraños a la imaginación, puesto que no se trata de combatir un miedo imaginario, y también ajenos a la razón, puesto que pretende suprimir el factor de cohesión de la categoría transitoria y subordinada del poder municipal y de la clase permanente y principal del poder parlamentario.

Ciertamente, el miedo anula o restringe la libertad de la voluntad individual en las decisiones colectivas de tipo político. El consentimiento no es libre bajo la amenaza de Eta. Pero no es menos cierto que, sin miedo a motivaciones reales o imaginarias de temor, las elecciones perderían su sentido anestesiador en los momentos de tensión social y su razón de administrar por turnos la inevitable corrupción del Estado de los partidos. En concreto, sin temor a Eta no habría consenso político ni motivos de convergencia del PNV con el PP y el PSOE. Esta convocatoria del miedo, si tuviera éxito, aislaría definitivamente al nacionalismo vasco de las demás fuerzas políticas.

Bastaron las elecciones francesas que eligieron a Pompidou para que se disolviera, como azucarillo en vaso de agua tibia, el incontenible movimiento de protesta del 68 que acabó con el gigante De Gaulle. Serían suficientes unas elecciones en Argentina para que el neoperonismo volviera a ser el sedante de la situación explosiva que hoy define su panorama. En España, tan pronto como se pudo votar sin miedo real a la dictadura, apareció el miedo imaginario a la guerra civil primero y a la vuelta de la dictadura después. Y estos miedos fantásticos no fueron espontáneos.

La clase política emergente supo orquestar, contra el ascenso de la libertad, un estruendoso ruido de sables en las elecciones posconstitucionales, así como la dimisión posterior del presidente elegido para que la Transición no fuera un paréntesis entre dos dictaduras. Luego se dio la mayoría al Partido socialista por miedo a que se consolidara la intentona del 23 F. Sin temor al permanente clima de escándalos de corrupción del Gobierno de Felipe González, que puso en serio peligro el sistema financiero, Aznar no habría llegado a la Presidencia del Gobierno. Se vota contra lo que se teme y no a lo que se ama. El miedo a Eta estabiliza el sistema de partidos y hace olvidar que no hay democracia política.

Mucho más que la esperanza, el temor a lo nuevo que promete asomarse y a lo viejo que amenaza con reproducirse siempre ha sido la emoción dominante que conglomeraba las inclinaciones personales hacia las preferencias políticas colectivas de orden conservador. Lo menos malo es el supremo bien al que aspiran los pueblos. Y, desde luego, el sistema de partidos estatales, aunque sea antidemocrático, es menos malo que el de partido único.

A PROPÓSITO DEL VELO

LA RAZÓN. JUEVES 21 DE FEBRERO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

No suelo escribir sobre esos tantos asuntos anecdóticos o superfluos que, como si en ellos le fuera la vida o una parte sustancial de su ser, apasionan a la gente y son debatidos en los medios de comunicación. La única justificación que tendría ocuparse de ellos no proviene de la naturaleza intrascendente de un caso singularmente llamativo, sino de las oscuras motivaciones que le dan notoriedad y trascendencia ante la opinión pública. Si el gobierno, los partidos y el defensor del pueblo se creen obligados a pronunciarse, para prohibirlo o permitirlo, sobre el hecho de que una niña marroquí acuda al colegio con un pañuelo en la cabeza, debemos estar viviendo en una sociedad sin conflictos serios y en el mejor de los mundos posibles. Lo ridículo del asunto supera el patetismo con que se opina.

Como si fuera el pañuelo de Desdemona, aquí se discute sobre el chador de esa colegiala situando el caso en la antesala del crimen. Ni se tiene en cuenta el origen religioso de esa costumbre ni se respeta la libertad de quienes, en un país extranjero, desean seguir vistiendo de acuerdo con sus tradiciones, sin ofender el pudor de nadie. Los filósofos deberían saber que la experiencia confirma aquella famosa máxima de Bacon: un poco de filosofía inclina el espíritu del hombre hacia el ateísmo, y la profundidad filosófica trae de nuevo su espíritu a la religión.

Aunque la hondura de mi pensamiento no haya sido bastante para sacarme del ateísmo, siempre comprendí el sentido admirable de dos fenómenos universales: que el sentimiento religioso de la vida era, junto al que despierta el arte de la belleza, una de las dimensiones esenciales de la humanidad; y que las sociedades profesan distintas religiones por accidentes históricos tan profundos como los que motivan las diferencias en los idiomas que hablan. Tener otro mundo en que vivir sin los sinsabores y tragedias de la realidad social es tener una religión o un arte.

Respetemos el derecho de los inmigrantes a tener, en suelo extraño, el consuelo de su religión. No les pidamos racionalidades o indiscriminaciones que el catolicismo, como cualquier otra religión, tampoco puede ofrecer. Las religiones son muchas, la razón solamente una. Y no es precisamente razón lo que el sistema educativo español puede comunicar a nadie. ¿Acaso se ha olvidado que hasta ayer la mujer católica no podía entrar en una Iglesia sin un velo? ¿O la separación de sexos en la educación escolar?

Una familia árabe ha buscado su vida laboral entre nosotros. Se enfrenta a dificultades extraordinarias. Además de encontrar trabajo estable, ha de aprender nuestro idioma y nuestra escala de valores sociales. ¿En nombre de qué principio de razón podemos obligarla a que renuncie al conjunto mágico de sentimientos y preceptos ideales que constituyen su otro mundo de veracidad simbólica?

El pañuelo en la cabeza femenina es un signo de espiritualidad que discrimina mucho menos que las pelucas o peinados insólitos de esas jóvenes estafalarias que asisten a los centros escolares con atuendos de identidad sectaria o agresivos uniformes de provocación. ¿Se atrevería el gobierno a prohibirles la entrada con esa facha o a obligarlas a vestir con discreción?

El feminismo, una poderosa corriente democrática cuando iguala el trato social, jurídico y político del hombre y la mujer, se convierte en una falacia cuando pretende convertirse en intérprete exclusivo de los derechos al aborto, la protección de la infancia, la no violencia doméstica o acoso sexual y la igualdad entre mujeres. Ningún principio democrático legitima que en nombre de la igualdad se obligue a esta niña árabe a retirar de su cabeza el pañuelo que la identifica como musulmana, ni a excluirla por ese motivo de ningún centro escolar.

GOBIERNO SECRETO DEL MUNDO

LA RAZÓN. LUNES 4 DE MARZO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

La noticia revelada por el Washington Post y confirmada por el propio presidente Bush nos da cuenta de la existencia de un gobierno secreto del mundo. Aunque está planeado para el caso de una emergencia catastrófica, se sabe que en la vida política, como en la evolución de las especies, el órgano crea su función específica. Y, en lugar de adaptarse al medio, propicia la nueva situación donde desplegar su eficacia. Este inaudito acontecimiento supone una novedad histórica tan fantástica y fabulosa, pues parece una fábula de política ficción, como verosímil y realista, porque surge de la realidad de una nueva pasión colectiva de poder absoluto sobre la humanidad, si alguna parte ínfima de la misma pone en riesgo la tranquilidad de su parte más poderosa.

Hablo pues de la virtualidad, y no de la actualidad, de este gobierno secreto del mundo. La globalización ha encontrado en él su tipo ideal de mando mundial. Hace tiempo que los hombres añoran el poder secreto y absoluto de que disfrutó el Dios de Israel en un lejano pasado. La Biblia anglicana asume la interpretación de las constituciones de los Estados. Bush oficia de sumo sacerdote de la muerte. Blair orquesta la ceremonia fúnebre. Y el acólito católico preside el responso europeo. La política sustituye a la teología cuando el reino de lo visible pasa a ser gobernado por el imperio de lo invisible.

Por primera vez desde el Imperio Romano vuelve a ser posible un Gobierno real del mundo. Y como todas las primeras formas de dominación política, el esbozo de este designio imperial estadounidense, inspirado en la reacción instintiva ante lo desconocido, que constituyó el pánico del 11 de setiembre, se está dibujando con los groseros trazos, la composición azarosa y las alargadas sombras del poder absoluto de lo secreto.

Su origen irracional explica la animalidad del diseño y el desprecio de las formas educadas que la civilización parecía dictar al imperio de los sentidos elementales. Contra el terror fundamentalista de una religión de fanatismo oriental, que gira en torno a la idea de justicia entre naciones, triunfa en todas partes la reacción elementalista de una religión de fanatismo occidental, que suspira por un retorno al orden global de la cristiandad. Entramos moralmente en una moderna Edad Media.

En nombre de la seguridad nacional, amenazada por un enemigo invisible capaz de causar daños vindicativos, pero absolutamente incapaz de derrotar a ningún sistema de vida ni a ningún régimen político, el gobierno de la libertad ha sido virtualmente sustituido, en Estados Unidos, por la libertad de gobierno; la democracia por la dictadura; la representatividad por la tiranía; las motivaciones públicas del poder por el poder de las motivaciones secretas; la división de poderes públicos por el bloque sin fisuras de un sindicato secreto de funcionarios estatales. A un enemigo invisible repartido por el mundo, Estados Unidos responde con planes de guerras aterrorizadoras de pueblos y países perdidos en el mapamundi occidental, para acercarnos a la situación catastrófica que legitimaría la entrada en acción de este gobierno invisible del mundo por un centenar de anónimos funcionarios.

Que nadie se deje engañar por las palabras. Un gobierno secreto no es un gobierno en la sombra a la espera de pasar a luz con el triunfo electoral de la oposición parlamentaria, ni un gobierno fantasma sin cuerpo nacional en el que operar, como los que se forman en el exilio. Tampoco es un gobierno dormido al que sólo pueda despertar el estruendo de un beso nuclear a la Casa Blanca. Este gobierno secreto trabaja noche y día, sin el reposo del guerrero, a fin de respaldar al Poder público de los Estados Unidos en la continuidad de su gobierno antidemocrático del mundo, sin temor al vacío de poder que podría ocasionar la reacción malhumorada del mundo.

EUROPA ANTE PALESTINA

LA RAZÓN. JUEVES 18 DE ABRIL DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

En materia de política internacional, las palabras de la Unión Europea valen tanto como ladridos de perro doméstico en la noche. Cualquier rumor los agita, la proximidad del ruido los asusta, la acción les repele y la voz de su amo los calma. Los dos portavoces españoles de la nueva Europa, falderillos de la impotencia, hablan para oírse a sí mismos y hacerse la ilusión de que son escuchados.

Uno de ellos, el permanente, siempre consigue que su meliflua voz, tan inconsistente y ladina como su incansable soba, provoque en el que la oyó dos veces el arrepentimiento propio de los empachos vomitivos. Lo sé por desagradable experiencia. Tratándose de Solana, lo único que puede ser saludable para la propia dignidad es no volver a saludarlo. Sharon, que lo ha calado, ya ni siquiera le abre la puerta.

El otro portavoz español de la Unión Europea, el transitorio semestral, aún no se ha enterado de la liviandad de la voz que porta. Jadeante y espaciosa como la de una anciana asmática, la chasqueante palabra de Europa, detenida en cada rellano de la historia, no es el comienzo de la acción, ni el sonido final de la reflexión, sino la solemne oquedad donde resonarán con repetición insoslayable los ecos del septembrino sermón estadounidense.

Esa inusual pareja de inválidos de la paz, pereza del discurso sabido apoyada en el vicio de mentir de los secundones, viajó a Tel Aviv, sin ser invitada, y se arrastró a los pies de Sharon, para que éste le permitiera visitar y abrazar al tradicional amigo de la convivencia palestina con Israel, el admirado Premio Nobel de la Paz, Arafat. Retornó con las puertas en las narices, las orejas gachas y el cabello en copete.

Como era de esperar, en lugar de considerarse humillados, sus mandantes suspendieron las amenazas de sanción contra el nuevo enemigo de la humanidad, el hitleriano pueblo de Israel que apoya abrumadoramente a su gobierno, y decidieron respaldar la gestión del potente aliado de Sharon, sea cual sea el sentido de la misma. Es decir, apoyo incondicional de la UE a la estrategia de Estados Unidos en la zona.

El secretario del Departamento de Estado, Colin Powell, ridiculiza a la antidiplomática pareja española al declararse dispuesto a convocar una conferencia de la paz en Palestina sin la presencia en ella del pacifista Arafat, como viene pidiendo desde hace tiempo el belicista Sharon. Y el pausado presidente del Consejo de Ministros de la UE, Sr. Piqué, sin enterarse todavía de lo poco que vale el peine de Europa, se atusa el tupé para advertir al Jefe del Gobierno israelí de que si «sólo quiere reunirse con quienes le dan la razón, se va a quedar sin interlocutores muy pronto».

Cuando el ridículo sobrepasa los niveles de lo grotesco suele disimular ante los demás la falta de inteligencia que lo causa. La actuación de Piqué ante la crisis Palestina no puede haber sido más torpe ni menos digna. Por la dignidad de lo que representa no podía visitar Israel sin asegurarse antes del trato que recibiría. Y por la inteligencia de la función que desempeña no debe ahora poner chinitas en el único sendero por donde se vislumbra el fin de la actual tragedia palestina.

En realidad, creo que ni siquiera es consciente de la gravísima falta de diplomacia y de las nefastas consecuencias que su última declaración entraña para la posibilidad de celebrar en Madrid una segunda conferencia de la paz. Si dice que Sharon sólo se reúne con quien le da la razón, está diciendo que Powell se la da y Europa se la quita. Lo que da pie a que un ministro libanés pregunte a los gobiernos árabes por el sentido que tendría una conferencia sin Arafat y sin Europa. ¿En España?

NADA IMPORTA, POCO IMPORTA

LA RAZÓN. LUNES 22 DE ABRIL DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Nada importa ni significa para la libertad política, la de esa muchedumbre de personas acicaladas por el decoro de la civilización europea, que no percibe los sedimentos de negrura con que el miedo a la verdad ha embadurnado el motor de sus oscuros pensamientos y cegado las fuentes de generosidad en sus sentimientos. Nada importa ni significa para la libertad colectiva, la de esos esclavos convencidos de que lo son y la de esos amos asegurados de que deben seguir siéndolo. Nada importa ni significa para la libertad ajena, la de esas mentes funcionariales o esas voluntades eclesiásticas, militares y sindicales del Estado de partidos. Nada importa ni significa para la libertad de los demás, las de procurarse riqueza, fama o poder, si no emanan del convencimiento social de la utilidad general de la liberación interna o del amor inteligente a las libertades externas.

Poco importan los conocimientos aprendidos de la cultura superior si ésta no preside y anima la confianza instintiva en la superioridad moral de la libertad para lo socialmente inferior, en tanto que está dominado. Poco importan los peligros de la libertad para quienes saben lo que ésta significa y, precisamente por eso, la necesitan.

Poco importan las consecuencias de la seguridad institucional derivada de una libertad sin fronteras en las ideas y con límites de respeto a la libertad ajena en las acciones. Poco importa el precio de la libertad cuando ésta no ha sido otorgada.

Nada importa ni significa la libertad de expresión cuando no hay libertad de pensamiento. Nada importa ni significa la libertad de asociación de las mayorías sociales si las minorías, por pequeñas que sean, carecen de ella. Nada importa ni significa la libertad de representación política cuando no hay libertad de presentación. Nada importa ni significa la libertad de cátedra sin libertad cultural o científica en los catedráticos. Nada importa ni significa la libertad para los amigos de la democracia si no la tienen sus enemigos. Nada importa ni significa la libertad política teórica donde en la práctica domina el consenso.

Poco importa el derecho para todos cuando se legislan privilegios positivos o negativos para pocos. Poco importa la generalidad externa de las normas si obedecen a criterios de excepcionalidad interna en los requisitos objetivos de su aplicación. Poco importan las leyes si comportan efectos retroactivos. Poco importa la jurisprudencia si sus innovaciones no provienen de antecedentes ejemplares. Poco importan jueces y fiscales decentes sin son funcionarios de poderes indecentes. Poco importa el Estado de derecho cuando los que hacen las leyes son los mismos que las interpretan y aplican. Poco importa la seguridad jurídica si está fundada en la discriminación legislativa.

Nada importa ni significa la unanimidad en los medios de comunicación y en las empresas editoriales si la libertad de disentir está reprimida en las leyes o en las costumbres culturales.

Nada importa ni significa la unanimidad en los partidos parlamentarios si están financiados por el Estado y funcionan en régimen constitucional de oligopolio. Nada importa ni significa la intelectualidad de pensadores y artistas si su prestigio social brota de la adulación a los poderosos y del silencio ante sus fechorías.

El jurista Gerhard Leibholz, defensor de la representatividad electoral antes de Hitler y de la no representatividad de los partidos estatales después, redactó las sentencias condenatorias de los partidos nazi (1952) y comunista (1956). Ni aquella Alemania abochornada de su pasado se atrevió a promulgar una ley para prohibirlos.

La deslegalización del partido Batasuna –barbarie política, monstruosidad jurídica y torpeza táctica– nada o poco importa a este antidemocrático y cínico régimen de poder.

LO VERGONZOSO DE FRANCIA

LA RAZÓN. JUEVES 25 DE ABRIL DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Más de la mitad de mi biblioteca está ocupada por libros franceses. Durante el franquismo sólo leía «Le Monde». Mi segunda residencia era París. Pero mi visión de los fenómenos producidos por la ambición de poder está tan alejada de la cultura política francesa como de la española. Ninguna de ellas ha forjado mi pensamiento ni mi acción política por la democracia representativa.

La historia moderna de Francia me ha narrado el grandioso fracaso de la cultura en la determinación de la «fórmula política». La de España, el arrollador triunfo de la ignorancia.

En la frustrada Revolución francesa aprendí a leer el sentido real de los acontecimientos. El siglo XIX francés me enseñó el absurdo contrasentido de los imperios republicanos, las restauraciones monárquicas y las utopías anarquistas o socialistas. Dreyfus y los dos «défaitismes» del XX me ilustraron sobre la miseria del parlamentarismo como forma de gobierno. Mayo del 68 patentizó la obligación de los partidos de izquierda de traicionar, por supervivencia, a los ideales que profesan. La comedia es género francés por excelencia.

En Francia nunca prosperó la libertad ni la democracia. Aquélla fue una conquista inglesa y ésta un producto institucional que encontraron, sin buscarlo, los fundadores del federalismo en EE UU. Admiré a De Gaulle, primeramente porque él sólo dio a Francia el valor de la resistencia, y luego porque buscó la separación de poderes, aunque su idea de la necesidad de un poder arbitral por encima de la mëlé, tomada de Benjamín Constant, lo metió en la contradicción de la semidemocrática V República.

Con estos antecedentes, nadie podrá pensar que deseo humillar a Francia si afirmo que la escasa ascensión de Le Pen constituye un hecho normal, típicamente francés, tan repetido en la vacilante historia de ese país (Boulangier, Déroulède, Vichy, Poujade) como las subidas y bajadas de las mareas liberales o socialistas. Lo que ahora pasa no es que suba el fascismo, sino que baja el socialismo convencional y desaparece el comunismo parlamentario.

Lo vergonzoso para Francia no está en Le Pen, una reacción ante peligros inexistentes, sino en la egoísta mezquindad de los partidos de gobierno que lo han creado. Lo vergonzoso es que Mitterrand cambiara la ley electoral para dar cancha a la extrema derecha, a fin de perpetuar en el poder al partido socialista. Lo vergonzoso es que Mitterrand decretara una amnistía para los delitos de corrupción política. Lo vergonzoso es que los medios de comunicación controlados por socialistas hicieran la cama de Le Pen. Lo vergonzoso es que toda la izquierda pida ahora votar a un derechista sospechoso de corrupción, cuando no hay la menor posibilidad de que gane Le Pen en la segunda vuelta. Eso es indecente.

En todo país europeo, el cuerpo gobernado se divide en tres tercios. En mis libros he precisado los fundamentos sociales y psicológicos de esta teoría. Un tercio activo, apoya y vive del Régimen, sea el que sea. Un tercio pasivo, lo soporta y lo vota, si no tiene la oportunidad de mostrar su preferencia por otro. Y un tercio reactivo, se opone mediante la abstención. Las masas integradas en cada uno cambian según sea dictatorial o liberal la naturaleza del Régimen, pero la división en tres tercios permanece. No hay experiencia de lo que pasaría en una democracia.

Cuando el sistema oligárquico de partidos divide a la derecha y a la izquierda, sucede lo que ahora en Francia. La inteligencia y la decencia se refugian en el tercio de la abstención. El oportunismo y el convencionalismo se unen en el tercio que sostiene a los dos partidos de gobierno. Y los ideales de autoridad en un orden tradicional perdido o en un nuevo orden de justicia soñada votan a la extrema derecha o a la extrema izquierda.

NADA SE COMPRENDE

LA RAZÓN. JUEVES 9 DE MAYO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Todo lo que se oye o se lee sobre la realidad política y cultural es falso o superficial. Desgraciadamente no es una exageración de amargado ni una petulancia de sabihondo. La generación de nuestros padres sabía pocas cosas de un mundo al que, sin embargo, comprendía. Hoy no hace falta comprender uno mismo todo para percibir que nadie comprende nada. Con ideas obtusas, valores chatos y palabras inauténticas, como moneda corriente de la comunicación social, nada se puede comprender. Y, no obstante, con ideas, valores y palabras genuinas todo es comprensible, no tanto por las causas particulares de cada sector descompuesto, sino por la particularidad de la causa común que los descompone a todos.

Hace un cuarto de siglo que descubrí esta causa en una gravísima contradicción de los valores vigentes en la actual civilización europea. Una contradicción distinta, pero heredera, de la que definió al siglo XIX. Una contradicción tan evidente que todos la verían enseguida si los medios de comunicación y los intelectuales tuvieran algún día el coraje, la decencia o la necesidad de reconocerla por su propio interés. En esta contradicción está el origen de todas las demagogias, todas las corrupciones y todas las crisis políticas. Y mientras que esta contradicción no se supere con sinceridad y talento institucional, continuará agravándose el malestar cultural de Europa.

Nadie comprende lo que ha pasado en Francia, la campaña antijudía en nuestros medios informativos, lo que sucede en Argentina, el incremento de la violencia doméstica, el separatismo de los nacionalistas vascos, el éxito de la operación triunfo o de las crónicas marcianas, la extensión de la corrupción, el bajo nivel de la enseñanza, la postergación de la inteligencia europea, la grave crisis del arte, la proliferación de sectas religiosas, la pérdida de la necesidad de lealtad al propio pasado, la degeneración del lenguaje.

Tampoco se comprenden las paradojas de que el consumo de drogas aumente cuando disminuye el paro; que la economía mejora cuando la política empeora; que el sentido de los acontecimientos grandes o pequeños en el mundo sea más desconocido cuanto mayor sea la información que nos dan de ellos. Las interpretaciones de cada una de las paradojas contradicen las de las otras.

La incompreensión universal, iniciada en las rebeliones del 68 y consumada con el final de la Guerra Fría, se ha constituido en hábito mental de los intelectuales. Los premios Nobel desbarran cuando opinan. En ninguna parte florece un esbozo de síntesis inteligente. Y en todas partes, la falta de luces en la inteligencia y de entereza en las voluntades se suple con los frutos emergentes del pozo negro de las ambiciones sin ideales y del miedo sin motivo, es decir, el consenso y el reparto.

La complejidad de las sociedades modernas hace difícil, pero no imposible, que se pueda comprender la razón de las cosas que pasan en ellas. Sobre todo de las que obedecen a sentimientos colectivos. Hasta tal punto ha llegado a ser ficticia la conciencia social en materias emotivas, como la política, el arte, los delitos y la inmigración, que los intelectuales en temas humanísticos comprenden mejor la relación con la realidad de las ciencias físicas o biológicas que la de sus propias asignaturas.

La contradicción del siglo XX europeo, adorar el principio de igualdad (democracia social) y odiar el principio representativo (democracia política), consagrados ambos en la apoteosis oligárquica del Estado de partidos, ha determinado de manera casi mecánica que la ética dejara de ser una disciplina, la moral una costumbre, la división derecha-izquierda un significado. La Administración ha sustituido a la política, el consenso a la representación y la violencia de grupo al fascismo social.

LEYES DE PARTIDO

LA RAZÓN. LUNES 13 DE MAYO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Después de un cuarto de siglo haciendo leyes para regular la vida de los españoles, los partidos caen en la cuenta de que ellos mismos no tienen ley propia. Han legislado para los demás desde la óptica de partido, pero no para sí mismos. Salvo los textos clásicos de derecho privado, todas las leyes en vigor son leyes de partido. La Constitución también, pues no hubo fase de libertad constituyente. El automandato a los partidos de que se doten de un régimen democrático, además de ser absurdo en asociaciones voluntarias, se estrella como pura utopía contra la ley de bronce que oligarquiza a todas las organizaciones de masas.

En teoría, la potestad legislativa pertenece al Parlamento. En la práctica, a la media docena de dirigentes de partido que lo rellenan con diputados de listas de partido. El partido en el gobierno, en tanto que cautivador de los intereses sociales en juego, tiene la iniciativa de las leyes; en tanto que animador de la mayoría parlamentaria, las hace; en tanto que responsable de su aplicabilidad, las reglamenta: en tanto que titular del poder ejecutivo, las aplica; y en tanto que promotor del poder judicial, las interpreta. Estado de derecho en circuito cerrado.

A este sistema constitucional, fundador del Estado de partidos, todo el mundo le llama democracia, para distinguirlo de la dictadura del Estado de un partido, al que sucedió. La propuesta científica de nominarlo por su verdadera naturaleza política, «oligarquía de partidos estatales», no es aceptada por los intelectuales ni por los medios informativos. Pero la nominación de las cosas sociales, cuando no es la adecuada a su estructura real, destruye la simpatía con el nombre sustantivo al predicarle los denigrantes atributos de la realidad designada.

De este modo, la corrupción económica y la degeneración cultural que necesariamente producen todos los sistemas oligárquicos, sólo pueden ser tratadas, al modo de las víctimas civiles en las «guerras justas», como si fueran meros efectos colaterales o indeseables de la democracia. Es decir, algo inevitable y sin alternativa, un mal menor intrínseco al bien mayor de la libertad.

Pero lo peor del sistema no está en el hecho de que sea oligárquico, pues eso deriva de una coyuntura constitucional de guerra fría que quedó obsoleta, sino en el derecho adquirido por la sociedad europea que sucumbió ante el fascismo, a tratar para siempre al Estado de partidos como si fuera la única expresión posible de la democracia política. Este es el mito fundador de las tres modernas perversiones de las sociedades europeas: a) una vida política ajena a los intereses genuinos de la sociedad; b) una vida intelectual fragmentada y separada de la realidad; c) una vida cultural alejada de todo asomo de autenticidad.

Esta ficción global se instaló en las fuentes del pensamiento individual y de los sentimientos colectivos. Y a una sola ficción corresponde con naturalidad tanto un pensamiento único como un consenso político. La actual paradoja consiste en que todos denuncian al primero sin saber que constituye el presupuesto intelectual del segundo.

La mala fe intelectual de la clase dirigente y la ignorancia de las masas gobernadas han creado la convicción de que la actual crisis del Estado de partidos, nacido como instrumento de la guerra fría, es una crisis de la democracia, de los partidos o del Estado. Esta falsa convicción explica que nadie acertara antes en el diagnóstico de la crisis italiana, ni acierte ahora en el de la francesa.

Sería pedir peras al olmo que el Gobierno, para ilegalizar a Batasuna, devolviera a los partidos a la sociedad y los sacara a todos de su financiado nicho estatal. Lo único que logran los privilegios negativos, según el bello decir del jurista Joaquín Navarro, es «ilegalizar la ley».

LAS BANDERAS ANTIMONOPOLIO

LA RAZÓN. JUEVES 16 DE MAYO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

No hay maquillaje legal que disimule la derrota del gobierno y de su partido en el terreno donde se suelen tramitar y resolver las ambiciones de poder. Las operaciones de concentración del gran capital, sean bancarias o de medios de comunicación, siempre tienen naturaleza política y se deciden con criterios políticos. Argentaria, un modesto montaje financiero del poder estatal, ha absorbido de hecho al gran banco Bilbao-Vizcaya. En aquella antinatural fusión estaba ya incubado el virus artefactor de la victoria de los hombres del Estado sobre los del capital simbólico del nacionalismo vasco.

La fusión de Vía Digital y Sogecable, o sea, la absorción de la expresión televisiva del gran capital por la maquinaria mediática del gran fraude cultural, encierra el germen de la derrota del consenso oligárquico informativo a manos del monopolio de la veracidad sectaria. En la orientación de los acontecimientos voluntarios, el peso de la inconsciencia supera la mayoría de las veces al de la inteligencia. Telefónica ha inclinado la balanza contra los intereses del partido en el Gobierno, aunque Polanco no tenga todavía el poder de Berlusconi, ni la probidad de Zapatero se preste a encarnar, tan bien como González, la comisaría de Prisa.

Nada importa que sean los celos de El Mundo, tan decisivo en la denuncia de la corrupción (por eso merece ser el primer periódico) como envidioso de favores del poder, los que tomen por crimen capital el monopolio de la televisión digital que el gran capital acaba de conceder al censor de la libertad cultural y de la verdad informativa. Crimen lo hay. Pero no contra lo que no existe. El cinismo de las formas hace noble la hipocresía de fondo.

Bajo un sistema de consenso informativo, el oligopolio de los medios de comunicación es, sin duda, un régimen más liberal que el de monopolio. No para los ciudadanos que, en virtud del pensamiento único, no verían más empobrecida su miserable dieta de consumo cultural. Pero sí para los periodistas y los intelectuales que encuentran en el duopolio oportunidades dos veces mayores que en el monopolio.

La libertad y la verdad tuvieron en el pasado franquista una vida de perros hambrientos en catacumbas. Los cánidos parecían feroces no porque mordieran a sus guardianes, sino porque sus retumbantes ladridos molestaban a un vecindario ansioso de tranquilidad. Parecían saber lo que era libertad y verdad, cuando en realidad sólo envidiaban las de sus guardadores. Sin las ambiciones europeas sobre el mercado español no habría sido posible que la libertad y la verdad consistieran en el paso de un partido guardián al de dos partidos guardadores, ni en el de una sola radio-televisión al oligopolio de todas las radios y televisiones. Las voces que mejor han templado siempre la cantata antimonopolio han sido las de los tenores paladines del duopolio.

Dos de los grandes periódicos nacionales, El País y Abc, apoyan con cinismo la conquista por PRISA de la posición dominante en el mercado de la información y la cultura. La postura del primero obedece a la inteligente razón del propio interés. La del segundo, a la lógica de la decadencia cultural que empezó a definirlo cuando se apartó de su destino original.

El periódico LA RAZÓN no puede permitirse el lujo, por elegancia corporativa, de dejar a la hipocresía de El Mundo que tome ella sola el protagonismo en la denuncia de la operación monopolística, pues tenemos la experiencia de cuál ha sido el sentido de sus ambiciones empresariales. Toda la prensa independiente ha de ser abanderada por las voces que articulen el bello sonido de la libertad cultural con los lastimosos quejidos que salen del pisotón de PRISA en los pies del consenso oligárquico. En esta encrucijada puede encontrar LA RAZÓN las razones de su creación y de su triunfo.

CRISIS DE LA NO DEMOCRACIA

LA RAZÓN. JUEVES 23 DE MAYO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Las respuestas al por qué de la extrema derecha varían entre explicaciones sociológicas, como el miedo a la globalización del mercado o a la inmigración incorrecta, y explicaciones políticas, como la lejanía de las instituciones oficiales respecto de los intereses ciudadanos o el ocaso de los partidos correctamente corrompidos. Los conservadores proponen vitalizar el régimen mejorando las programaciones de los partidos de gobierno, y los progresistas, regenerar la democracia acentuando las aplicaciones sociales del principio de igualdad. Aquellos hablan de crisis de gobierno y éstos de crisis de la democracia.

Nadie quiere ver que el problema de fondo está en la falta de libertad política, en el hecho escandaloso de que se llame democracia a una pura oligarquía de partidos oficiales. Cada crisis particular traduce en cada país continental la crisis común del régimen de partidos estatales, devenido obsoleto desde el final de la Guerra Fría. La crisis de la democracia no es posible en Europa por la simple razón de que esa forma de gobierno no existe en ella. Y aplicar la democracia social en una oligarquía política y financiera destruiría la sociedad tan metódicamente como lo haría una bomba de neutrones. El principio entrópico de la igualdad conduce al caos mortal sin el principio negantrópico de la libertad.

Los avances en el conocimiento de la realidad se producen cuando en lugar de cambiar la respuesta se cambia la pregunta. De todos los fenómenos que nos inquietan, el peor conocido es el político. Estamos más cerca de la verdad en el conocimiento de las causas del caos en las estrellas o en nuestras células cancerosas, que en el de las productoras de crisis en los Estados europeos. Las respuestas varían en los matices de la equivocación porque todas confunden la pregunta. Y cuesta menos salir de un error que de una confusión.

La pregunta pertinente no es por qué funciona tan mal el Estado de partidos en cuestiones de veracidad política, de libertad cultural y de justicia distributiva, sino por qué no se instauran de una vez en Europa, cuando ha desaparecido el temor al comunismo, los tres principios esenciales de la democracia, como forma de gobierno. Sin estos principios (el representativo, el electivo y el divisorio del poder) jamás será posible alcanzar la veracidad del sistema, la libertad colectiva de los gobernados y la justicia social en la distribución de la riqueza nacional.

Los diputados de lista no son representativos de los electores, sino del partido que los incluye en ella. Su voto partidista vulnera por sistema la prohibición constitucional del mandato imperativo. Y la elección del presidente de Gobierno por ellos elude el principio de la elección y deposición de los gobernantes por los gobernados.

El control y dirección del Poder Legislativo por el Poder Ejecutivo salido de él, anula el efecto saludable de la división de poderes, a la vez que contradice el principio básico de toda Constitución, que no es otro que el de separación y contrapeso de poderes, como lo argumentó Karl Schmitt y lo demostró Friedrich. Este principio es la única garantía de la libertad política, como se sabe desde Locke, Montesquieu, Miranda, Bolívar y Tocqueville.

Salvo Gran Bretaña, Europa perdió la decencia intelectual con la guerra mundial. Desde entonces ningún pensador ni artista ha comprendido ni denunciado la naturaleza antidemocrática del Estado de partidos, el artificio que los vencedores impusieron a los vencidos por el miedo de aquellos al soviétismo y el de éstos a un retorno del fascismo.

Desintegrados los partidos comunistas, los intelectuales confunden la extrema derecha con el fascismo porque este peligro irreal es la única legitimidad histórica que resta al corrompido Estado de los Partidos.

PARO GENERAL

LA RAZÓN. JUEVES 30 DE MAYO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

A diferencia de lo que sucedía en tiempos del ingeniero Sorel, donde la huelga general era imaginada como el pistoletazo de salida de la revolución obrera contra el dominio del capital en el mercado de la producción, y por eso los sindicatos no la convocaban y los Estados la temían, en las actuales sociedades de consumo, consenso y asueto, el paro por un día de un país entero no puede tener más efectos económicos que los de una jornada de feria, ni otras consecuencias políticas que las que tendría una encuesta masiva de opinión. Para unos sindicatos financiados por el Estado no hay riesgo en convocarla, ni razón para temerla en unos empresarios pendientes de él.

La condición estatal de los convocantes garantiza que el paro por un día no pueda manifestar un conflicto irreconciliable de clases sociales, ni un desacuerdo de los gobernados con el Estado de partidos. Como peripecia interestatal, es un modo civilizado de mostrar, fuera de las urnas, que España no va bien con una mayoría electoral que decide por Decreto lo que debe ser objeto de consenso (pero la democracia no es consenso ni legislación decretada), a fin de que el Gobierno negocie con los funcionarios sindicales para darles mayor protagonismo social del que les correspondería por afiliación.

La falta de vocabulario adecuado a las nuevas realidades produce la ironía de que se sigan usando palabras nacidas de fenómenos sociales antes tremendos, para designar asuntos más o menos importantes, pero corrientes para el sistema de poder, que siempre se solventan a fin de cuentas con dinero de los contribuyentes. Lo que se puede comprar y vender nunca es revolucionario ni contestatario. Y los sindicatos, como los partidos, están comprados por el Estado, su verdadero patrón.

Así lo demostró la magnífica huelga ciudadana del 14-D contra la prepotencia corruptora del Gobierno socialista. A pesar de su extraordinario éxito, no tuvo consecuencias que se reflejaran fuera del Presupuesto. Los sindicatos se limitaron a pasar el platillo una vez terminado el insólito espectáculo político. El Estado de Partidos, contra lo que soñó Hegel en el Estado Ético, resuelve en su seno el conflicto social pintándolo de amarillo, haciéndolo estatal, corrompiéndolo.

Ahora, ni el Gobierno ni los Sindicatos querían romper el hábito del consenso. Las razones económicas carecen de entidad para arrastrar al paro a los ciudadanos que han de pagar la factura. Los funcionarios sindicales temen menos el fracaso de su lujosa convocatoria, que el Gobierno el éxito de la simbólica huelga. Pues la regulación por Decreto de los derechos de los parados, en vez de por una Ley debatida en las Cortes, ha dado el pretexto formal que necesitaban los partidos de la oposición para transformar una jornada de protesta laboral, por alteración de los derechos del desempleo, en un día de huelga general de carácter político. Único aspecto de la misma, dicho sea de paso, que la hace atractiva a la escasa conciencia democrática.

Todo los demás factores concurrentes en el día 20 de junio no traspasan los límites de lo pintoresco. La irritación del Gobierno sólo tiene las justificaciones subjetivas de la vanidad humillada en Sevilla. Allí no está en juego el patriotismo de los que esperan el éxito de la selección española en el campeonato del mundo, como ansiaron el de la Operación Triunfo en Eurovisión. Tampoco lo está el prestigio de España en una Europa desprestigiada con el crecimiento de la extrema derecha a causa del sistema de partidos estatales.

Es natural que la poca esperanza de los Sindicatos en el éxito de una huelga general les haya inducido a sonorizarla, con los altavoces andaluces de la tradicional contestación agrícola y la moderna sonata antiglobalizadora contra el creciente dominio de las empresas multinacionales sobre los Gobiernos.

DERECHO Y DEBER DE HABLAR

LA RAZÓN. LUNES 3 DE JUNIO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Las reacciones a la carta pastoral de los obispos vascos están impulsadas por la ceguera de las pasiones y la estupidez de las confusiones. Se equivoca el Gobierno al decir que se mete en terrenos que no corresponden a la Iglesia. ¿Acaso no afecta a la conciencia moral de los fieles el tema bien o mal tratado? Se equivoca la Conferencia Episcopal al calificarla de inoportuna. ¿Acaso no era éste el momento preciso o tal vez no debía plantearse un problema ético al Gobierno cuando se negocian con él intereses económicos? Se equivoca Batasuna al pedir a los empresarios que «se retraten» como los obispos. Éstos estaban obligados, aquéllos no.

Todas las personas individuales tienen derecho a expresar en público sus opiniones políticas, si les dan oportunidad para ello. Pues el voto no es una opinión sino una decisión. Pero esta regla constituyente de la libertad de expresión, cuyo origen y naturaleza no derivan de la democracia sino del liberalismo, es inaplicable a las personas colectivas o institucionales.

Como se sabe, las llamadas personas morales, en tanto que son puras ficciones jurídicas, no pueden votar ni delinquir. Lo tienen que hacer por personas físicas interpuestas.

Debería bastar esta constatación para considerar fantasmagórica y pueril la ilegalización de Batasuna. Los obispos creen que el resultado será negativo. Me inclino a opinar lo mismo. La caza de fantasmas nunca ha limpiado de espíritus terroríficos las casas de los horrores.

Y, como debería saberse, las instituciones que desarrollan su vida pública más allá del mundo corporativo o profesional, como ocurre con los partidos, sindicatos, empresas editoras de medios informativos o la Iglesia, están obligadas a dar a conocer constantemente sus opiniones en materia política o moral.

Su derecho a opinar está fundado no tanto en la libertad de expresión, cual sucede a las personas mortales, sino en el deber institucional de hablar perennemente de lo público.

En las personas colectivas, la transformación institucional del viejo derecho liberal de opinar, en el moderno deber democrático de orientar a votantes y fieles, respecto de todas las cuestiones referentes a sus intereses o sus conciencias, no está reflejado en los textos legales ni en la jurisprudencia sobre derechos fundamentales de la persona. Pero no por eso deja de ser un principio general, implícito en el imperativo legal del deber de informar, a la vez que un hecho cotidiano en las sociedades abiertas y modernas.

La involucración del terrorismo en las expresiones pacíficas del nacionalismo vasco hace imposible que la visión de las acciones de Eta sea la misma en mentes separatistas, independentistas, cosoberanistas, autonomistas o españoles. En tanto que meras opiniones, todas merecen el mismo respeto.

Los obispos vascos, contagiados del nacionalismo oficial de sus principales parroquianos, condenan el terrorismo desde el punto de vista de una Iglesia nacionalista emergente, es decir, desde aquella perspectiva renacentista donde el crimen se sostenía con el puñal en una mano y se renovaba con la bula e indulgencia de salvación en la otra. Mientras que la Conferencia Episcopal lo hace desde una óptica contrarreformista: confesión, arrepentimiento y perdón.

La coherencia en la defensa de la libertad de expresión obliga a denunciar la hipocresía de los que dicen de boquilla estar dispuestos a dar su vida para que los enemigos de la libertad puedan opinar libremente, y a las primeras de cambio arremeten contra esos ingenuos obispos, que toman en serio las vanas palabras de la pseudodemocracia del Estado de partidos, negándoles no ya su derecho común de expresión, sino incluso el deber de comunicar a sus diocesanos la opinión que les merece la Ley de Partidos.

TRIUNFO DE LA DEMAGOGIA

LA RAZÓN. JUEVES 6 DE JUNIO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

La carta pastoral de los obispos vascos contra la Ley de Partidos no está fundada en motivaciones de orden jurídico (ilegalidad de las leyes dictadas para lo particular), como las que basan mi oposición a dicha Ley. La famosa carta tampoco obedece a ningún argumento basado en las exigencias de la razón práctica en materia política.

A nadie le habría molestado que esa declaración episcopal se hubiese limitado a dudar de la utilidad o eficacia de la Ley de Partidos, en el terreno moral o sociológico, como medio de alcanzar los fines antiterroristas perseguidos con ella. Pero lo abominable no está en lo que dice la carta, por inconveniente o perverso que le parezca al Gobierno, sino en que se llegue al extremo de negar al obispado el derecho de expresar su opinión, en un tema sobre el que tenía además el deber de hablar.

El problema lo ha suscitado la falta de equilibrio que la parcialidad ha causado en la intención condenatoria del crimen. No es extraño que las reacciones hayan caído, con el mismo defecto de imparcialidad, en la exageración contraria. Pues ambas posiciones no son expresivas de un desarrollo argumental de la razón política, sino de la excitación emotiva que siempre produce la demagogia inherente a los sentimientos nacionalistas en general y al terrorismo vasco en particular.

La opinión pública no percibe la dimensión exclusivamente demagógica del asunto porque está habituada a ella desde el origen de la Transición. Cuyo espíritu se ha forjado con la perorata típica de la demagogia. Un fenómeno que no ha sido estudiado como debiera, pese a ser el eje central del funcionamiento del Estado de partidos y la causa generadora de la falsedad del discurso público en los medios de comunicación.

Hubo un momento decisivo en la historia de la cultura política donde la demagogia dejó de ser un recurso sentimental que suplía a la razón práctica en los argumentos justificativos de las acciones colectivas, para convertirse, gracias a la propaganda intensiva del pensamiento dirigido, en sistema de razonamiento social y de gobierno.

Ese momento se produjo en España cuando, por temor a la libertad constituyente, se tuvo que sustituir el Estado de partido único por el de varios. Desde entonces rigen las leyes sociales de la demagogia, en lugar de las leyes formales de la democracia. Y de aquí viene no sólo la separación entre los fundamentos teóricos de las instituciones y la realidad no democrática de las mismas, sino la unión con la idea de progreso de falsas causas de la izquierda convencional (antiamericanismo, anticlericalismo, antijudaísmo).

La apelación a sentimientos igualitarios o complacientes de las masas, en ámbitos de acción donde no debe regir por principio la norma de la igualdad ni el criterio del placer, nació con la retórica forense para fundar la justicia pasional y se extendió al discurso de los demagogos en el ágora.

Pero aquella demagogia patética cambió por completo su naturaleza vecindaria, y devino estructura constituyente del discurso público, cuando los Estados totalitarios utilizaron los medios de comunicación para fundar la propaganda del poder en el halago de los sentimientos que engrandecían la potencia de las masas en una sociedad cerrada y monolítica.

El Estado de partidos, para suplir la falta de democracia formal, ha tenido que simular la existencia de democracia social acomodando la demagogia a una sociedad dividida en colectivos de sentimientos particularistas (nacionalismo, feminismo, homosexualidad, parados, inmigrantes, menores, etcétera) que nadie pueda desafiar con la razón sin peligro de ser marginado del ámbito cultural. La demagogia triunfante impide la crítica racional de lo que acontece en el submundo de esos colectivos y sostiene el discurso del Estado y del sistema de gobierno.

PREMIO A LA TERCERA VÍA

LA RAZÓN. LUNES 10 DE JUNIO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Menos mal que el Premio Príncipe de Asturias de las Artes, otorgado al inteligente humorista estadounidense Woody Allen, ha compensado los concedidos a dos grandes mediocridades de la literatura y la sociología, como son el alemán Enzensberger y el británico Giddens. Éstos están desde luego a la misma altura moral y mental del jurado que los honora, pero aquél la sobrepasa con creces, pues sus miembros componentes no se sienten aludidos en las burlas del cine premiado al prototipo del intelectual que ellos representan.

Desde un punto de vista objetivo, discierno un cierto masoquismo en el móvil que ha empujado a dar este premio al arte de la sátira, y un descarado narcisismo en los motivos de premiar la renuncia al análisis de la culpabilidad alemana (admirada por un jurado absolutorio del franquismo) y la cínica marcha del laborismo por la tercera vía de Blair (Aznar), la vía de la «Sra. Thatcher sin bolso ni zapatos», como ha declarado a LA RAZÓN el propio premiado. ¿Tan tonto es Giddens que esperaba de su tercera vía algo diferente?

A casi nadie inteligente le importa confesar que él no entiende de política y que por eso se abstiene de opinar sobre los asuntos públicos. Pero esas mismas personas no se avergüenzan de ser precisamente ellas las que deciden, con su voto centrista en las urnas, los criterios y los equipos de gobierno. Suelen ser gentes competentes en sus profesiones y habituadas al rigor en el tratamiento de los asuntos sometidos a su conocimiento. Tienen juicio personal para todo, menos para la política y el arte moderno. En éste se dejan arrastrar por las modas y en aquella por la corriente de opinión que, en comparación con las demás, les parece moderada y, en relación con los asuntos a resolver, descomprometida. Temen la idiotez de los políticos que creen en las irrealidades que dicen. Por eso no votan lo que aman o admiran, sino que eligen la ilusa esperanza en una tercera vía que una y otra vez les defrauda.

Uno de estos profesionales, sin el menor talento para el análisis político, pero con una enorme capacidad de confusión en temas sociológicos, decidió construir una tercera vía por donde circularan las mercaderías políticas sin defraudar a los aduaneros de la socialdemocracia. El pobre hombre no sabía lo que tan sabiamente está enseñando en esta misma página Dalmacio Negro. Desde sus orígenes, esos aduaneros eran de derechas y la tercera vía la construyeron, como el ferrocarril de la Union Pacific entre dos océanos separados por un continente, el canciller Bismarck desde el Estado y el revisionista Bernstein desde la sociedad. En Blair se unieron los dos oportunistas trayectos.

A partir del siglo XX se ha llamado tercera vía a todo proyecto de transformación de los tradicionales partidos ideológicos de la derecha o de la izquierda en partidos de intereses que ocupen el centro mayoritario de la representatividad social.

El profesor Giddens, discípulo de demasiados maestros, no ha aportado un solo gramo de originalidad a la teoría neoliberal del centro político, es decir, a la práctica socialdemócrata del capitalismo tecnológico en las sociedades de consumo, consenso y asueto.

Y respecto a la calidad de su producción en materia de elites o grupos de poder en la sociedad británica, que es presupuesto básico para comprender conceptualmente la idea de una tercera vía de acción política distinta de la conservadora y antisindical, me basta con que Sartori, un sociólogo de mayor envergadura intelectual y de la misma cuerda ideológica, lo haya puesto en su sitio subalterno, con una malintencionada cita a pie de página de su erudita y débil «Teoría de la democracia» (rebatida en mis libros), reproduciendo esta ridícula y pretenciosa afirmación de Giddens: «La literatura teórica sobre las elites y el poder nada en un mar de confusión inefable».

REDESCUBRIMIENTO DE ARGENTINA

LA RAZÓN. LUNES 17 DE JUNIO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

La hazaña es de las que hacen época. Un puñado de españoles pertenecientes a la crema de la Transición, y expertos en comprar bienes públicos con dinero del vendedor estatal, descubrieron la piedra filosofal del gran capital financiero en el barrizal de la clase gobernante argentina. Todo lo que tocaron esos artistas de la ingeniería financiera en líneas aéreas, petróleo, gas, teléfonos, electricidad, bancos, seguros, fondo de pensiones y medios de comunicación, mientras la economía austral se deshacía, la clase media se arruinaba y el pueblo se hundía en la miseria, lo convirtieron en deuda para el Estado argentino y oro exportable para ellos.

La prensa británica habla con celos del retorno de los conquistadores españoles. Los medios argentinos califican de expoliación el modo de actuar allí las empresas españolas que han concurrido en el rápido proceso de privatización de los monopolios estatales, realizado por el Gobierno de Carlos Menem, durante la década 1989-1999, mediante el soborno (coima) de los legisladores y de la Comisión bicameral de Reforma del Estado que debía controlar el proceso.

Los propios datos estadísticos del Ministerio de Economía acreditan que la deuda externa de aquel país se multiplicó (desde 65 a 146 mil millones de dólares), en lugar de reducirse, con la inversión de capital extranjero para la compra de las empresas estatales privatizadas. El crisol que hizo posible la alquimia financiera de aumentar la deuda exterior con el aumento de las inversiones foráneas, lo fabricaron dos grandes expertos en fusión de aleaciones especulativas con bienes estatales fungibles.

Los dos máximos exponentes de la aluminación de materiales socialistas, Carlos Menem y Felipe González, utilizando como razón de Estado las presiones del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial y del Banco Interamericano de Desarrollo para que se privatizaran las empresas estatales argentinas, prepararon el desembarco de la docena de ejecutivos de la transición económica en España que borraría, a golpe de plicas a dedo y coimas al bolsillo, la buena fama de los cuatrocientos empresarios españoles que unieron su porvenir al de la nación argentina.

No es posible comprender la nueva animadversión argentina hacia España sin conocer el modo como se han conducido allí las grandes empresas de aquí. Sin duda, su conducta deshonesta ha sido propiciada por la corrupción general y la supina incompetencia de la clase dirigente argentina. Pero los competidores de otros países interesados en la explotación de los servicios públicos argentinos no dejarán de alimentar una nueva leyenda negra. No tanto por el precio de saldo con el que se adquirieron monopolios de servicios públicos de alta rentabilidad, sino por los graves y sucesivos accidentes que siguieron a su privatización (incendio de un Boeing de Aerolíneas, sobrepasado de horas de vuelo, en el aeropuerto de San Luis; eyección de una azafata por una puerta abierta en pleno vuelo, gran apagón de Buenos Aires, etcétera), que la opinión pública atribuye a codicia en el ahorro de gastos de mantenimiento.

Una investigación del proceso privatizador, concentrada en las adquisiciones de las más emblemáticas y estratégicas empresas argentinas, realizada por los periodistas argentinos Daniel Cecchini y Jorge Zicolillo, acaba de ser publicada por la editorial FOCA, en un libro que lleva por título «Los nuevos conquistadores» y por subtítulo «El papel del gobierno y las empresas españolas en el expolio de Argentina». Comencé a hojearlo con la desconfianza que me inspiran las publicaciones de escándalos financieros y corrupciones políticas, pero su rigor en los datos me hizo leerlo por completo en una sola noche. En él no encontré más demagogia que la del subtítulo. Pues no puede hablarse de expolio de Argentina por unas empresas españolas que sólo han participado en un poco más del 15 por ciento del proceso privatizador.

COREA-ESPAÑA

LA RAZÓN. JUEVES 20 DE JUNIO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Las opiniones sobre el fútbol mundial que estamos viendo no parecen captar lo que está sucediendo. Pues oscilan entre el anacronismo de los antiguos comentaristas y la pedantería científica de los modernos comentaristas. No me refiero a los aspectos sociológicos y políticos de este bello deporte de equipo. Ni al hecho de que cuatro países sin tradición de balompié (Estados Unidos, Senegal, Turquía y Corea) se hayan situado entre las ocho mejores selecciones del campeonato. Lo más interesante, lo que nadie explica porque no sabe salir de las enseñanzas inglesas o brasileñas de otros tiempos, es que el propio fútbol está transformando un juego de habilidad y fuerza en arte de concierto de movimientos corporales, al modo de la danza coreográfica y el baloncesto.

Si la esgrima, el pugilismo, la equitación, el toreo o la mímica son variedades de un mismo tipo de arte, donde el hombre expresa con el cuerpo mudo su relación con la sociedad o la naturaleza, el fútbol está expresando hoy, en un escenario de adversarios sin adversidades, la misma ansiedad de poder y gloria que ciudades y naciones expresaban antes con paradas musicales y desfiles militares.

La ceremonia inaugural de cada partido disciplina el caos de las emociones individuales que una coral de partidarios reducirá enseguida a dos solas emociones de entusiasmo. Y la masa de espectadores transmite con ruido unísono esa disciplina de la animación rítmica no ya a los jugadores de su bando, como hacían las antiguas hinchadas, sino incluso al propio ritmo de juego. Los futbolistas no saben jugar ante un graderío tranquilo. Necesitan sonoras oleadas de aliento o de abucheo. Raúl o Vieri meten a la masa vociferante goles de silencio.

Lo único que importa, como en la guerra, es la victoria. Los entrenadores no convocan, como antes, al virtuosismo. Saben que han de orquestar un equipo que concierte las cinco funciones necesarias para dominar el espacio y el tiempo del partido. La barrera defensiva se organiza como un frontón que devuelva la pelota a pies amigos, con incursiones por las alas a territorio enemigo. En el lugar de la antigua línea media se sitúan los recibe-pelotas desde atrás, los rebañadores de balones de frente y el canalizador de las asistencias a uno o dos arietes de remate. Pues bien, este era el esquema europeo que Senegal con paciente ritmo y Corea con arrebatos de arrebatilla han destrozado.

Ante el encuentro España-Corea, cuyo interés popular supera con creces al del paro general, conviene recordar que Italia ha sido eliminada no por falta de entusiasmo y energía, sino porque ha jugado frente a Corea como lo habría hecho contra España. Aún no ha comprendido la transformación del deporte del fútbol en arte de concierto rítmico. La derrota ha premiado su anacronismo defensivo, su pensamiento conservador de alguna gesta afortunada.

La inteligencia del mejor director de juego de ataque en toda la historia de la selección española, la iniciativa creadora de Valerón, su rápida intuición de los espacios libres que serán ocupados a la menor indicación de su gesto, no deben ser sacrificadas en tareas defensivas. El arte del fútbol necesita combinar la visión de tres tipos de jugadores. Los que miran a sus pies, los que sólo ven la posición inmóvil de un compañero o los que imaginan dónde estará éste cuando le llegue la asistencia. Por eso, el enemigo a vencer no es la velocidad del contrario, que le obliga a mirar al suelo, sino el fuera de juego propio.

La debilidad del equipo español no estará, como se teme, en la defensa, donde Pujol y Helguera reúnen la excelencia expeditiva con la combinatoria. El peligro ante la velocidad y resistencia coreanas está en el centro, donde Luis Enrique y Mendieta deberían sustituirse por Joaquín y Sergio. Si sus ofensivas no las frustran los continuos fuera de juego, España puede ganar con relativa facilidad a Corea.

NI DEMOCRACIA FORMAL NI HUELGA GENERAL

LA RAZÓN. LUNES 24 DE JUNIO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Una huelga no puede ser convocada con duración predeterminada, sin reivindicaciones frente a los empleadores y con el sueldo de los convocantes asegurado por el Estado. Los sindicatos estatales prefieren creer que su huelga general ha fracasado, antes que reconocer el triunfo de un día de protesta popular contra la arrogancia moral del Gobierno. Moral y no política, pues aunque la Transición nos haya habituado a la normalidad de lo absurdo no deja de ser un contrasentido acusar de prepotencia a un poder ejecutivo, indisolublemente unido a la mayoría absoluta del poder legislativo, por el hecho de que la use para legislar.

Pese a su evocador nombre, la convocatoria del 20-J no era una llamada a la huelga general. Carecía de objetivos laborales alcanzables con tan solo un día de presión sobre el poder legislativo. Todo lo más a que esa lujosa convocatoria podía aspirar era a expresar, con una jornada de paro nacional, el descontento de los ciudadanos ante la forma gubernamental de decidir por mayoría lo que la impotencia política de las minorías reclama como objeto de consenso.

No obstante, se debe reconocer que toda la cultura política impuesta desde arriba por la Transición abonaba la pretenciosa convocatoria de los sindicatos. Lo incoherente para el sacrosanto consenso es que un gobierno se atreva a legislar por mayoría absoluta, aunque la tenga. Esto es lo propio de la democracia política, es decir, lo impropio de un sistema oligárquico de partidos estatales, como el nuestro, al que repugnan las mayorías absolutas que hacen innecesario el consenso. Nuestro sistema político es tan falso que incluso el partido que la obtiene se cree obligado a buscar coaliciones superfluas para sus medidas de gobierno.

En el conflicto manifestado el 20 de junio, el partido del gobierno ha ostentado por una vez, y forzado por la circunstancia sindical, la excepcionalidad democrática, mientras que los sindicatos defendían, como siempre, la pureza de la normalidad oligárquica. Viven de y para la negociación. Sin ella desaparece su razón de existir. Despechados por la firmeza del Gobierno, nuclearon los motivos del paro total por un día en la prepotencia del Gobierno, o sea, en lo mismo que el 14-D. La respuesta ciudadana ha sido distinta porque en los establos de González sólo germinaban ya las flores de la corrupción.

Cuando la realidad del sistema político no coincide con el ideal al que dice responder, las cosas sociales no pueden ser llamadas por sus nombres propios. El vocabulario político designa entonces a las nuevas realidades con palabras viejas cargadas de otras significaciones ideales. Y se considera subversivo del orden político o social todo intento de nominar la realidad con arreglo a su verdadera naturaleza.

Por ejemplo, decir que esto no es una democracia formal, sino una oligarquía de partidos estatales, o que el paro parcial del 20-J no responde a las características de una huelga general, siendo verdades demostrables ante cualquier auditorio de buena fe intelectual, constituyen blasfemias intolerables para el sistema. Nadie puede rebatirlas y, por eso, todos se ofenden al oírlas.

Los hechos acontecen en el campo de las cosas reales y la explicación de los mismos en el de las ideas irreales. El de-sorden intelectual anega así los campos donde podría brotar un pensamiento libre. Lo políticamente correcto está en la visión de esas fantasías que los anteojos del consenso de intereses ponen en los ojos ciudadanos hasta cuando duermen. El discurso de las palabras no incide en el curso de los acontecimientos y las fantasmagorías verbales tapan la realidad de los hechos. Pero ni siquiera el universo europeo puede ocultar que esto no es una democracia formal o que el 20-J no podía ser un día de huelga general.

DÍA DE PARADA NACIONAL

LA RAZÓN. JUEVES 27 DE JUNIO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Los nuevos fenómenos políticos tardan mucho tiempo en ser comprendidos. La inercia mental, la pereza en el análisis de las novedades, el predominio de las rutinas del pensamiento sobre las intuiciones, la evocación de los sentimientos que las viejas palabras prestan a los hechos nuevos, todo se confabula para que lo original sea visto como tradicional. Entre los factores que contribuyen al conservadurismo político ninguno iguala en potencia al de la mente retrospectiva, que juzga y valora las innovaciones con los patrones intelectuales y morales de las tradiciones.

La izquierda denota que se hizo conservadora desde que, a mitad del siglo pasado, dejó de crear conceptos y vocablos adecuados a las vicisitudes del capital y del trabajo en las modernas sociedades de consumo y de servicios. Aunque su visión del mundo actual difiere de la que forjó la lucha de clases bajo el dominio del capital industrial, sigue aplicando a las nuevas realidades las categorías, conceptos y vocablos creados entonces para designar los movimientos sociales en aquella fase histórica de acumulación de capital.

Uno de los ejemplos más notables de anacronismo terminológico y conceptual lo constituye la mítica expresión «huelga general». El caos que reflejan los medios de comunicación sobre lo acontecido el 20-J, la absurda disputa sobre cifras que prueben el éxito o el fracaso de la convocatoria sindical, se debe más al desconocimiento de la naturaleza de lo convocado que a las groseras exageraciones y mentiras de las impresiones provocadas por la falsa creencia de que los sindicatos estatales habían llamado, con su vocabulario anacrónico, a una verdadera huelga general.

Todo conocimiento científico empieza con una nomenclatura clasificatoria del fenómeno estudiado y termina con unas severas tablas de las leyes naturales o sociales que lo regulan. Hoy sólo trato del nombre que le corresponde al 20-J, en la amplia taxonomía de los movimientos sociales, como fenómeno «sui generis» de una sociedad industrial de servicios, consumo y asueto, dominada por el capital financiero, donde sindicatos y partidos están financiados por el Estado.

Basta recordar este contexto para saber que una auténtica huelga general, sea de inspiración revolucionaria o reaccionaria, no sólo es impracticable en el Estado de partidos, sino inimaginable en la mente funcionarial de los dirigentes sindicales. El único movimiento general que hoy no podría resistir el Estado burocrático de una sociedad de servicios sería la huelga de celo por tiempo indefinido. Una huelga de trabajo escrupuloso donde nadie presuponga que la rutina colectiva disculpa las responsabilidades individuales, y toda tarea sea examinada antes de ser expedida. Aumentar la seriedad en el trabajo y disminuir la productividad.

La nota característica de lo convocado el 20-J ha sido la combinación de la no asistencia por un día al lugar de trabajo, lo cual lo diferencia del tradicional día de paro en el tajo o huelga de brazos caídos, con la asistencia ferial a manifestaciones, desfiles y marchas de protesta indeterminada contra el Gobierno en las grandes ciudades, lo cual lo asemeja a una parada nacional.

La síntesis de inacción laboral y acción ciudadana ha fracasado porque la armonía entre el paro y la marcha era imposible de lograr sin el concurso de una gran ficción. La de las cifras. La expresión de movimiento en la inmovilidad de un gesto sólo está al alcance de las obras geniales del arte escultórico y pictórico. El 14-D la alcanzó, sin necesidad de ficciones, con la hermosura de la belleza moral. En el 20-J, la parada nacional ha prevalecido sobre el paro general. O sea, la antipatía hacia el Sr. Aznar sobre los motivos laborales de la convocatoria sindical.

LEY ILEGÍTIMA DE PARTIDOS

LA RAZÓN. LUNES 1 DE JULIO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Para el oligopolio partidista que sucedió al monopolio dictatorial, no era bastante con que la Constitución y la ley electoral restringieran de hecho el número de partidos a los pocos que se arrogaron de modo ilegítimo la función constituyente del Estado de Partidos, y se hicieron órganos estatales financiados por el erario público.

Ese oligopolio necesitaba además la restricción de derecho, la consagración de un «*numerus clausus*» que le asegure para siempre el privilegio de verse constituido en Poder aristocrático de la mediocridad, instalado en el Estado, alimentado con alcabalas o gabelas del Estado, y reproducido endogámicamente como clase gobernante por su condición de clan políticamente correcto.

La libertad de asociación política, a juicio de los padres partidistas de la patria, debe estar prohibida a los ciudadanos que no merecen permanecer o entrar en este club de señoritos del Estado. A este fin responde el sistema de bola negra de la Ley de Partidos. Una norma a lo Juan Palomo dictada por los partidos de ley (que es cosa distinta de partidos de «la» ley, pues no proceden de una norma sino que ellos mismos se hacen preceptivos), después de veinticinco años de haber prosperado, sin ella, saliéndose de la sociedad y entrando en el Estado. Bola negra, cuya negritud debe ser ratificada por los guardianes judiciales de esos señoritos a los que Etienne de la Boethie llamó «chulos del Estado».

El pretexto antiterrorista sirve hoy para ilegalizar a Batasuna, con el mismo fundamento que el pretexto monárquico servirá mañana para impedir que entre en liza legal un gran movimiento de opinión y de acción que se proponga cambiar de modo pacífico, pero decidido, la actual oligarquía de partidos estatales, fuente de corrupción, por un sistema democrático de separación real de poderes, libertad de partidos y responsabilidad de diputados y gobernantes.

Si tan necesaria y tan justa era esta ley, ¿cómo explicar que los partidos, dueños del Estado y del Poder Legislativo, no lo supieran durante un cuarto de siglo? Si se trata de una ley exigida por el interés general ¿por qué la hacen los particularmente interesados en aplicársela, como en los sistemas gremiales? Si es una ley reclamada por la necesidad de represión antiterrorista, ¿por qué suprimir el sofá de la connivencia garantizará la lealtad de las conductas? Si es una ley en defensa de la democracia, ¿por qué no exige a los partidos que tomen todas sus decisiones internas, desde la base a la cúspide, con la regla de mayorías y minorías? Si los partidos son órganos del Estado, como la Judicatura, la Policía o el Ejército, ¿por qué se tolera nada más que a estas organizaciones voluntarias de poder, que se autodicten su propio estatuto?

Una Ley de Partidos, únicos sujetos agentes de la voluntad del Estado en este Régimen, equivale a una verdadera Constitución del poder estatal. Es un fraude a la libertad política de los españoles que esta Ley haya sido promulgada por las Cortes, sin la previa apertura de un período de libertad constituyente y sin un referéndum popular que la apruebe o la rechace. Si había dudas sobre la legalidad de esta Ley, no las hay sobre su ilegitimidad antidemocrática.

Como dijo R. Koplín en 1966, la incorporación de los partidos a la estructura estatal «ha permitido continuar la tradición autoritaria del Estado con nuevos medios». Y los mejores sociólogos en la materia (Werner Weber, Wilhelm Henke, Kurt Lenk, Franz Neumann, etcétera) nos advirtieron de que leyes como la aquí comentada son «el ardid de pseudo-legitimación jurídico-constitucional para suprimir de hecho el cometido democrático de los partidos». La ignorancia cínica continúa legislando a la ignorancia ciega.

ASTUCIAS DE GOBERNADO

LA RAZÓN. JUEVES 4 DE JULIO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Las frases cortas de las grandes periodistas, ideadas para llamar la atención sobre aspectos inéditos de las cosas sociales, casi nunca expresan largas verdades como en los pensamientos aforísticos. En el treinta aniversario del Watergate, el entonces director del Washington Post, Benjamin Bradlee, ha encontrado el mérito de los periodistas en el hecho de sobrevivir al poder. Lo sobreentendido en esta frase, o sea, que el poder es abusivo y que la misión del periodismo es denunciar sus abusos, tiene más enjundia de verdad que lo expresado como norma. Pues lo normal es que la denuncia del periodista honesto al poder deshonesto acabe de mala manera para el denunciante.

Si damos valor de regla general a la excepción, la frase de Bradlee tampoco expresa nada verdadero. Pues el poder abusivo sobrevive a los buenos periodistas, al modo como la enfermedad a los médicos y la delincuencia a los jueces y policías. El mérito de los periodistas que, por profesionalidad, se enfrentan a los gobernantes de turno y los sobreviven, aunque sea más grande a causa del mayor valor que requiere la individualidad, tiene la misma naturaleza genérica del que corresponde a todos los gobernados por el hecho de que, sin enfrentarse, también sobreviven al poder que los aplasta.

A fin de perdurar en toda clase de gobiernos, periodistas y gobernados han de usar un medio deshonesto para la integridad moral de sus personas, pero eficaz para la vida, que se encuentra a libre disposición en ese rico arsenal de la inteligencia práctica al que un filósofo francés bautizó, en los años veinte del siglo pasado, con el nombre de «astucia de gobernado».

La astucia es un recurso habitual de la conciencia de debilidad física o moral. Por eso se manifiesta con prontitud en la infancia y se desarrolla con vigor en las almas de esclavo. Pero tampoco hay poder tan absoluto que no la necesite. La «astucia de gobernante», tan vieja como el dominio de un hombre sobre otros, consiste en el ardid del mando para hacer creer que su interés en mandar coincide con el de todos en obedecer, evitando de este modo ideológico que cada gobernado haya de tener por compañero a un policía. En este ardid se funda la razón del Estado.

La astucia de gobernado, distinta de la que desarrolla todo ser viviente para sobrevivir, no podía aparecer antes de que las revoluciones otorgaran a los individuos derechos inmensos y deberes desmesurados. El súbdito no tenía a su alcance otra clase de astucia que la de los animales. Una astucia instintiva, para conservar la vida y reproducirla, que nada sabe de derechos y responsabilidades. La astucia de gobernado surge de la conciencia ciudadana del mucho poder que tiene sobre cosas de poca monta, y de su impotencia para cambiar a su favor las grandes que deciden su destino.

Desde la cuna a la tumba, desde el niño que no llora no mama hasta el regateo de los honores al cadáver, el imperio de la astucia de gobernado ahoga al de la razón y la lealtad. El eremita parece no necesitar de la astucia porque sólo la emplea para dominar su propio cuerpo, mientras que la del gobernado, al estar dirigida contra el cuerpo social y el Estado, tiene que apoyarse en aparentes derechos para burlar el derecho y en hipócritas deberes para eludir el deber.

A diferencia de la astucia de la razón teórica, inventada por Hegel para cohonestar la lógica de las abstracciones con los intereses de la vida, la de la razón práctica la desarrollan los gobernantes en el campo de las ideologías veladoras de la realidad, y los gobernados en el de las habilidades para el disimulo. O sea, en el arte de la picaresca, la triquiñuela, la artimaña, la estratagema de la garganta profunda del Watergate. Periodistas y gobernados sobreviven, sin mérito, al poder.

PENSAMIENTO ÚNICO

OTRAS RAZONES. LUNES 15 DE JULIO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Los grandes científicos expresan, mediante leyes físicas, pensamientos adecuados a las fuerzas de la materia, a los insobornables poderes de la Naturaleza sobre la humanidad. Su progresivo esclarecimiento de los enigmas que antes fueron objeto de la reflexión filosófica ha reducido la función de los filósofos a la de virtuosos fabricantes de herramientas para facilitar el arte de pensar adecuadamente la realidad, es decir, sin consideraciones éticas ni estéticas. De este modo se ha llegado a un panorama cultural donde todo lo que no es ciencia dura o lógica pura, es filosofía del poder, incluso en economía, costumbres y bellas artes.

Los grandes medios de comunicación sintetizan, mediante criterios de influencia, pensamientos adecuados a las fuerzas compositivas del espíritu moderno, o sea, a las que ponen límites pobremente tasados a los poderes de la humanidad ante la Naturaleza y determinan el consenso internacional sobre la estabilidad liberal de la dominación oligárquica del hombre por el hombre. Así se ha llegado a un panorama de filosofía política donde todo lo que no sea incendiar un bosque o envenenar un río es ecología, y todo lo que no sea dictadura o tiranía es democracia.

La dimisión absoluta de los intelectuales en materia de libertad colectiva y justicia distributiva, su incapacidad de distinguir entre democracia formal, que es la única garantía institucional de la libertad, y democracia material, que se mide por los grados alcanzados en justicia social, los ha hecho cómplices, desde hace más de medio siglo, de la corrupción universal de los poderes sin control, de las oligarquías intercambiables de ejecutivos profesionales instaladas en las empresas transnacionales y los gobiernos nacionales, en nombre de la total libertad de los capitales en el mercado y de los partidos en el Estado.

La adecuación del pensamiento a su utilidad para la explotación de la Naturaleza y de los pueblos, con el menor coste posible de energía, ha sido una constante de la humanidad. La historia de las ideas políticas corre paralela, y cada vez se acerca más, a la de fabricación de útiles o herramientas. El cráneo del hombre-simio recién descubierto en el Chad demuestra que la inteligencia bípeda tardó más de seis millones de años en adecuar la mente a la utilidad de la piedra tallada, fuente de las creencias mágicas y mitológicas, y sólo unos miles de años en adecuarla a la mayor utilidad de la agricultura de regadío, fuente del pensamiento religioso y político que fundó el Estado.

Pese a las geniales intuiciones de Comte, la metafísica siempre ha sido un pensamiento positivo, es decir, adecuado a la máxima rentabilización política de la herramienta socialmente dominante. La agricultura de regadío apalancó el pensamiento del Estado-ciudad. La artesanía fabril y la industria extractiva lo enmarcaron en el Estado-nación y fundaron la economía en la riqueza de las naciones. Fracasaron las revoluciones de la libertad y de la igualdad. Y derrotados los imperios totalitarios, la adecuación de las mentes a los medios universales de financiación y comunicación impone el pensamiento único de la globalización del mercado y la agrupación de las naciones en Estados continentales, sometidos a la hegemonía de los Estados Unidos.

Una persona sabia se distingue por el pensamiento único que le dicta el hecho de haber comprendido la naturaleza coactiva de un cierto número de verdades. Una persona cultivada mantiene abierta su libertad de pensamiento porque comprende el alcance universal del error en todas las verdades convencionales. El pensamiento único, característico del sabio y del ignorante, es adecuado a la verdad del Estado de partidos y de la hegemonía de los EE UU. La libertad de pensamiento, definidora de la condición de hombre libre, denuncia el error de convertir la contingente dominación oligárquica del mundo en necesidad histórica o moral.

EL DEBATE

LA RAZÓN. JUEVES 18 DE JULIO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Los alegatos de partido sustituyeron a las ideas políticas. Era lo previsible en grupos de poder que, por considerarlas materias de Estado (como si alguna de las gubernamentales no lo fuera), y contra el resultado de las urnas (que para algo, supongo, dieron mayoría absoluta al partido gobernante), han consensuado la política internacional, la europea, la de inmigración, la autonomista, la antiterrorista, la de seguridad ciudadana, la de partidos y todas las que podrían traducir distintas concepciones del Poder. De este modo sólo cabe debatir lo administrativo. Donde siempre vence el Gobierno porque conoce mejor los expedientes.

Las únicas ideas políticas que osaron asomar la cabeza sobre el tumulto administrativo, la transferencia de competencias autonómicas a los Ayuntamientos y el sentido del diálogo en una situación de mayoría absoluta, fueron pronto degolladas. La primera, por el cortante silencio del opositor. La segunda, por el cinismo del gobernante y la ingenuidad del aspirante. Ambos piensan lo mismo sobre la inutilidad del diálogo. Uno quiere dialogar después de decidir y otro antes, para que se escuche por cortesía al oponente. La idea de gentileza en la política de clases delató el burdo pensamiento que la sostiene con la grosera sonoridad del Decretazo.

Las palabras groseras brotan de pensamientos gruesos. Los tacos de un arriero no son malsonantes porque expresan una ausencia de pensamiento ajustada a la impotencia de la razón ante la obstinación de fuerzas bestiales. Fuera de contextos similares, las palabrotas ofenden al lenguaje no porque sean impúdicas o de mal gusto, eso es cuestión de hábitos, sino porque blasfeman la inteligencia del discurso que las emplea y hacen chirriar los pensamientos como las rebabas metálicas a las máquinas desajustadas.

Las voces estridentes denotan, con la dentera que producen, que se están rayando las paredes de la mente porque no se tiene a mano la llave de la razón que abre sus puertas. El Decretazo ha sido una voz chirriante en el discurso del jefe de la oposición. Hubiera sido mejor que, en lugar de la vulgar invectiva, hubiera explicado las causas de su rechazo. El gobierno debía esperar a que su propuesta la aprobara el Parlamento. Pero un decreto-ley sin urgencia no se ha convertido en Decretazo por la bastardía de su origen, ni por la exageración de su contenido. La palabreja responde al despecho de una minoría que, ignorando la regla democrática, no admite que no la dejen mojar en el guiso del desempleo.

El particularismo catalán, tomando una vez más lo general por universal, cayó en el error escolástico de no pensarse a sí mismo como cosa única e inimitable, sino como generalidad. La voluntad general de Rousseau proviene de ese desliz de Malebranche. Pues se sabía que en ese ámbito no pueden resolverse las particularidades. El gran Spinoza lo dijo de otro modo: «cuanto más se conoce lo particular, mejor se comprende Dios».

El error catalán, de tipo conceptual, se hizo más lastimoso que patético en la artificial copia canaria. Todas las ideas de su fluido y falaz discurso no fueron más que herramientas desgastadas en todos los autoritarismos, y sofismas al servicio de un orden público piramidal, organizado desde Canarias, España y Europa hasta el Imperio. Incluso la comunicación de valores éticos y democráticos a la juventud debe ser ordenada por la corrupta oligarquía que controla el Estado y la Sociedad. Si tan maravillosa es nuestra Universidad, ¿para qué reformarla con leyes de calidad en la enseñanza? Quien organiza la mente de otros ama aún más al orden que a su propio poder. ¿Pobre ambición la que no es más que ambición! El discurso de Anasagasti evidenció los incumplimientos del gobierno en la cesión de competencias. Si el Sr. Aznar cree ahora que es excesivo, que cumpla primero los pactos y luego promueva la descentralización de las Autonomías en beneficio de los Ayuntamientos.

PEREJIL, SOLUCIÓN JUSTA Y NO VERDADERA

LA RAZÓN. LUNES 22 DE JULIO DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

En el mejor de los casos, los medios de información y los gobiernos pueden expresar pensamientos justos, no porque sean de naturaleza justiciera, sino por ser ajustados o adecuados a un cierto orden. Este es el fundamento regular de lo políticamente correcto. También creo que, por su función, esas instituciones son incapaces de tener pensamientos verdaderos. Las expresiones francesas «*penser juste*» y «*penser vrai*» no tienen traducción literal al idioma español. Pensar de modo justo no es lo mismo que elaborar pensamientos conformes a la justicia, ni pensar de modo verdadero equivale a mantener pensamientos acordes a la verdad. El arte de pensar corre una aventura que, como tal, no la definen sus resultados. Eso es lo propio de las intuiciones. Que son buenas o malas, acertadas o equivocadas, no en virtud de las reglas de experiencia anticipada que, sin contradicción en el camino, instalan las intuiciones en el futuro, sino por su concordancia o discordancia, en la meta, con los resultados de la experiencia vivida.

El pensar verdadero no contradice el pensar justo, al que incluye en su recorrido por los asuntos humanos no susceptibles de ser dictaminados por la ciencia, pero lo sobrepasa al modo como la verdad abarca la justicia pero no se agota en ella. Un magistrado no puede negarse a juzgar porque le falten pruebas de una verdad completa a la que nunca accederá. Tiene que juzgar de forma ajustada a la parte de verdad que ha comprendido. No puede esperar a saberlo todo. Lo que ignora ha de suplirlo con presunciones. Una materia ajena al pensamiento de la verdad pero que, más allá de sus apariencias lógicas, forma el mundo inteligente de las intuiciones coactivas. La opinión editorial obedece a este mismo proceso. Es pensamiento justo el que se ajusta adecuadamente a las situaciones establecidas. Tiene carácter relativo y acepta de antemano el error. Cosa que rechaza el pensamiento de la verdad, aunque incurra en él, hasta que otro pensamiento verdadero sustituya al equivocado. Las revoluciones de la igualdad tienen su origen en pensamientos justos. Las de la libertad en pensamientos verdaderos. La historia ha demostrado hasta ahora que sin justicia social puede haber libertad política y que sin esta libertad colectiva no puede existir justicia de la igualdad. Esto es así porque en las relaciones de poder la libertad encarna la verdad, y la justicia lo ajustado a un orden histórico que no ha sido determinado ni por ella ni por la libertad.

El pensamiento justo se confunde a veces con el verdadero. Pero también en esos casos es posible su distinción, puesto que entonces el llamado pensamiento justo siempre resulta ser una elección entre posibles pensamientos verdaderos. Los ajedrecistas llaman justo a un movimiento ventajoso o ganador, sabiendo que sólo se trata de una elección entre muchas soluciones verdaderas. El pensamiento justo, incluso cuando es verdadero, no es el pensamiento de la verdad.

Basándome en esta distinción, afirmo que la respuesta militar española en El Perejil, aparte de su finalidad disuasoria de otras reivindicaciones nacionalistas allí y aquí, obedece a un pensamiento justo, pero no verdadero. Por ser justo, satisface el honor del espíritu nacional y el principio internacional de no tolerar la acción directa en el uso del derecho. Por no ser verdadero, evidencia la frivolidad de ese honor, comparable al de aquellos caballeros ingleses que pagaban sus apuestas pero no a su sastre, y presupone la soberanía de Marruecos sobre ese islote deshabitado, a trescientos metros de su costa.

Esa contradicción entre lo justo y lo verdadero explica que EE UU apruebe la reacción española a la vez que declara al islote tierra de nadie, que España se retire y que Marruecos prometa no volver a ocuparlo. Lo verdadero, la plena soberanía de Marruecos, seguirá superando a lo justo de una partición negativa del islote, ni para uno ni para otro, a lo Salomón.